

CONCURSO

MUJERES CONSTRUCTORAS DE LA PAZ

NARRACIONES Y CANCIONES



Zoraya Zevallos Delgado



Auspicia:



CONCURSO

MUJERES
CONSTRUCTORAS
DE LA PAZ

NARRACIONES Y CANCIONES

Concurso

MUJERES CONSTRUCTORAS DE LA PAZ

Narraciones y Canciones

Asociación Servicios Educativos Rurales - SER

Jr. Mayta Cápac 1329, Jesús María

(51 1) 472-7937

postmast@ser.org.pe

www.ser.org.pe

Oficina regional Ayacucho:

Urb. María Parado de Bellido Mz J lote 4, Emadi - Ayacucho

(066) 319428

serayacucho@ser.org.pe

Equipo del proyecto: Yuly Yaranga Ojeda
Richard Meneses Huayanay
Rosa Montalvo Reinoso

Jurado calificador: Narraciones: Pilar Coll, Gumercinda Reynaga y Nelson Preyra
Canciones: Patricia Saravia, Gabriel Quispe y Carlos Falconí

Corrección: Madeleine Pérusse

Los dibujos de la carátula y de los interiores se han tomado de los libros:

“Rescate por la Memoria” Primer concurso de arte en dibujo pintado, canto, historieta y poesía. Colectivo Yuyarisun, 2004.

“Rescate por la Memoria” - Huancavelica: canción, dibujo pintado, historieta, fotografía, narración y poesía. Asociación SER, 2005.

“Rescate por la Memoria” - Ayacucho: canción, poesía, narración, historieta, fotografía, ensayo y dibujo pintado. Asociación SER, 2005.

Diseño y diagramación: Renzo Espinel / Luis de la Lama

Imprenta:

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-05225

Lima, 2009

Este documento se ha realizado con la ayuda financiera de la Comunidad Europea. El contenido del documento es responsabilidad exclusiva de sus autores(as), y en modo alguno debe considerarse que refleje la posición de la Unión Europea.

ÍNDICE

7	PRÓLOGO
9	INTRODUCCIÓN
	NARRACIONES
15	PRIMER PUESTO: VIVENCIAS DE MACHI <i>Por: Marcelina Cunto Chávez, Huanta</i>
20	SEGUNDO PUESTO COMPARTIDO: MUJER VALIENTE <i>Por: Segundina Ramírez Luján, La Mar</i>
25	SEGUNDO PUESTO COMPARTIDO: MAMÁ EULALIA <i>Por: Ramiro Porras Pino, Huanta</i>
30	TERCER PUESTO: EL CALVARIO DE LOS VIVOS <i>Por: Herminia Oré Aguilar, Huanta</i>
36	MENCIÓN HONROSA: LUCHANDO POR LA ESPERANZA <i>Por: Marizol Yaranga Vargas, Huanta</i>
43	EN SILENCIO BUSCANDO A MI MADRE <i>Por: Norma Añaños Mor, La Mar</i>
47	DÍA DE MATANZA <i>Por: Nelly Bedriñana Palomino, La Mar</i>
50	SOBREVIVIENDO A LA VIOLENCIA <i>Por: Rubén Eduar Fernández Navarro, La Mar</i>
53	INOCENTES CAÍDOS <i>Por: Santiago Gómez, La Mar</i>
57	MINERO PALLQA LLAQTAYPI WAKCHA WARMAKUNAPA MUCHUSQAN, WAÑUKUQKUNAPA YAWARNIN CHAQCHUSQAN <i>Por: Inocencia Huacre Yaranga, La Mar</i>

- 64 LA HISTORIA DE UNA MUJER EN LA DECADA DEL 80
Por: Hermelinda Illescas, Huanta
- 68 LA HISTORIA DE UNA MADRE LUCHADORA
RUWAYNINKUNA HUK MAMA SAMPAN SUNQOPA RURASAN
Por: Emilio Lapa Atao, La Mar
- 75 LA HISTORIA DE LUCILA
Por: Lucila Lazo, Huanta
- 78 CAPULI FLOR SILVESTRE
Por: Joel López Quintero, Huanta
- 82 MI HISTORIA
Por: Nelly Mejía Paredes, La Mar
- 93 MAMÁ CANDELARIA
Por: Dina Oré Lazo, Huanta
- 96 LOS ÁNGELES
Por: Demetrio Potoseno Mayhua, La Mar
- 98 DE CÓMO APARECIÓ SENDERO LUMINOSO EN AYACUCHO
Por: Vladimiro Quintanilla Chávez, Huanta
- 105 LÁGRIMAS DE SANGRE
Por: Jorge Luis Quispe Sosa, La Mar
- 108 SEÑORA TORIBIA
Por: Félix Quispe Velazque, La Mar
- 113 MUJERES QUE SUFRIERON EN EL TERRORISMO DE 1980
Por: Liliana Ruiz Cisneros, Huanta
- 115 VIVENCIA DE MARIA SANTAFÉ LEÓN
Por: Maria Santafé León, La Mar
- 118 TIEMPO DE PELIGRO
Por: Elvira Tinoco de Mendoza, Huanta
- 121 APARICIÓN DE TERRORISTAS EN 1983 EN LA SELVA
Por: Narciso Velarde Leandro, La Mar

CANCIONES

- 127 PRIMER PUESTO: MAMÁ CRISTINA
Por: Ramiro Porras Pino, Huanta
- 129 SEGUNDO PUESTO: MUJER VALIENTE
Por: Aracely Gutierrez Marallano, Huanta
- 130 TERCER PUESTO: LLAKITAKIY
Por: Filomena Medina Guillén, La Mar
- 132 SUFRIMIENTO (Huayno)
Por: Modesta Espino Córdova, La Mar
- 133 LLUMPAY LLAKI (Carnaval)
Por: Modesta Espino Córdova, La Mar
- 135 RECORDÁNDOTE
Por: Carlos Alberto García Gutiérrez, La Mar
- 136 MUJER
Por: Edith Huamán Cunto, Huanta
- 137 MI PARTIDA
Por: Delia Oré Lazo, Huanta
- 138 MUJERES SOBRESALIENTES
Por: Dina Oré Lazo, Huanta
- 139 SAPAN PURI
Por: Vladimiro Quintanilla Chávez, Huanta
- 141 MANA MAMAYOQ MANA TAYTAYOQ
Por: Margarita Romero Amao, Huanta
- 145 MINERO PALLCCA LLAQTAYPA YAWAR
CHAQCHUSQANTA
Por: Maura Torres Pérez y Julia Huacre de Torres, La Mar
- 147 EL HOMICIDIO
Por: Narciso Velarde, La Mar

PRÓLOGO

Es importante la memoria. Importante para los actores sociales, los hombres y las mujeres ayacuchanas de las provincias de Huanta y La Mar que vivieron la traumática experiencia de la guerra interna por más de veinte años. Importante también para los y las que no estuvieron en ese escenario del conflicto armado, quienes sólo pueden acceder a esas vivencias a través de testimonios.

En este libro, «Mujeres Constructoras de la Paz», producto del concurso del mismo nombre, hombres y mujeres ayacuchanas nos relatan episodios que tuvieron que vivir muchas mujeres durante el conflicto armado. Nos muestran la gran valentía con la que afrontaron la violencia, la impotencia que sintieron al no poder hacer mucho frente a los militares contrasubversivos ni a Sendero Luminoso, que colocaron a las comunidades y a la población entre dos fuegos.

Mujeres ayacuchanas nos cuentan sus dolores por no decidir en fracciones de segundo lo que hubiese salvado la vida de un ser querido. Es el caso, por ejemplo, del «Calvario de los vivos», donde la autora narra que no tuvo tiempo ni fuerzas para jalar a uno de sus hermanitos para que juntos cayeran al barranco. Logró salvar sólo a uno, liberándose y liberando al otro de las garras del terror, aunque no olvidará nunca al que se quedó. Ahora, las vidas de estas mujeres están marcadas. Muchas nunca más volvieron a ver a sus hijos, a su hermano, a su hermana. Los recuerdan sentados, llorando, tratando de escapar, y señalan que este tormento que tienen es de nunca acabar.

La Asociación Servicios Educativos Rurales (SER) y el Instituto de Investigación y Promoción de Desarrollo y Paz en Ayacucho (IPAZ), en el marco del proyecto «Reconocimiento y ejercicio de derechos de Mujeres Ayacuchanas afectadas por el conflicto armado», convocó a este concurso para recuperar las historias de vida de mujeres que en diferentes espacios estuvieron trabajando por la paz en sus localidades, sus hogares, en Huanta y La Mar. No se buscaba tener una historia oficial o una narración escrita por historiadores. Se quería recoger los testimonios de quienes día a día, año a año, se encontraban, sufrían y luchaban, dando muestras de valentía y dignidad pese a estar entre los dos frentes.

Esta es la historia de vida de las principales afectadas y afectados por la guerra, de pobladores y pobladoras rurales.

Con esta recuperación de la memoria, se quiere aportar rescatando y difundiendo la experiencia vivida por las mujeres de estas dos provincias ayacuchanas, para que todos y todas puedan nutrir su conciencia apreciando las consecuencias que se generaron con esta guerra. Queremos que estas voces, levantadas a partir de experiencias vividas y compartidas, se difundan, rebasen las fronteras y sean reconocidas en toda su dimensión. Queremos lograr la paz verdadera en lo individual, en lo colectivo y evitar que la historia se repita.

La Asociación Servicios Educativos Rurales reitera su compromiso con la construcción de una sociedad democrática e inclusiva, basada en la equidad y la tolerancia, donde las personas puedan ejercer su ciudadanía, con autonomía, libertad y dignidad. En base a estos principios, a través de esta publicación se quiere rendir homenaje a los hombres y mujeres de Ayacucho que soportaron, sin resignación, los largos años de sitio, y a la vez invitar a los lectores y lectoras, a las autoridades y a todos los peruanos y peruanas a que nos ayuden a continuar escribiendo la historia, esas historias que aún permanecen silenciadas.

Roger Agüero Pittman

Presidente

Asociación Servicios Educativos Rurales

INTRODUCCIÓN

Contar historias es parte de la tradición de nuestros pueblos, historias que han permitido que se conozcan a través de los tiempos los sucesos, las personas que intervinieron en ellos, sus protagonistas.

El concurso *Mujeres Constructoras de la Paz*, convocado en el marco del proyecto «Reconocimiento y ejercicio de derechos de mujeres ayacuchanas afectadas por el conflicto armado interno» ejecutado por SER e IPAZ con el auspicio de la Unión Europea, buscaba precisamente que se cuenten historias, pero no cualquier historia, sino aquellas en que las mujeres hayan sido las sujetos centrales, que se expresen sus luchas, sacrificios y victorias. Historias de mujeres anónimas que sin desmayar ofrecieron su esfuerzo cotidiano en diferentes espacios, muchas veces silenciosamente en la búsqueda y recuperación de la paz en sus localidades.

Identificar, recuperar y difundir estas historias para que la sociedad ayacuchana y peruana conozca y reconozca sus esfuerzos en lugares que probablemente nunca hemos escuchado mencionar, tan lejanos de nuestro cotidiano andar y tan olvidados en tiempos de violencia fue su principal objetivo.

Llamar a un concurso es siempre una apuesta complicada, pues requiere elegir los mejores trabajos, y en nuestro caso nos preguntamos, al igual que el jurado lo hizo, cómo elegir lo mejor entre tantas historias presentadas, entre ese deseo manifiesto al concursar de abrir sus vivencias o contar sus historias o las historias de mujeres conocidas en su ámbito cercano, cómo elegir entre tanta memoria compartida.

Nuestras dudas quedaron de alguna forma absueltas cuando recibimos los trabajos para el concurso y constatamos que se necesita de un incentivo para escribir, para presentar obras con un objetivo dirigido, sobre todo tratándose de mujeres sobre las cuales se escribe o se canta muy poco en nuestros contextos, salvo que se trate de canciones de amor, engaños o traiciones. Permanece así silenciado el accionar de las mujeres como constructoras de su tiempo y que, pese a la adversidad, supieron levantarse no sólo para sostener a sus familias, sino también para aportar a la vida de la comunidad y a la vida de muchas otras personas, en varias ocasiones salvándoles la vida.

El concurso se dirigía únicamente a pobladores y pobladoras de las provincias de Huanta y La Mar, ámbitos en los cuales se ejecuta el proyecto y se convocó en los géneros de narración y canción. Para la difusión, se elaboró un spot radial que se emitió durante un mes y medio en ambas provincias y se elaboró un afiche y un tríptico con las bases de la convocatoria.

Todas las organizaciones participantes en el proyecto apoyaron en la difusión de la convocatoria. Asimismo, en La Mar, la Federación de Mujeres Indígenas de la provincia y en Huanta el Frente Provincial de Organizaciones de Afectados de la provincia ofrecieron sus oficinas como lugar de entrega de los trabajos. Agradecemos su colaboración, que fue decisiva en el éxito del concurso.

Se recibieron 24 narraciones, 11 de Huanta y 13 de La Mar, y 13 canciones, 8 de Huanta y 5 de La Mar. De las 13 narraciones de la provincia de La Mar, 6 fueron escritas por mujeres y 7 por varones. De las 11 narraciones de Huanta, 8 son obra de mujeres y 3 de varones. En canción, de los 5 participantes de La Mar, 3 son mujeres y 2 son varones, mientras que de Huanta se recibieron 5 canciones de mujeres y 2 de varones.

Para la evaluación de los trabajos se convocó a un jurado en ambos géneros. En narración aceptaron el reto Pilar Coll, Gumercinda Reynaga y Nelson Preyra, mientras que en canción el jurado estuvo integrado por Patricia Saravia, Gabriel Quispe y Carlos Falconí. Incorporamos en cada jurado una persona de Lima, lo cual posibilitaba tener una mirada distinta a la de los propios ayacuchanos sobre las obras, enriqueciendo así el debate y la reflexión sobre los trabajos. El debate se dio indiscutiblemente, aunque debe señalarse que más que diferencias hubieron coincidencias sobre quienes debían tener los premios y los lugares de cada uno.

Los jurados fueron sumamente serios y comprometidos, mostrando desde el principio competencia y profesionalidad en su labor, deseos de compartir puntos de vista y ser lo más justo posible frente a un trabajo en el que, como se ha anotado, posiblemente todos y todas merezcan un premio.

Tomando en cuenta que el concurso tenía como principal objetivo el de recuperar historias, para la evaluación de las obras se propuso que en general sean evaluadas por los contenidos planteados en cada una de ellas, prestando especial consideración a la relevancia de la historia y su potencial ejemplificador, la claridad y coherencia de la exposición y la vinculación de la historia con el tema del concurso. A cada criterio se le adjudicó un porcentaje, quedando de la siguiente manera para las narraciones:

- a) Coherencia con el objetivo y vinculación con el tema de concurso (50%)
- b) Relevancia y potencial ejemplificador de la historia (20%)
- c) Claridad y coherencia en la exposición (30%)

Para las canciones se establecieron a su vez los siguientes criterios:

- a) Coherencia con el objetivo (50%)
- b) Originalidad (30%): Evaluará el ingenio y la creatividad de la letra y música.
- c) Calidad artística (20%): 10% evaluará la producción e interpretación de la canción y 10% evaluará la producción e interpretación de la música de parte del o la concursante o su grupo.

Varias de las obras fueron presentadas en quechua y escritas a mano. La mayoría cumplió estrictamente con los términos planteados en la convocatoria y se presentaron dentro del plazo estipulado. En el género de canción se presentaron también las canciones en quechua y en CD. Es posible que en este formato haya habido menos obras por las pocas posibilidades que tiene la población de contar con equipo de grabación mínimamente aceptable.

Es importante señalar que la mayoría de concursantes son hombres y mujeres que, pese a no tener estudios universitarios e incluso sin tener estudios secundarios, han hecho un esfuerzo por narrar estas historias, algunos y algunas con mucha maestría y sencillez que invita a la lectura, moviliza sentimientos y genera empatía con los personajes de las historias.

Haciendo uso de diferentes recursos literarios, los autores y autoras nos llevan a distintas situaciones que nos posibilitan visualizar las vidas de las mujeres, su entorno, sus vivencias, sentir las vivas y reales, aunque a veces por momentos, nos parecen personajes creados por los y las autoras para el concurso y no historias de personajes que vivieron este tiempo. Es que en algunos casos sólo la distancia de la ficción nos posibilita la comprensión de cómo, pese a todo, las mujeres siguieron construyendo y sembrando semillas de vida.

El esfuerzo de cada concursante en cada uno de los géneros se presenta en la presente publicación, en la cual además hemos querido recuperar algunos de los dibujos presentados en los concursos «Rescate por la Memoria» realizados por SER en Ayacucho y Huancavelica en años anteriores. Podremos apreciar, al mirar los dibujos

y relacionarlos con las historias, que pese a reflejar experiencias de distintas zonas tienen una relación con el relato, dando cuenta de cómo las memorias se conjugan con otras memorias, presentando una especie de continuum en las narrativas escritas y visuales.

Si bien es claro que las narraciones que se han presentado son construcciones realizadas en el presente sobre hechos que no se han quedado fijos e inalterables en la memoria sino que han sido también sujetos de interpretación y reinterpretación de las experiencias pasadas, constituyendo de esta forma una nueva versión de los mismos, es cierto que el concurso ha ampliado la posibilidad de compartir estas memorias abiertamente con otros y otras que no estuvieron, que no vivieron aquellas épocas o que no tuvieron posibilidad de acercarse a los sucesos aquí narrados y cantados.

Consideramos que el reconocimiento y la valoración del trabajo de las mujeres ayacuchanas, su aporte cotidiano a la construcción de la paz y a la reconstrucción de sus comunidades en el sasachacuy tiempo constituyen un grano de arena en el camino de lograr la equidad entre hombres y mujeres en la región y en el país.

Rosa Montalvo Reinoso

Coordinadora de proyecto

NARRACIONES

PRIMER PUESTO

VIVENCIAS DE MACHI

Por: Marcelina Cunto Chávez, Huanta

Nací en el seno de una familia llena de valores, en un pueblito de nombre Rumiurmascca. Era hermoso porque tenía mucha agua, muchos animales y abundante comida. Donde yo crecí, todo era tranquilo, no nos faltaba nada, tenía todo, pero un día que tenía que ir a la escuela, para mí fue muy triste. Me separaba de mi madre para ir a estudiar y tuve que vivir con mi abuelita en Huancayocc. Bueno, así fue mi vida hasta que me regresé a mi casa donde mi mamá porque mi abuelita me trataba mal. Regresé y comencé a cuidar a mis animales, como ovejas, llamas, caballos y vacas en los cerros pastando y era bonito. Ya tenía 16 años. Así conocí a mi esposo de nombre Alejandro, luego me casé y me fui a vivir a Uchuraccay junto a mi esposo y mis suegros. Allí vivíamos felices porque tenía todo. Tuve mi primer hijo y así seguía mi vida.

En esos años, mi suegro fue elegido alcalde o varayocc y mi esposo su alguacil de nuestra comunidad de Uchuraccay. Hasta ahí iba bien, pero en ese tiempo mataron al tío de mi esposo. Mi suegro y mi esposo, como eran autoridad, dijeron al pueblo: «Así no podemos ir bien, hay que organizarnos por que si no, nos matarán a todos.» Eso fue todo lo que dijo. Por esa razón empezaron a acusarle y perseguirle para matarlo, diciéndonos que éramos «yana umas» y merecíamos morir y nos dijeron que nos iban a matar a toda la familia donde sea. Y así fue que comenzaron a perseguir y justo ese día se murió mi sobrino de nuestra familia y fuimos a enterrarlo, y mi esposo después de haber terminado se puso a tomar. Ya después nos vinimos a nuestra casa, pero ahí también mi esposo seguía tomando con su primo y como se les acabó el trago, mi esposo se fue a comprar. Yo en cambio me fui a mi cama junto a mi hija.

Después de unas cuantas horas aparecieron pasos de caballos. Yo me asusté e inmediatamente comenzaron a patear la puerta, luego rompieron la puerta e ingresaron diciendo «¿dónde está tu esposo yana uma?» y les dije que no estaba. Ellos me apuntaron con un arma en la cabeza, me sacaron del cabello y me llevaron. En eso escuche unos disparos y decían «El yana uma Alejandro ya ha muerto. ¡Viva, viva!» Yo en cambio lloraba mucho y me decía «mi esposo ya ha muerto.»

Luego me llevaron a una casa y nos reunieron a toda la gente de Uchuraccay y comenzaron a pasar lista y de acuerdo a la lista comenzaron a matar. Les cortaban el cuello con un cuchillo, pisándoles la mano en el suelo con sus pies. Vi allí como cuando le cortaban el cuello mordían piedras del suelo como si estuvieran vivos, ya cortados era feo. En eso mencionaron mi nombre. Decían que «ésta es la esposa del yana uma que ha muerto, matémosla.» Yo decía «mátenme junto con mi hijo.» Me agarré a mi hijo y en eso apareció un hombre y les dijo: «A ellos no, no tienen culpa de nada, déjenlos.» Nos botaron al rincón. Ese hombre llegó como enviado de Dios.

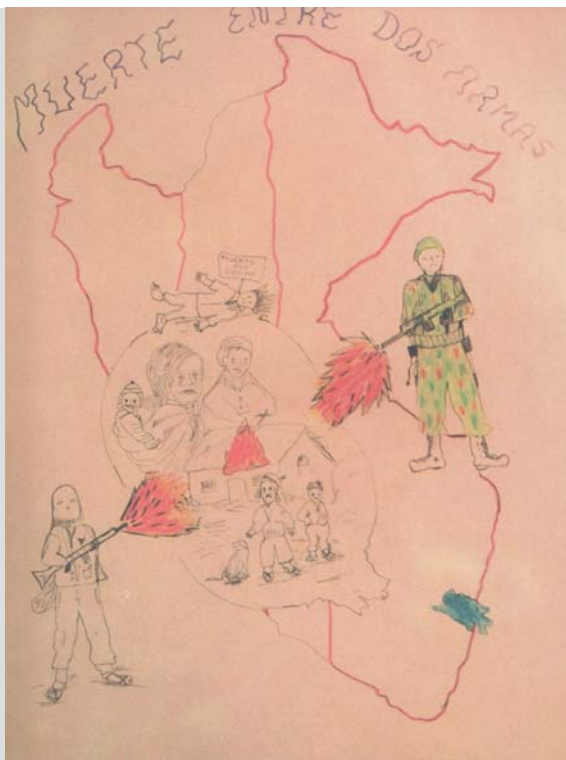
En esos momentos aparecieron helicópteros de los militares y los senderistas comenzaron a disparar por todos lados y nosotros, para que no nos maten, sacamos el pañuelo blanco de nuestras hijas y comenzamos a mostrarle como símbolo de paz y luego los senderistas y militares se fueron. Luego de eso se tranquilizó y mi esposo felizmente no había muerto. Solamente le había pasado la bala por la oreja y luego se había caído del caballo como muerto y los senderistas por eso dijeron que murió.

Ya después de unos meses de tranquilidad, nuevamente ingresaron a mi casa y se lo llevaron a mi esposo a un lugar, a una choza. Ahí lo golpearon y lo encerraron en un cuarto, y luego los senderistas comenzaron a brindar cocinando, haciendo matar ovejas y vacas con mujeres. Después de eso ingresaron al cuarto donde estaba mi esposo y le dijeron que a la medianoche lo iban a matar. Seguían brindando, comiendo y emborrachándose y mi esposo vio la casa del techo y se escapó por el techo de la casa. Luego él se vino a Huanta y yo en cambio estaba muy preocupada al no ver a mi esposo, pero después mi esposo regresó de Huanta. Ni bien regresó, comenzaron nuevamente a matar, esta vez a todas nuestras personas de la comunidad.

Yo nuevamente quedé embarazada con mi segundo bebé. Justo ese día que estaba dando a luz ingresaron los militares a mi casa, pero nosotros, ni bien vimos que ingresaban, nos escapamos con toda la sangre encima. Mi esposo me cargó y me llevó a una cueva que estaba en el cerro. Ahí vimos como quemaban todas las casas de toda la gente. Se llevaron todos nuestros animales, quemaron toda nuestra comida y seguíamos permaneciendo y durmiendo en el cerro, y el frío era insoportable. Sólo nos cubríamos con ichu y la poca comida que teníamos se terminaba, tampoco podíamos salir porque había senderistas y militares. Sólo comíamos una plantita que crecía entre los cerros que se llamaba chupuro, sólo eso era nuestra comida. Tampoco tenía leche para poder mamar a mi hija que tenía dos meses. Sólo le daba la haba tostada mordida bien, bien en su boquita. Así pasamos, pero una noche nos vinimos todos. Sólo nosotros habíamos sobrevivido, junto con mi hermano y mi cuñada. Nos escapamos cuando vimos que habían muertos por todos lados. Olían solo los perros, se comían, era muy triste, como para llorar.

Nos vinimos a Huanta a la casa de mi hermana. Ya no teníamos nada, así pasamos y mi esposo comenzó a trabajar. Se iba a Cangari y así pasábamos los días, hasta que un día mi esposo se fue a visitar a su mamá, que vivía en Chalhuanmyo junta a mi hijita mayor. En eso le agarraron y le sacaron los militares del carro diciéndole «¿dónde está tu documento?» y luego se lo llevaron al cuartel. Comenzaron a torturarlo diciéndole «¿dónde están los yana umas?» durante tres meses. Mi hijita luego de eso llegó a la casa de su abuelita y le contó lo que había pasado y vinieron inmediatamente a Huanta. Yo me fui a buscarlo pero me negaron, diciendo que ahí no había nadie con ese nombre. Luego me fui donde el juez de pobres de Ayacucho diciéndole y rogándole que por favor me ayude a sacar a mi esposo. El juez llamó al cuartel de Tambo y le contestaron diciendo que no se encontraba ninguna persona con ese nombre.

Y así pasaron tres meses y yo seguía buscándole, hasta que un día regresó a mi casa hecho un esqueleto, que no tenía vida, no podía comer ni pasar agua. Su mano estaba seca porque le habían amarrado y me dijo que no había comido nada durante tres meses y lo tenían encerrado en el calabozo. Su cuerpo era como un trapo negro, lleno de golpes todo su cuerpo, y comenzó a decirme todo lo que le habían hecho. Comenzó a llorar diciendo por qué había nacido para sufrir así de esta forma, «mejor mi mamá me hubiera matado cuando era bebé.» Diciendo eso, lloraba. Igual al verlo mal y llorar, yo también lloraba. Luego comencé a curarle de toda forma, le curaba con todo tipo de plantas.



Así poco a poco se recuperó y ya después comenzó a trabajar en una empresa de nombre EMAPA. Ahí le iba bien, ya estábamos a punto de comprar una casita hasta que en 1988 mi esposo había regresado de su trabajo, yo me había ido a comprar kerosene, y al regresar mi esposo ya no estaba en mi casa y mi hijita estaba llorando diciendo: «A mi papá se lo llevaron unos hombres.» Entré y pregunté a mi suegra y ella me dijo lo mismo. Yo inmediatamente lo seguí pero no lo

*“La sociedad en peligro”
Autor: Rubén Gómez Carrasco
San Juan Bautista*

encontré. Pregunté a todas las personas que pasaban por ahí. Pasaron dos días y mi esposo no aparecía, yo seguía buscándolo y la gente me decía que habían llevado a tres hombres golpeándolos. Después apareció muerto; lo habían tirado al río de Huancayoc después de haberlo matado. Luego le llamé a toda mi familia y lo trajeron a mi casa para ayudarme a enterrarlo, luego pobrementemente lo enterramos. Yo estaba embarazada. Para mí ese día fue lo peor en mi vida; para mí después de ese día la vida no tenía sentido, porque mi esposo era todo para mí.

Desde ese día me volví como una loca. No sabía qué hacer porque mi esposo sólo él mantenía mi casa, yo sólo cocinaba y atendía a mis hijas y tenía cinco hijas que mantener y no podía hacer nada. Luego comencé a salir a buscar trabajo, pero no encontraba trabajo, y luego estaba más mal, pero seguía y a veces no teníamos que comer. Mis pobres hijas, en mi casa, se cocinaban lo que teníamos, y empecé a lavar ropas en las casas pero me pagaban muy poco y no nos alcanzaba. Pero yo estaba como una loca, no me daba cuenta de nada. A veces no regresaba a mi casa, no me importaban mis hijas, pero igual regresaba a mi casa y comencé a curarme, porque sentía mi cerebro y me desmayaba. Después de dos meses de la muerte de mi esposo, di a luz a mi quinta hijita. Así estaba mal, pero luego seguí, me recuperé poco a poco y seguía lavando ropa.

Luego de un tiempo, apareció el Sendero en Huanta. También aparecieron muertos y los de mi barrio comenzaron a organizarse en rondas campesinas y dijeron que en cada casa debía ir una persona. Yo en cambio vivía solamente con mis hijitas en la casa que era de mis comadres. Luego tenía que ir yo, fui la primera noche a hacer servicio y yo y mi compañera solamente éramos mujeres y de noche hacía mucho frío y hacíamos hervir nuestro café en una esquinita y en el torreón hacían guardia los varones y nosotras les llevábamos su café. Los varones no nos hacían trabajar, pero nos fastidiaban diciendo que nosotras éramos mujeres jóvenes, porque yo sólo había quedado con 25 años y era joven. Por esa razón los varones me acosaban. A veces, cuando regresaba a mi casa en la mañana, me seguían pero yo les botaba y llevaba a mi hijita menor, le cargaba en mi espalda y así me iba, pero a pesar de eso me acosaban.

Después de eso, pasó un año y seguíamos haciendo rondas y a veces se necesita el cariño de un hombre y lloraba al recordar a mi esposo que había sido tan bueno y me quería mucho. Habíamos pasado muchas cosas los dos y eso me ponía triste. Después de un tiempo tuve mi primer hijo de un hombre quien tenía compromiso. Yo sin saber lo acepté. Había caído en el engaño de un hombre que se aprovechó de mi soledad, viudez y del apoyo que yo necesitaba, porque él me ayudaba con darme plata, para poder ayudar a mis hijas, para poderles hacer estudiar y hacerles comer y vestir, pero cuando me enteré, me sentí tan mal y sólo culpaba la muerte de mi esposo.

Luego me separé y seguí trabajando. Mi hijita, la mayor, se había ido a Lima a trabajar con su madrina y me ayudaba mucho, pero pasó un tiempo que no supe nada de ella. Estaba muy preocupada y empecé a preguntar y me dijeron que su madrina le había tratado mal y ella se había ido a otro sitio y no sabía nada de mi hija y así pasaba llorando por mi hija al no saber nada. Yo en cambio ya había aprendido a tejer chompas, manteles, bordaba mantas, compraba cuyes y luego los vendía, y también iba a los campos a ayudar a cosechar papa, maíz, lo que encontraba, y me daban bastantes alimentos a cambio del trabajo que realizaba. Lo duro era traerlo, pero como sea, traía para que coman mis hijas. Pero después apareció el Vaso de Leche y yo me empadroné y comencé a asistir a las reuniones.

Empezamos a organizarnos y formar grupos, a hacer junta directiva y a mi me nombraron presidenta de Vaso de Leche del barrio de Matará. Ahí yo trabajé por mi barrio de Matará. Íbamos a pedir apoyo a las autoridades y luego solicitamos la construcción de nuestro comedor del barrio de Matará, y así lo hicimos, construimos y así seguí. Luego después de un tiempo comenzamos a formar clubes de madres junto a la Sra. Candelaria Núñez, que en esas fechas era presidenta del club de madres y era la fundadora, y comenzamos a trabajar con ella. Después me nombraron presidenta del club de madres de Matará y seguíamos trabajando. En caso de mi familia, mis hijitas estaban estudiando en la escuela, y yo para mantenerlas hacía chompas, manteles y bordaba mantas. Con eso les ayudaba a salir adelante. Después mis hijas terminaron su colegio, pero a pesar de eso seguían estudiando en los institutos y las menorcitas en el colegio, y ahora, en la actualidad, ya tengo mis hijas profesionales. Así salí adelante a pesar de que perdí al único sustento de mi familia, mi esposo que lo recordaré por el resto de mi vida y seguiré luchando.

SEGUNDO PUESTO COMPARTIDO

MUJER VALIENTE

Por: Segundina Ramírez Luján, La Mar

En el año 1981, vivíamos en el anexo Abela Pata, distrito de Chilcas, yo y mis siete hermanos, entre ellos mayores y menores, en donde asistíamos a la escuela primaria. Llegadas las vacaciones, salíamos a nuestra chacra para sembrar y pastorear nuestros ganados, y jugábamos por ratos como todo niño. Mi hermana Dorotea, a quien yo llamaba Dora, es la que más tiempo pasaba conmigo. Con ella salíamos a pastorear nuestras cabras los días viernes, sábado y domingo. Al llegar a la choza, lo primero que hacíamos era descansar un poco y al rato sacábamos las leches de las cabras para hacer nuestro desayuno con una ramita de la pampa salvia. ¡Qué rico aroma tenía!

Luego, cuando empezaban las clases, teníamos que regresar al pueblo donde estudiábamos. Siempre en el camino nos encontrábamos con unos señores que saludábamos («¡Buenos días, señor!») y ellos nos respondían bien y a la vez nos preguntaban adónde nos dirigíamos. Claro que les respondíamos «a la escuela», pero ellos decían que no era necesario ir a la escuela porque ellos nos podían enseñar como cambiar el Perú.

Dora, la mayor, me decía que «¿quiénes serán estos señores, tal vez de otro país?» Pasaban los días, las semanas y los meses. Cierta mañana, cuando llegamos a la escuela, todos los alumnos lloraban sin poder decir nada. Confusas y con miedo, nosotras no sabíamos lo ocurrido, hasta que vimos a mi otro hermano mayor Sergio, quien estaba allí llorando, viendo a su profesor asesinado la noche anterior. Murió con tiros.

Desde aquella vez, teníamos miedo de asistir a la escuela. Cierta día, entraron a nuestro salón desconocidos y dibujaron una hoz y un martillo. También dijeron que eliminarían a las personas malas. En eso se llevaron a nuestro profesor amarrado y atado de las manos. A los siguientes días, nos quedábamos en el camino de Torospata, yo, Dora, Margarita y Sergio, pensando si llegábamos o no a la escuela, porque el miedo se había apoderado de nosotros, por todo lo que vimos.

De pronto aparecieron de nuevo los desconocidos a quienes la gente llamaba compañeros. Uno de ellos se dirigía a Margarita, mi hermana mayor, diciendo que ella era bonita, se

iría con uno de ellos en cualquier momento. Desde ese momento, Margarita ya no salía de la casa, no pastoreaba ni conversaba con desconocidos, se ocultaba.

Cierto día, frente a nuestro pueblo hubo una incursión donde asesinaron a cinco familias de la comunidad de Rinconada. Se oía disparos, gritos. Nosotros estábamos con miedo al lado de nuestra madre y ella nos decía: «¿A quiénes habrán matado, Dios mío?» Esa misma noche, llegaron los malos a mi casa, obligando a mi madre a matar a su carnero, según ellos para celebrar el triunfo, pero ella se negó. De pronto, tomaron el cuchillo y los sacrificaron ellos mismos. Preparó caldo esa noche y se fueron después de comer.

Desde aquel día, ya no fuimos a la escuela y como Dora ya sabía leer y escribir, nos enseñaba lo que había aprendido en la escuela. A veces nos cantaba tristes canciones, diciendo que no se la lleven a Margarita. Otros días cantaba diciendo: «Madre Tierra ¿por qué no nos escondes de los malos que nos quieren hacer daño?»

Los malos vinieron a mi casa en la madrugada luego de una semana y nos despertaron a toda la familia. Nos mandaron a ponernos en fila a cada uno de nosotros. Nos alumbraron con la linterna y de todos escogieron a mi hermana Margarita. Nosotros le suplicamos al malo que no se la llevara y pese a nuestras súplicas se la llevaron, según ellos a la selva.

En ese momento, no se supo nada de ella. Nosotros, después de seis meses de cuando se la llevaron a mi hermana, tuvimos que huir a otro anexo, llevando lo que podíamos, como ropas, ovejas, chanco, tres burros y las vacas, en medio del miedo y la oscuridad, con ropa encima. Cuando cruzamos el río Molino Huayco, nos quitó la fuerza del agua a los cabritos, ovejitas más pequeñas. Nada se pudo hacer porque teníamos que huir. Ya nada importaba en esos momentos.

Cuando llegamos al anexo Paucayocc, a la casa de mi tía Concepción, ella nos comentó que allí también ellos estaban siendo vigilados por los sinchis y por los llamados terroristas o compañeros. Además, sus hijos mayores habían sido reclutados por los terroristas. Esa misma noche, tuvimos que continuar huyendo hacia nuestro destino. Como estábamos cansados de hambre y sueño, nos quedamos en Magnupampa. En la madrugada, se fue a suplicar al encargado de la hacienda para que nos quedemos en su chacra. Mi papá se encontró con ellos, los compañeros, quienes le dijeron: «Regrésate a tu lugar, porque te podemos asesinar por soplón.» Mi papá regresó con la mala noticia de que teníamos que regresar a nuestro sitio, pero nos quedamos en una cueva cerca. Sólo comíamos tunas silvestres y agua nada más. Todas las noches, mi mamá no hablaba más que de mi hermana, que dónde estará, qué estará haciendo mi hija Margarita. Como ya eran

varios días sin comer, mi papá nos dijo «voy a mi trabajo para traer algo de comida», y no regresó a donde estábamos.

Yo y mi hermana Dora decidimos ir a Magnupampa en busca de comida. Llegamos al pueblo. En esos momentos, los sinchis estaban allanando las casas, rompiendo a patadas las puertas. Regresamos de miedo de inmediato. En el camino, nos encontramos con la gente de Rumi Rumi y Esccana. Cuando estuvimos cerca de la cueva, nos topamos con los terroristas. Nos hicieron formar a todos y nos hicieron formar a todos frente a los adultos. Le sacaron al frente a una señora y comenzaron a torturarla y poco a poco a cercenarle sus miembros, hablando que así morirán los soplones. Luego sacaron a cuatro, mujeres y varones, a quienes les descuartizaron y les cortaron el cuello. De ahí, al resto que sobraba les dispararon y a nosotros nos metieron dentro de un costal y nos llevaron lejos del lugar y nos arrojaron al barranco. Yo me había desmayado y estaba sangrando. Mi hermana estaba desmayada, pero los otros dos niños habían muerto. Habíamos perdido la conciencia, no sabíamos adónde ir. Esperamos que pase la noche. Al día siguiente, ya no podía pronunciar ni una palabra, estaba como borracha. Con mi hermana, tuvimos que orientarnos al lugar de la cueva donde estaba mi mamá.

Pasaron los días. Estando en busca de comida fuera del lugar, de pronto, nos encontraron los sinchis y los montoneros y nos llevaron a Magnupampa para organizarnos y ser como ellos, los montoneros. Hacíamos vigilancia por turnos. En esos días, mi papá regresó del trabajo. Nos contó que en San Miguel habían asesinado al patrón de mi papá, al Sr. Hinojosa, al postillón de San Miguel. No podíamos salir a ningún sitio, porque los sinchis nos vigilaban. Había inamovilidad, cuando cierto día, en la noche, ingresaron los terroristas a Magnupampa y se llevaron a dos jóvenes, los reclutaron. Viendo esos casos, mi hermano Sergio, el mayor, y Dora planearon salir del lugar para irse hacia Lima. Llegando a San Miguel, Dora había encontrado trabajo, mientras Sergio había viajado en un camión escondiéndose entre los



*“Paz, hija de la Justicia”
Autor: Abilio Soto Yupanqui
Ayacucho*

ganados hacia Huamanga. Luego, juntándose con otros viajeros, viajó hacia Lima, mientras Dora trabajaba en una pensión familiar donde comían los policías y los de la Marina, y a la vez estudiaba de noche. Como Dora era bonita, se enamoró de ella uno de los chicos de la Marina, quien le animó para que se fuera a Lima y le dio la dirección de su casa. Llegando a la capital, ubicó la casa del joven de la Marina. La mamá del joven la recibió llorando y le contó cómo había muerto su hijo. Dora, al enterarse de eso, comenzó a buscar trabajo, pero era difícil porque ella decía que era de Ayacucho y todos le negaban. Al no encontrar trabajo, comenzó a buscar a nuestro tío Pedro, o sea al hermano de mi papá.

Mientras tanto, en Magnupampa, era otra realidad. Nosotros vivíamos con miedo, el hambre y la opresión por parte del ejército y de los terroristas. Cierta día, en la noche, tocaron pito para salir a formarnos a todos. No sabíamos quiénes eran, estaban encapuchados. Uno de ellos se acercó y me agarró de los brazos y me dijo al oído: «Yo soy Margarita y esta noche me voy a quedar con ustedes.» Disimuladamente nos fuimos hacia atrás, nos encontramos entre los arbustos hasta que se fueron ellos. En esos momentos, comenzaron los disparos y hubo enfrentamiento con los sinchis. Los atraparon a los terroristas. Al día siguiente, a los capturados los torturaron y a las mujeres las violaron delante del pueblo. Mientras que Margarita estaba escondida en nuestra choza, mi hermana le contó a mi mamá que estaba embarazada y mi mamá le dijo para que se vaya hacia Lima «porque tus hermanos también están allá» y le sugirió que se cuidara y al llegar que buscara a sus hermanos, y se fue por la herradura hasta Huamanga. De allí siguió caminando hacia Lima. Tardó mucho en llegar, muerta de hambre y sed, pero felizmente llegó.

En cambio, nosotros aquí seguíamos soportando violaciones, asesinatos, incursiones, robos, maltratos físicos y psicológicos por parte de los terroristas y los sinchis. Nosotros queríamos salir pero mi padre estaba cuidado y vigilado. Diario pasaban lista. Todas las tardes teníamos que ir a los montohuasis, donde pasábamos la noche. Los varones vigilaban en el torreón para avisarnos ante cualquier peligro. Cierta noche, tocaron pito y alguien gritaba: «¡Han entrado! ¡Han entrado!» Todos comenzamos a escapar por encima de las espinas, piedras, sin dirección, con miedo y desesperación. Llegamos a un sitio lejano del pueblo. De allí observamos que nos buscaban con linterna y escuchamos disparos. Al día siguiente, para volver a nuestro sitio, no podíamos caminar porque nuestro cuerpo estaba lleno de espinas. Haciendo un esfuerzo, retornamos a nuestra choza en Magnupampa. Nuevamente llegaron los sinchis y montoneros y nos hicieron formar. A todos los varones les ataron las manos y encadenados se los llevaron a Rumi Rumi porque allí estaba la base de los sinchis. La mayoría de ellos fueron ejecutados por los sinchis, tildados de terroristas. Después de una semana, regresó mi papá de Rumi Rumi enfermo porque había sido

golpeado y torturado por los sinchis y montoneros sin ningún motivo. Al verlo enfermo, mi mamá comenzó a curarlo con hierbas del lugar.

Aproximadamente en 1992, el peligro comenzó a calmarse y mis hermanos regresaron, y cada uno de nosotros nos contamos todo lo que habíamos visto y todo lo que habíamos pasado. Desde ese momento, nos matriculamos en la escuela y comenzamos a estudiar en Magnupampa. Mi hermana Margarita se regresó nuevamente hacia Lima a seguir trabajando. Mi hermana Dora de igual forma se regresó a Lima y se casó con una persona de Lima y tiene actualmente dos hijas. Y como no había acabado la secundaria, este año está culminando sus estudios y piensa seguir estudios superiores. Mi hermano Sergio se encuentra trabajando en Lima y tiene un hijito y le gusta tocar su arpa. Mi hermana Margarita tiene su pareja en la ciudad de Lima y tiene cuatro hijos. Mis padres siguen vivos en la comunidad de Magnupampa. Mis hermanos menores, dos de ellos tienen sus hijos y dos siguen estudiando en la ciudad de Lima. Mi hermana Yeni se enfermó por falta de comida y falleció porque no resistió al hambre por ser muy pequeña. El resto de la familia sobrevivimos a la guerra interna. Quedamos ocho hermanos: dos varones y seis mujeres. En mi caso, actualmente vivo en San Miguel con mi esposo y mis tres hijos. Sigo estudios de cosmetología y arreglo artefactos domésticos, y acabé mis estudios secundarios a los 24 años. Gracias a mis padres y a toda mi familia, hemos sido fuertes, valientes para soportar tanta violencia en nuestro pueblo y esperamos que jamás vuelva esta experiencia traumática.

Para culminar ¿cuántas familias habrán pasado estas penurias a causa de la guerra interna que es doloroso recordar y haberlo vivido en carne propia?

SEGUNDO PUESTO COMPARTIDO

MAMÁ EULALIA

Por: Ramiro Porras Pino, Huanta

La tarde va muriendo en Macachacra. El sol en poniente se resiste a descansar aferrado al cerro «Runa Sayaq». Por estas tierras, el relevo del día con la noche es un espectáculo aparte; rabiblanco y chihuacos se recogen a los eucaliptos más imponentes, jilgueros y pichinchas bullangueros se acurrucan en las frondosas ramas de molles y chachas que crecen por doquier. De igual modo, los chusiks, búhos y paca-pacas malagueros, insectos, ranas y luciérnagas hacen vida social al silencio de la noche.

Dios padre, Dios churo, Dios espíritu santo, kamqan huk punchau kay llakiy tukunampaq, kay sufrimiento chinkanampaq... Era Mamá Eulalia que cada noche rezaba, pidiendo al Señor terminar con su llanto que le acompañaba desde pequeña.

Ella, por esos infortunios de la vida que suelen castigar inclementes por toda una existencia, tenía 50 años cuando estalló la violencia política, pero aparentaba tener más por el sufrimiento que llevaba sobre sus hombros como un fardo pesado. Tenía cinco hijos al haberse casado aún adolescente, al quedar huérfana de padre y madre. Su esposo se había largado con otra mujer dejándola a su suerte.

De los cinco hijos, Mamá Eulalia perdió cuatro, desaparecidos, pero no se sabe por quién o quiénes. Ora de día, ora de noche, los busca, cocachanta akuykuspa, de pueblo en pueblo, de huayco en huayco, de paraje en paraje, sin desmayar en su afán de encontrar al menos sus restos para darles cristiana sepultura como es costumbre.

Juliocha era el último de sus hijos y el único que le quedaba. Por esa razón, Mamá Eulalia lo protegía demasiado, hecho que incomodaba a Juliocha. Un día sábado, Juliocha se levantó muy temprano, bostezando muy contento, yendo al encuentro de su madre, a quien contó lo que había soñado: «Mamá, en mi sueño estábamos cosechando papa por costales... Había un violinista también que tocaba huaynitos que mi papá cantaba cada vez que se emborrachaba...»

Luego comunicó a Mamá Eulalia su decisión de hacer un viaje a la ciudad de Huanta, a comprar algunas cosas que hacían falta en el hogar. Mamá asintió con la cabeza,

pero con actitud preocupada; no podía negarle a pesar de tener razón de hacerlo, por ser él su sostén desde algunos años atrás.

Antes de partir cuesta abajo, rumbo al paradero llamado Flor de la Canela, Juliocha fue a recoger su mochila que en la víspera había dejado encargado en la casa de su tía Estefa. Ella, al igual que Mamá Eulalia, recomendó con ruegos tener mucho cuidado, hasta le pidió llorosa no hacer tal viaje.

«¡Ay taytito! cuidadito nomás, Juliocha, estos últimos días han matado y desaparecido a varios; ayer nomás a los hijos de don Cipriano los han quemado vivos en su casa, los animales de Rosalía degollados de canto. En la carretera los militares piden documentos y si les caes mal, así lo tengas en regla, ¡adiós pampa mía!» Con palabras entrecortadas que brotaban de su alma, doña Estefa alertó a su sobrino de los riesgos que implicaba vivir esos tiempos de peligro.

«No te preocupes tía, ya estoy demasiado grandecito como para cuidarme solo. Además, hemos pasado tantos peligros que ya no creo en la muerte. Es más, como todo mortal, algún día tenemos que morir,» dijo aparentando despreocupación, y recalcó como sentenciando su sino: «¿Te acuerdas tía, que el año pasado llegaron hombres armados de madrugada, disparando como locos y gritando lisuras como poseídos por el demonio, mientras los comuneros escapaban tratando de salvarse de esa matanza que dejó muchos muertos y uno que otro herido? Nosotros nos salvamos por haber dormido en la era, cuidando el trigo cortado. Así es que no te preocupes por mi, mamita. Más bien, a mi regreso voy a traerte pan chapla y dulcecitos que te gustan.»

Sí pues, cuando el ejército entró a restablecer el orden, al inicio era espantoso ver cadáveres tirados por doquier; a la vera de los caminos, en las carreteras, bajo los puentes y en lugares inhóspitos. Los cadáveres eran devorados por aves de rapiña, perros, cerdos y zorros. Algunos se descomponían allí donde la muerte los alcanzaba. Los perros desaparecían del pueblo para volver a casa con su presa de carne humana entre sus fauces: una pierna, un brazo, una oreja o algún intestino, hecho que por ser cotidiano, se convirtió en parte de la vivencia de la comunidad.

«Este mi hijo, es él que desde su nacimiento me ha hecho sufrir más, pues al momento de alumbrarlo, casi muero. Mejor ahí me hubiera pasado cualquier desgracia. Ahora ¿qué va a ser de mí si algo le pasa a mi Juliocha? Taytallay, apaspaqa apakuway wawaytawan,» susurraba entre dientes Mamá Eulalia, tratando de que nadie la escuche.

Juliocha era conciente de las recomendaciones de su familia, por lo que la subestimación era hueca. El llanto de sus seres queridos le había generado una serie

de contradicciones en su cabeza, pero resolutivo se dijo «la duda es la perdición de los necios», apurando el paso hacia el paradero.

Una vez en el paradero, esperó impaciente la aparición de algún carro. Preocupado ojeaba a lo largo de la carretera y la demora lo impacientaba aún más. Al cabo de unos minutos, apareció un camión levantando a Juliocha, partiendo en el acto, dejando a su paso una densa polvareda, bañando de blanco las retamas de flores amarillas.

En la ruta, al encontrarse rodeado de mujeres humildes, algunas con sus bebés sobre la espalda, recordó una vieja canción que él cantaba cada vez que su madre se ausentaba de casa en busca de pan, ambrosía de sus pobreza. Con timidez, empezó a canturrear las primeras líneas sin dejar de observar a los demás pasajeros. Algo interior le martillaba el alma, su corazón se encabritaba como queriéndole reventar el pecho. Cuando el carro llegó a la altura de Ccasa Ccocha, fue detenido por una patrulla militar. Todos los soldados tenían las caras cubiertas con pasamontañas. De inmediato subieron al carro, lanzando improperios a diestra y siniestra, unos pedían documentos, otros revisaban equipajes tratando de encontrar algo prohibido. Ante tanto abuso, Julio protestó iracundo, recibiendo como respuesta un culatazo que lo tumbó sobre otros pasajeros que, callados, soportaban los maltratos.

«¡Serrano de mierda! Ahora vas a ponerte de abogado de estos indios, carajo, ante el jefe,» dijo uno de los reclutas, golpeándolo con ensañamiento a la vez que lo arrastraba donde un oficial de cuerpo deforme que, a simple vista, llevaba puesta doble ropa, seguro para paliar el frío de las madrugadas.

Dejándolo en las tenebrosas manos de sus captores, el camión prosiguió su viaje hacia Huanta. Los pasajeros que tuvieron mejor suerte que Juliocha lloraban a escondidas, cubriéndose el rostro con sus sombreros. Sabían lo que le esperaba al muchacho, sabían que aparecería sin vida con el cuerpo mutilado en algún paraje, que nunca más retornaría a su casa, que ya no se casaría con Olinda en octubre, con banda de músicos y waqra puku y corrida de toros como era su anhelo.

La detención de Juliocha fue comunicada a su madre por alguna voz santa. Entonces ella, como en la detención y desaparición de sus demás hijos, emprendió su búsqueda llevando como equipaje algunas prendas de su wawita y una bolsa de coca que era su compañera que nunca la dejaba. Presta, se dirigió al cuartel donde al preguntar por Juliocha, recibió como respuesta una tanda de negativas. Ante la insistencia, ella también fue detenida.

Mientras tanto tiritando de frío en uno de los calabozos del cuartel, Juliocha, esperó pacientemente la muerte. En esa espera, fue interrogado una y otra vez por sus captores,

quienes al no recibir respuesta positiva a todas las imputaciones enviaron al capellán para que éste saque alguna información con rezos y cánticos. Pero a toda pregunta, el muchacho respondía con un sollozo y negativa de no saber nada de lo que lo culpaban.

«Ya dije todo lo que tengo que decir. ¡No sé nada! Yo sólo me dedico a trabajar para mantener a mi familia. ¿Acaso eso es delito? ¿Dios prohíbe trabajar para sobrevivir?»

«Ah, carajo, encima usando el nombre del Señor para negar que eres un tuco... ¿Sabes que tu mamá está en el otro calabozo? Ya que no quieres hablar, vas a morir junto a tu mamá, carajo.»

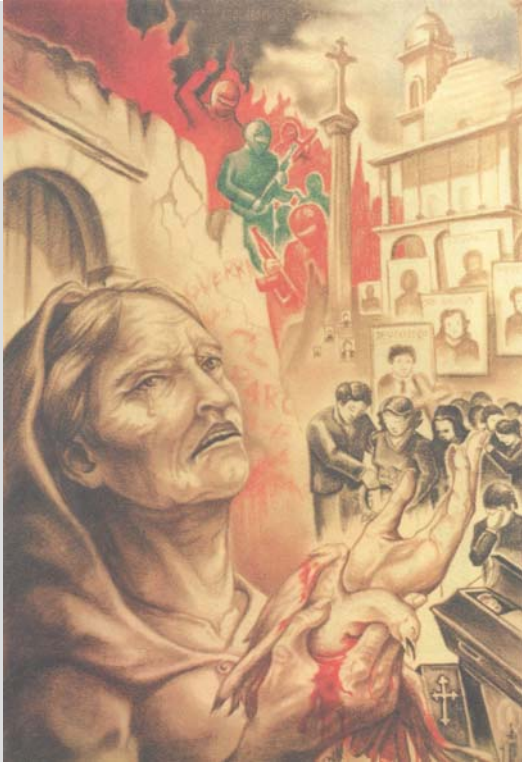
Efectivamente Mamá Eulalia ya había pasado un día y una noche en un calabozo subterráneo de hambre y de sed pero se daba ánimos chacchando su coquita con lágrimas en los ojos, con la esperanza de encontrarse con el único hijo que le quedaba.

La noche empezó con el cielo despejado y reluciente. Miríadas de estrellas brillaban frenéticas engalanando el firmamento. La luna alumbraba Ayahuarcuna y sus aguas reflejaban como ecos su brillantez al infinito. En lo alto de una roca trinaba agorera una paca-paca, y sobre un maguey, haciéndole coro, un búho enseñaba a sus pichones a cantar y volar.

A la una de la madrugada, cuando todo era silencio, el camión militar partió de la base hacia Ayahuarcuna. Entre los tripulantes iba siempre el capellán quien daba el último adiós a todas las personas antes de su ejecución. Juliocha iba aferrado a su madre, era una petición aceptada. Con valentía propia de los campesinos, soportaba las pesadas botas de los soldados que viajaban en silencio. Además se iría junto a su madre, ya no la dejaría sola, sufriendo sin consuelo. Pensaba igual que Mamá Eulalia, que alguien les buscaría para enterrarlos en el cementerio comunal, adonde les llevarían flores de zunchos y dalias que eran sus flores preferidas.

«El día que yo muera, tiene que ser en mi tierra, allí donde nací y crecí, allí en medio de flores, maizales, trigales y papas, acompañada de vientos de agosto y trinar de aves silvestres,» decía mamá Eulalia, cada vez que tomaba una copa de warapo demás y recordaba su infancia, su adolescencia y más adelante a sus hijos desaparecidos. Pero a veces lloraba murmurando, ya sea en quechua o castellano: «¿Ñuqapaq huañuy kanmanchu? Maytas. Yo he nacido para sufrir eternamente...»

Una vez en Ayahuarcuna, lugar escogido para las ejecuciones, mamá Eulalia fue bajada del carro, pero ella no se desprendía de su hijo y rogaba que la llevaran a dónde sea con su hijo. «Por favor taytitos, déjenlo ir a mi hijo, él es inocente, mátenme a mí, a mi wawita suéltlenlo. La única culpable soy yo por haberlo traído a este mundo... Mátenme si quieren pero a Juliocha no... a mi hijo no... no... no...»



"El día que la paz murió"
Autor: Richard Sulca Avilés
Ayacucho

Abrazados y parados al borde del pequeño abismo formado por el río Ayahuarcuna, recibieron la bendición del capellán que dio el adiós con rezos lastimeros. Dada la orden de la ejecución, los soldados, a pesar de ser hijos del pueblo, se disputaban por disparar como si con cada persona que fusilaban, ellos alcanzarían más méritos de verdugos. Al cabo, la bala silbó con estruendo, tirándolos al fondo del río. El camión dio media vuelta, acelerando su marcha de retorno. En su caída, siempre cogidos de las manos, mamá e hijo fueron golpeándose contra pequeñas rocas y plantas de retamas y

cabuyas. El dolor causado por los golpes y los aromas que emanaban de las flores amarillas de retamas violentadas les volvieron a la realidad, haciéndoles aferrarse a la vida, a alguna raíz que sobresalía del terreno en pendiente. Sintieron latir sus corazones. «¡Estamos vivos!» se dijeron cogidos firmemente de la raíz de retama.

Así era, el que les disparó, pensando matarlos con un solo disparo por estar las víctimas abrazadas, había fallado la puntería del disparo. La bala sólo le había volado la oreja izquierda de Juliocha. Entonces, calculando el fondo del río, se dejaron caer a las frías aguas del Ayahuarcuna. Con dificultad se arrastraron a la orilla, donde permanecieron echados por buen rato sin poder salir de sus asombros.

Aturdidos se tocaban el cuerpo, se pellizcaban la cara o adonde sus manos magulladas les permitían. Se mordían los labios, la lengua y al sentir respuesta no dejaban de llorar siempre abrazados, quedándose dormidos hasta el nuevo amanecer.

Luego de ser despertados por el trinar deavecillas que anunciaban la llegada del alba, emprendieron camino río arriba buscando la salida que los condujo a Rosaspata, donde vivía Olinda, la prometida de Juliocha. Allí permanecieron hasta curar sus heridas, recibiendo a ocultas la visita de algunos parientes y vecinos. Al cabo de dos meses, Mamá Eulalia y Juliocha se reintegraron a su comunidad. Aunque «juri rinri», Juliocha cumplió su anhelo de casarse en la fiesta de octubre, con banda de música, corrida de toros y waqra puku.

TERCER PUESTO

EL CALVARIO DE LOS VINOS

Por: Herminia Oré Aguilar, Huanta

Mi nombre es Rayda Cusichi, tengo 36 años, estado civil, conviviente. Soy la tercera de nueve hermanos. Mi familia era de trascendencia pudiente desde mis abuelos. Teníamos una cantidad de animales como ganado vacuno, lanar, auquénidos, caballar y cerdos, con suficientes terrenos cultivables. Mi lugar de origen es Caballochayoc, jurisdicción de la Comunidad de Parubamba, distrito de Ayahuanco, provincia de Huanta, Ayacucho. Antes del conflicto armado interno, nuestra zona era tranquila, la gente nos tenía bastante respeto, pero en los años 1980 a 2000, se convirtió en tierra de nadie y lugar sangriento. Mi familia fue afectada por ambas partes. Los subversivos terroristas nos consideraban gamonales soplones, cabezas negras. Éstos asesinaron anteriormente a mis abuelos y parientes; pedían cupo de quien sea, obligaban a integrarse a los varones y mujeres con amenazas de asesinar a sus familiares. Los militares nos consideraban colaboradores, partícipes y terrucos, lo cual era falso. De igual manera, los militares reclutaban a los varones adultos y los jóvenes, que eran obligados a buscar a los terroristas subversivos. En nuestra zona, no había respeto a la vida. Mis familiares fueron asesinados, por interés propiciado por los mismos campesinos, con el fin de apropiarse de nuestros animales y demás bienes.

Mi historia comienza así.... Tenía como 10 a 12 años. Desde semanas atrás, los miembros de autodefensa de Pampa Coris estuvieron frecuentando nuestra comunidad. Era el 10 de abril de 1984. En horas de la mañana, llegan a la comunidad de Caballochayoc algo de 30 personas dirigidas por los miembros de autodefensa de Pampa Coris, entran a mi casa y nos sacan a toda mi familia, de igual manera al resto de los vecinos compoblanos nuestros, y nos llevan con dirección a Pampa Coris. Entre mi familia estábamos mi padre Marcos, mi madre Mauricia y mis hermanas mayores, Gregoria con sus dos hijitas de 5 y 3 años, mi hermana Nélica; entre mis hermanos menores estaban mi hermano Marino de 10 años, María de 8 años, Guillermina de 6 años, Celedonio de 4 y Ernesto más o menos de 1 año y 8 meses. Estaban también la hermana de mi mamá, mi tía Florencia, y su esposo Avelino y sus 6 hijos, Víctor, Cipriano, Dimisión, Julián, un menor de 3 años y un lactante, mientras mi otra hermana Jesusa y mi prima Cirila, hija de mi tía Florencia, habían salido a pastar los animales y casi siempre retornaban entre las tres y las cuatro de la tarde.

Cuando llegamos a Pampa Coris, aparece el helicóptero de los militares pero se dirigen a Huarcatan, comunidad que se encuentra al frente del otro cerro. Los dirigentes nos dicen que tenemos que seguirlos y presentarnos. Mientras mi padre Marcos, mi tío Avelino y otros varones fueron sacados del grupo con el cuento de ir de patrulla a otro lugar, fue allí donde me separaron de mi padre y mi tío. Desde ese día hasta la fecha no sabemos donde estarán. Nosotros continuamos caminando, no sentíamos cansancio, mucho menos hambre, tan sólo sed y pena de mi padre y mucho miedo por nosotros. Nos hicieron caminar todo el día y al llegar nos entregan a los militares que eran algo de quince a más. Estaban en la casa comunal que tenía tres ambientes. Allí empezaron a maltratar a los mayores, los pateaban y golpeaban con sus armas y nos meten a todos de mi familia en un cuarto, al cuidado de varios militares, al resto en el ambiente que quedaba.

Esa noche dormimos en el suelo tendiendo nuestras mantas. No hubo sueño pese a que habíamos caminado bastante, estábamos cansados y con sed. Ya muy de noche, los militares entraron y empezaron a sacar afuera a mis hermanas mayores, a mi tía, mi abuela, su nuera y a mi madre. Cuando estábamos agarrándola, nos quitaron y mi hermanito Ernesto de un año a más empezó a llorar y le hicieron quedar. Lloramos pero el militar de la puerta nos gritó. Después de un rato, empezaron a hacerles preguntas con palabras soeces y bulla. Gritaban pidiendo auxilio. En ese momento, no entendí nada, pensaba que las pegaban o colgaban. Ahora recién me doy cuenta que es posible que las violaban. Nosotros lloramos, lloramos en forma desesperada pero en la puerta había militares que nos cuidaban, nos gritaban y hablaban en castellano. Yo no entendía lo que decían. A cada rato hacían traquetear su arma. Después de un buen tiempo, las hicieron regresar. Cada una se quejaba, lloraba, mis hermanas y mi tía lloraron bastante tiempo, mi mamá se quejaba y disimuladamente lloraba, nosotros lloramos y nos dijo: «no lloren, les pueden pegar.» La pusimos en medio de nosotros.

Al día siguiente en la mañana, nos sacan de la saca comunal. Los militares se dividen a la gente y los llevan a diferentes partes. A nosotros nos llevan a un paraje. Llegamos a una sequía y caminamos por el borde casi cerca al huaico. Por la sequía corría un poco de agua helada. Tomamos hasta saciarnos. Uno de los militares dio señal para parar y nos sentamos, uno de ellos le llevó a empujones a mi hermana mayor y desaparecieron por detrás de una piedra grande. Luego de un rato, el agua que venía llegaba teñida de sangre y regresó solo el militar. Todos lloramos, luego empezó a pegarle a mi abuela. No sé que le preguntaría en castellano y ella hablando en quechua diciendo: «Nos va a matar a todos siendo inocentes.» Ningunos se entendían, lo único que escuché y comprendí que le dijo terruca, con palabras soeces y le cortó el cuello con un cuchillo que llevaba en un estuche a la altura de la cintura. Igual lo

*“Huellas en el alma”
Autor: Rosario Laurente Chahuayo
Huancavelica*

hizo el otro militar a su nuera, el otro a mi tía y le disparó con su arma en su cabeza. A mi hermana le llevó más allá y escuché después de un rato el disparo de su arma. Luego nos agarramos a mi madre, llorando a gritos y suplicando al militar para que no la mate. Ni caso, le cortó el cuello y el otro militar le disparó en la cabeza. Murió mi madre, qué tristeza, nos manchamos con su sangre. Antes de lo sucedido, me acuerdo que ella estaba sentadita amamantando a mi hermanito Ernesto. No recuerdo si a él lo mataron o no.



Desesperados corrimos con mi hermanito Marino a la sequía a lavarnos la sangre. Llorando y gritando, me dijo: «escapemos porque igual nos va a cortar el cuello con cuchillo y no quiero morir así.» Se deslizó desarrancándose, le seguí rodando rodando, nos deslizamos hacia abajo. Posiblemente se habrían dado cuenta y nos mandaron lluvia de balas por mucho rato. Como era pendiente no podían bajar, las balas no nos habían herido. Cuando cesaron los disparos, nosotros seguíamos deslizándonos por todo el pendiente del barranco de tierra de una buena altura. No me acuerdo, posiblemente me habré desmayado o tal vez dormido. Cuando me di cuenta, el sol estaba ya muy tarde, no podía levantarme, me dolía todo el cuerpo, me había hecho chichón en la cabeza y tenía un fuerte dolor. Empecé a buscar a mi hermanito. Estaba tirado más allá, tenía bien hinchada la rodilla amoratada. Difícilmente llegamos al huaico y salimos hacia el frente, pero teníamos tanto miedo para salir y seguir caminando, pensamos que nos estaban buscando. Nos quedamos debajo de un árbol toda la noche, lloramos hasta el cansancio. Dormía un rato, me despertaba, otra vez lloraba, mi hermanito se quejaba del dolor en la rodilla. Le dije que se lavara con su orina.

Antes de caerme por el barranco, dejé a mis dos hermanitos menores sentaditos y llorando, Guillermina y Celedonio. Este recuerdo es un tormento de nunca acabar. Al recordarme en esas fechas, me jaloneaba mi cabellera, retorcía mis brazos, mis dedos de cólera y rabia, lloraba de pena y arrepentimiento, me daba escalofrío por haberlos dejado. ¿Por qué no los he jalado conmigo por el barranco para adentro?

Ahora al recordarme, me duele el corazón y la cabeza y lloro. Todo fue de un momento a otro. Si me hubiera dado cuenta de lo que hacía, me hubiera caído con ellos más. Es posible que esos asesinos militares les hayan cortado el cuello, igual que el resto de mis primos y mi hermana María estaban siendo asesinados con cuchillo al otro costado de nosotros.

Al día siguiente, de hambre y sed, sólo tomamos agua de seccepera (planta silvestre que tiene un poco de agua en el tallo). De hambre comíamos la baba de putacca (planta que tiene baba en el tallo y hojas). Eran más o menos las tres o las cuatro de la tarde. Vimos venir de lejos a una pastora de cabras. Teníamos miedo de ir en alcance. Ya cuando estaba muy cerca de nosotros, mi hermanito Marino se acercó, cojeando y llorando, y empezó a contar lo sucedido. Luego me acerqué y lloré, lloré hasta cansarme. La señora sabía algo de lo ocurrido del día anterior. Se compadeció y nos llevó a su casa, nos dio comida, agua, y nos encerró en su casa. Se había ido a contar al presidente comunal de esa zona y éste vino con otra autoridad más y nos llevó al pueblo. Esa noche quedamos en una de las casas. Al amanecer, más o menos a las siete o las ocho, nos informaron que nos iban a llevar a Huarcatan. Rogamos llorando para no volver, les dijimos que habíamos escapado, no quisimos ir, pero nos obligaron.

Cuando llegamos, ya no estaban las bestias humanas de los militares, tampoco los de Autodefensa de Pampa Coris. Se reunieron la gente y sabían como fueron asesinados, sabían de la matanza masiva. Escuché decir que todos habían sido asesinados y entre ellos conversaban, que ellos se habían escapado de sus casas. Había personas que conocían a mi padre y dijeron: «el papá de estas criaturas es el señor Marcos Cusichi, es de tener, es ganadero conocido, tiene bastantes animales, ahora estos niños están solos.» Y la mayoría de la gente dijeron: «¡Déjenlos tranquilos!» Uno de ellos dijo «yo los voy a tener» y con la Autoridad levantaron un acta y nos llevó a su casa, y nos crió varios meses. En recompensa, todos los días ayudábamos a esta familia de apellido Condoray. Yo pasteaba sus animales en el cerro, mi hermanito ayudaba al señor en la chacra. A cada momento me quedaba pensativa y recordaba a mis padres, mis hermanitos que quedaron sentaditos, y mi pregunta sin respuesta era de mi hermana Jesusa y mi prima Cirila, ¿dónde estarán? ¿las habrán matado?

Mi hermano y yo sufrimos bastante. No teníamos ropa con que cambiarnos, estábamos sin zapatos, y a veces nos faltaba comida. Casi siempre iba sin fiambre a pastar los animales y siempre recordaba. Con mis padres teníamos todo, bastante leche, queso, carne, y de un momento a otro quedamos sin ellos, sin animales, en la pobreza. ¡Qué tristeza era mi realidad! Quería saber de mi hermana y mi prima. Un

día, después de varios meses, decidimos ir en busca y optamos por regresar a nuestro pueblo Caballochayoc.

Al llegar, nos enteramos que nuestros animales habían sido distribuidos. Los toros y carneros fueron llevados por los militares, otros llevados por los miembros de autodefensa de Pampa Coris, también fueron llevados por los subversivos terroristas, y estaba incinerada nuestra casa, otros animales fueron adueñados por algunos vecinos. En fin, no había ni uno, quedamos sin nada más o menos de las 150 ovejas y carneros, 140 llamas, más de 60 cabezas de ganado vacuno, sin contar los becerros, como 40 cerdos y 38 caballos de carga. Nadie sabía nada de mi hermana y mi prima. Sólo una anciana nos dijo que habían escapado a Tecte, pero se contradecía diciendo que fueron llevadas por un hombre, quien decía ser su pariente lejano. Decidimos ir en busca, caminamos todo el día por el cerro, preguntando si las conocían a toda persona que veíamos. Llegando al lugar, nos enteramos que nos buscaba mi cuñado, esposo de mi hermana mayor. Al encontrar a mi hermana, ya éramos tres hermanos y una prima. Este cuñado nos llevó al distrito de Ayahuanco. Estuvimos por un tiempo. Ya tenía más o menos 15 a 16 años. Reflexionaba que no había futuro, solamente explotación.

Decidimos salir al distrito de Santillana y teníamos intenciones de llegar a Huanta. Yo me recordaba que un carnicero llamado Alejandro Cabrera, huantino que venía a mi casa a comprar toros de mi padre. A veces llevaba ocho a diez toros, y se quedaba a veces en mi casa. Cuando llegamos a Huanta, no sabíamos donde vivía, tampoco conocíamos este lugar, pero indagando en el mercado encontramos al señor Cabrera, quien nos acogió en su casa y lloró de mi padre. Ya sabía lo que le había pasado. Nos dio un cuarto. Yo entré a trabajar como empleada doméstica en una casa, otras veces como ayudante de cocina. Al igual mi hermano y mi prima se recourseaban en algunos trabajos. Empecé a educarles a mis hermanos, pero mi hermana Jesusa no podía aprender, no pasaba, repetía de año, se quedó con segundo año de primaria. Igual era mi prima, mientras mi hermano terminó secundaria. Yo quedé sin educarme, analfabeta porque no había nadie quien me diga «estudia». Mi hermano con el cuento de ir a trabajar en vacaciones se fue a la Selva y no regresó, se quedó hasta la fecha, pero siempre me visita y me ayuda.

Ya mayor de edad, busqué a mis paisanos. A muchos los encontré en Nueva Jerusalén, Huanta. Los organicé, formé el comedor popular con los desplazados. Fui elegida Presidenta de Vaso de Leche en el Asentamiento Humano N. Jerusalén. Con mi junta directiva, haciendo actividades decidimos comprar un terreno y construir vivienda con préstamos de ENACE. Luego, después de poco tiempo gestionamos entre todas la condonación de deuda al Estado. Con tanta dificultad logramos esto.

Salió publicado en el Diario Oficial «El Peruano». Ahora vivo en mi casa, tengo mi pareja y mis hijos, sigo luchando por mis hijos. Difícilmente salí adelante. Cuando tomé la dirigencia, recién he valorado qué importante es tener educación, saber leer y escribir. Soy analfabeta, ahora con la alfabetización, aprendí más o menos a firmar. Desde un año atrás, soy asociada en la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Torturados de la Provincia de Huanta «AFDETOPH», cuya presidenta es la señora Herminia Oré, quien se preocupó bastante por los afectados, la única que se interesó en buscar la verdad y la justicia. Me ayudó haciendo escrito para denunciar ante el Ministerio Público de DD.HH. en Ayacucho, cuya investigación está en curso. La señora Presidenta es mi consejera, mi abogada. El 98% de los asociados fuimos llevados por ella a la Oficina del Consejo de Reparaciones, sede Lima, para la inscripción en el Registro Único de Víctimas. Estoy satisfecha, aunque todo lo que haga no llenará mis expectativas. No podrán devolverme la vida de mis seres queridos, pero por lo menos me desahoga el hacer algo y me reconforta.

Señores lectores me despido con el siguiente mensaje: «Pasaron 24 años de lo que perdí a mis padres, a mi familia, y no puedo olvidarme, no puedo curar la cicatriz de la herida abierta en mi corazón, en mi mente, en mi ser. Sólo espero la Verdad y la Justicia para saber por qué mataron a mi familia siendo INOCENTES.»

MENCIÓN HONROSA

LUCHANDO POR LA ESPERANZA

Por: Marizol Yaranga Vargas, Huanta

Eran aquellos años llenos de zozobra y espanto que recorrían toda la ciudad; muchas vidas perdidas y todas hechas una desgracia que enlutó de tragedia su vivir... todo su ser. Su alma recorría la inmensa soledad, llena de agonía y de dolor, cuenta muy airada tal vez por la injusticia vivida, pero llena de valor ya que ella sigue adelante a pesar de todas las dificultades que tuvo que pasar, quebrantado toda sus esperanzas como un desierto desolado, como un tornado que no tuvo compasión de su sufrimiento. Eran momentos donde no cesaban las lágrimas, llantos amargos de impotencia al no poder hacer nada; eran como agrio que endurecía su rostro, era indigno lo que le sucedía, hasta el cielo se confabulaba con su oscuro atardecer, haciendo de su soledad la más triste miseria humana. Hasta los amaneceres palidecían, ni se escuchaba el trinar de los pájaros ni el canto de los gallos... Eran tiempos de angustia y a la vez su hermosa vida de Maysé se convertía en tinieblas... comenzaba a vivir una pesadilla.

En su andar sólo hallaba cuerpos en descomposición, cuerpos con señales de tortura, cuerpos en la que algún inhumano o salvaje había descargado toda su ira. El miedo se apoderaba mucho más y su mirada se perdía por esta guerra sucia que iba destruyendo y arrasando no sólo su pueblo sino también iba arrasando vidas... Ya nada era igual, iba perdida como los demás, miradas frías, llanto en los rostros y un mudo silencio de todos como si se hubieran puesto de acuerdo. Maysé no entendía el porqué de la crueldad de aquellos hombres, algunos sin identidad y otros de uniforme que dejaban huérfanos a toda una familia.

Entre sollozos, con la mirada caída, expresaba toda su agonía que aun tenía guardada en su corazón destrozado y exclamaba: «¿dónde está, Dios? ¿por qué nos ha abandonado? ¿por qué? ¿por qué?... ¿habrá vida después de toda esta destrucción?» Eran preguntas que se hacía Maysé constantemente. Al salir a los campos y ver tirados muchos cadáveres que algún momento tuvieron nombre, hermanos, padres... y los llantos de toda una familia le destrozaban su ser... Era un viento tenebroso que pegaba su rostro, su vida era como una hoja que estaba comenzando a marchitarse. Recalca nuevamente su inmensa pena que le hería en lo más profundo de su alma.

Aquellos hombres eran tan crueles y malvados que no les importaba el dolor ajeno. Eran tan egoístas, asesinos con sueldo y asesinos con una ideología equivocada, que no tenían consideración alguna por el más débil, por el campesino, por el iletrado, por la mujer del campo, por el indefenso... asesinos que no sentían piedad y no les interesaba nada. ¿Cómo dejar morir las rosas de un jardín y echarlas al olvido? Grande era la lucha que había comenzado por sobrevivir y tuvo que aprender a ser valiente y a pesar que le temblaban todos los huesos, tenía que ser fuerte ante el dolor que le cautivaba constantemente. Tenía que demostrar mucho valor ante sus hijos para que ellos no tuvieran pánico y terror.

Maysé tenía que viajar constantemente a las comunidades para realizar «trueque» y traer algunos alimentos para sus hijos. Y en uno de sus constantes viajes, cuando de pronto escuchó muchos gritos de auxilio, inquieta por saber qué ocurría levantó la cabeza para ver, y al instante se detuvo el vehículo en el que viajaba, percatándose que había varios vehículos más detenidos. Eran hombres vestidos de negro y estaban encapuchados, fuertemente armados, se hacían llamar «compañeros». Había un silencio sepulcral y Maysé cerró los ojos mientras su pensamiento estaba en sus hijos y a la vez se preguntaba: «¿ellos serán terroristas?» Seguidamente, con voz enérgica bajaron a todos y uno de ellos dijo a uno de los chóferes: «¡oye! ven tú.» Entonces el chofer se acercó casi trastabillando y continuó el encapuchado a decirle: «Tu eres aquel que no quiere colaborar con nosotros ¿verdad? ¡Enseguida morirás!» Y todos los que estaban observando la escena escalofriante comenzaban a llorar, pero el valor y el instinto de madre de Maysé fue mucho más en ese instante a pesar de ser el sustento de sus hijos y sintiendo el amor de madre, no pensó dos veces y siguió tras del chofer y los sanguinarios, queriendo impedir que lo mataran. Maysé tomó valor y gritó: «Si ustedes dicen luchar por la justicia, ¿por qué quieren quitar la vida de este inocente que es huérfano y sustento de sus hermanos menores?» Sin embargo, Maysé al ritmo que levantaba la voz, sentía por dentro mucho miedo. «No te metas porque si no, tu también morirás,» dijo uno de los sanguinarios. Era una advertencia pero fue más grande su amor de madre que la empujaba a reclamar, pase lo que pase. El cañón del arma tocaba la sien de aquel muchacho y como gracia divina uno de los hombres comenzó a decir: «Agradece a esta mujer, carajo, pero en este mismo instante desaparezcan los dos antes que me arrepienta. ¡Váyanse!» Sin mediar más palabras, subieron todos al vehículo y prosiguieron la ruta bajo el intenso frío de la noche.

Desde aquel día, Maysé se dio cuenta de que tenía una vocación innata en su corazón, la de luchar por quienes necesitaban, por aquellos indefensos y pudo enfrentarse aquel día a ese grupo de monstruos, a ese grupo de salvajes. Se dio cuenta que la palabra puede más que el arma, el diálogo puede más que la guerra...

La Bella Esmeralda de los Andes se había convertido en tierra de nadie y el nombre de Huanta se hacía cada vez más famoso en todo el país y también en el extranjero y a la vez era como una madre atada de pies y manos que no podía defender a sus hijos, era esclava de toda la maldad de aquellos que decían luchar por una vida sin diferencias, mas todo era mentira y lo que hacían era teñir de sangre los campos verdes y los rincones de las calles con cadáveres de gente inocente que sólo tenía derecho a vivir.

Maysé no entendía estas dos formas de lucha. Una por parte de los militares que supuestamente debían defenderle a su familia y estar al lado de su pueblo, sin embargo sembraban terror y muerte, desapariciones, torturas y violaciones a los derechos humanos, la otra por parte de los terroristas quienes manifestaban luchar por los más pobres, pero realizaban juicios populares incluyendo ejecuciones con arma blanca, es decir que ambos mataban y causaban dolor. Maysé tenía que seguir luchando por la defensa de los demás y por sobrevivir.

Una mañana salió con sus hijos y su esposo a recoger leña cuando fueron detenidos por los militares, quienes con gran ira comenzaron a llamarlos terroristas, «rebeldes», a acusarlos de ir contra la ley. El pánico a Maysé le había ganado una vez más, cuando uno de los militares dijo: «El nombre de tu esposo está en la lista.» Más aún, los nervios le traicionaron cuando a su esposo lo agarraron del cuello, torciéndole el brazo lo introdujeron a la tanqueta. «Entra cobarde,» dijo uno de los militares hecho una fiera. Con la mirada de desprecio, lo detuvo arbitrariamente contra su voluntad sin motivo alguno.

Maysé, en medio de su desesperación y con lágrimas en los ojos, comenzó a suplicar para que lo soltaran a su esposo porque sabía que si se consumaba el hecho, sus hijos quedarían huérfanos. Fueron minutos de zozobra, de llanto y de clamor; pedía a gritos compasión por su esposo, sin embargo ellos mostraban su terquedad y no le daban importancia a las palabras de Maysé, que seguía parada cual molle fuerte ante las inclemencias del frío o el sol. Su perseverancia hacía que su espera sea más larga para que lo soltaran. Recordaba aquél éxito logrado cuando defendió a aquel chofer y eso le daba mucha más fuerza y esperanza por lo que seguía esperando a que lo soltaran a su esposo. Habían momentos en el que el desánimo le iba ganando, mas en su mente seguía anidando el concepto de aquellos militares inhumanos, falsos, corruptos, asquerosos, que se aprovechaban de la circunstancia para hacer daño. Ella decía entre sí que nadie era quien para hacer justicia con armas. Su vida se hacía cada vez más una tragedia sin motivo alguno, el nudo de su garganta le dolía al verse sola e indefensa al lado de sus hijos. Tenía que esperar la compasión de los militares. Las horas se hacían largas ya que si lo dejaba, ellos lo desaparecerían,

mas estuvo allí firme en su espera, logrando que lo liberaran. Por su amor por los hijos, hizo todo lo posible para que lo liberaran más tarde, a pesar de los constantes maltratos que recibía en su hogar de parte de su esposo. Fueron momentos horribles que tuvo que pasar a causa de aquellos militares que sólo sembraban muerte, desgracias, desolación, pero la valentía de mujer seguía latente en su ser de Maysé.

Ella creía estar sola, creía que era hija única, no conocía a ningún familiar. Cierta día un hombre tocó su puerta, preguntó su nombre y le dijo «tú eres mi hermana.» Ella no conocía a su hermano. Conmovida lloró de alegría y le dijo «ahora sé que no estoy sola», pero fue tan cruel el destino que no duró su inmensa alegría, ya que ese momento hermoso fue convertido en tristeza porque la dejaron sola y la alejaron de su única familia. Aquel hermano desapareció hasta que lo halló muerto, colgado de un árbol y con un letrero que decía: «Así mueren los soplones.» Maysé jamás entendió lo que había ocurrido. Simplemente detestó profundamente aquel hecho. Una vez más lograron destrozar su ser. Ella sintió amargura y mucho dolor, gritaba la desgracia inmensa que vivía ya que volvía a vivir una pesadilla. Ella se preguntó: «¿Por qué quitarme la felicidad? La felicidad no se vende ni se regala ni se obtiene ni con muertes, ni con guerras.» Maysé no lograba otra vez entender tanta tristeza que cambiaba sus sentimientos. Por sus venas corría una sed de venganza, de maldición. Gritaba: «¡Malditos miserables! ¿cómo matar a un ser inocente?» El mayor error que su hermano había cometido era tan sólo salir de la selva en busca de su hermana sin medir la consecuencia. En la selva, los senderistas tenían una consigna que aquel que salía a la ciudad era porque llevaba información a los militares y por tanto, tenía

que morir por soplón. Una vez más Maysé sentía que morían sus esperanzas por haber perdido a su único hermano. Estaba condenada a vivir un tormento. En ese momento, no deseaba ni vivir, no podía creer lo que le sucedía, nadie tenía derecho a quitarle a los que ella más quería. La vida de Maysé se iba apagando por tanto llanto, por tanta



“Escena de horror”
Autor: Florencio Huarhwa
Quínuá

injusticia vivida, dondequiera que iba tenía la sensación de desfallecer porque no podía hacer nada, todas las noches le turbaban en su mente las torturas, las violaciones; su sangre cada vez más era fría de tanto horror, todo este mundo era confuso para ella, quería que esta frialdad de la vida terminara de una vez, que su sed de justicia desapareciera. Estaba cansada del sistema de gobierno, de una sociedad corrupta, de aquellos hombres en su mayoría bestias con cara de indefensos. Sus mejillas se habían hecho toscas por el recorrer de sus lágrimas, tenía una facción tosca y casi dura por la felicidad perdida y no sólo de ella sino también de muchas familias más. Estaban cansados de la clase de vida que llevaban - tanta indiferencia de parte de la sociedad - abandonados a su suerte. Era un pueblo que vivía un dolor latente mientras que la capital del país vivía a espaldas de la realidad.

Los años transcurrieron y los hijos de Maysé fueron creciendo. El segundo de ellos llegó a ser Teniente Gobernador de su comunidad. Asumió ese cargo viendo el ejemplo de lucha de su madre, pero el destino enlutó una vez más a Maysé al perder a ese ser tan querido hecho toda una autoridad y que estaba sirviendo a los demás. Le quitaron una parte de su vida dejando una herida profunda para el resto de su vida, un puñal clavado en su corazón. El horror condenaba a Maysé al fracaso. Necesitaba perdonar, pero significaba tanto amar a aquellos que fueron enemigos de la paz, de la tranquilidad, y no lo creía correcto. ¿Cómo perdonaría a aquellos que le causaron tanto dolor? Aún siente ese profundo dolor y le persigue hasta hoy su desgracia vivida.

Su pueblo se convirtió en un campo de batalla, un desastre fatal, la herida más grande seguía tocando su corazón. Comenzó a pedir perdón a Dios por el odio y rencor que sentía en su interior, pidió perdón porque algún momento maldijo a quienes habían arrebatado a sus seres queridos. No encontró consuelo, ni refugio, miraba de tan cerca la falsedad de la vida, estaba caída, totalmente destruida, era como un balde de agua fría, le tocaba vivir el peor momento de su vida. Hoy, al recordar todo lo vívido enfoca en la indiferencia de las personas. Ella está segura que todas las autoridades no priorizan al más pobre. Ella refiere que el maltrato sigue en su vida. La gente es tan hipócrita que siente compasión mas no extiende su mano. Sólo expresan palabras que el mismo viento se las lleva. Para Maysé la palabra «pobrecita» es humillación. Siente una gran mentira, siempre ha sido marginada. Hasta ahora nunca supieron del inmenso dolor que la aqueja en medio de su soledad. Fue destruida espantosamente pero aún tiene ánimo de seguir luchando por los más pobres dando su amor. En su mirar, se refleja todo el dolor y la pena que siempre lleva guardado en su corazón. Sentada en sus horas de soledad, contempla su humilde hogar. Está muerta en vida pero ha descubierto que hay un ser superior que sí tuvo piedad de ella y de su familia y que la mantuvo viva hasta hoy, que Él es el dador de la paz, de la libertad y que sólo a Él le debe la vida.

PLEGARIA

PASO A PASO OIGO VOCES A LO LEJOS
LLANTOS DE DOLOR, DE ANGUSTIA Y DE
DESESPERACIÓN QUE TURBAN MI MENTE
NO... NO...
ARMAS, BOMBAS, SANGRE, MUERTE
NO... POR QUÉ
ES ESPANTOSA ESTA CRUELDAD DE LA VIDA
ES MENTIRA, NO ESTÁ SUCEDIENDO, POR QUÉ
DESPIERTA, OH ALMA MIA, DESPIERTA
NO TE MUERAS, NO ME DEJES SOLA
ABRE LOS OJOS, ESCÚCHAME
LEVÁNTATE, NO TE PUEDES IR, NO ME DEJES
LEVÁNTATE... TE LO PIDO... POR FAVOR, NO ME DEJES SOLA.
MADRES VIUDAS, NIÑOS HUERFANOS, LÁGRIMAS DE DOLOR
SANGRIENTO DESTRUCTOR, MALDITA CRUZ
MALDITOS ASESINOS
¿CÓMO MATAR INOCENTES? LLENARLOS DE NOSTALGIA
NO, NO SE LO LLEVEN
¿CÓMO DESTRUIR UN EXISTIR Y ARRANCAR LAS ILUSIONES
Y QUEBRANTAR MI SER?
CRUELES MONSTRUOS, NO ES POSIBLE, ¿POR QUÉ?

MI CUERPO SE LLENA DE LLANTO, MI CORAZÓN DESTROZADO
Y MIS OJOS ENROJECIDOS, CAÍDA MI MIRADA
POR ESTA MATANZA QUE TIENE QUE CESAR YA.
DOBLO MIS RODILLAS, ALZO MIS OJOS A LOS CIELOS
CLAMO PIEDAD Y MISERICORDIA
SEÑOR, TÚ QUE HAS DADO LA VIDA,
DA CONSUELO A MI ALMA, LLÉNALA DE AMOR
YA QUE TU MILAGRO SERÁ COMO LAS GOTAS DE LLUVIA
Y LA ESPERANZA COMO EL CIELO AZUL
Y LA PAZ COMO LAS ROSAS BLANCAS,
GRACIAS POR MOSTRARME MI DIGNIDAD
QUE VIVA LA PAZ, QUE VIVA LA JUSTICIA
QUE REINE LA FELICIDAD.

EN SILENCIO BUSCANDO A MI MADRE

Por: Norma Añaños Mor, La Mar

Yo, Norma Añaños Mor, identificada con D.N.I. 40021092, les contaré uno de los sucesos más dolorosos, tristes y de trauma que puede vivir una persona, más aún siendo ésta una niña de cinco años de edad que en ese entonces no entendía lo que pasaba, las consecuencias de la violencia sociopolítica que traería en mi vida.

Los sucesos ocurrieron hace 24 años.

Nací en el distrito de Tambo, provincia de La Mar y vivía con mi madre, Teodosia Mor Carrera, y mi abuelita, Esperanza Carrera Sulca (madre de mi mamá). Ellas eran toda mi familia y yo estaba orgullosa de ellas, ya que además era hija única, al igual que mi madre.

Vivíamos en Tambo, en la comunidad de Yupancca, donde teníamos una casa y una chacra, como también mi abuelita tenía otra casa y chacra en la comunidad de Saytahuaylla. Yo estudiaba en el jardín de Tambo y mi madre decidió ir a la chacra a la comunidad de Yupancca, distrito de Tambo, provincia de La Mar, siendo un día 20 de noviembre de 1984, a horas 6:00 a.m. de Yupancca. Mi madre se encontraba cocinando con mi abuelita y además una tía que vino de visita. Yo, como toda niña, me encontraba jugando, cuando de un momento a otro, la gente de esa comunidad empezó a pararse la voz, que venían una gran cantidad de personas. Además se escuchaban balaceras. Las personas de la comunidad de Yupancca empezaron a tener miedo, otros se escondían, escapaban, todo era un caos. Mi madre, mi tía y mi abuelita no sabían que hacer, si escaparse o quedarse, pero luego decidieron quedarse. Con la desesperación, no se terminó de cocinar, por tanto nadie desayunó.

Ese día, de un momento a otro apareció un grupo de sesenta personas. Decían que eran los lincos, fuerzas armadas, ejército tomando prisioneros a las personas de esta localidad. Se escuchaban muchas balaceras. Nosotros nos quedamos en casa con mucho miedo y cuando en esos momentos, eran las 6:30 a.m., llegaron a la casa veinte a treinta personas encapuchadas, armadas, hablando muchas groserías y preguntaban: «¿Dónde están los terroristas?» Yo, una niña temblando de miedo, me agarraba fuerte a mi madre para que me proteja, cuando dos de esas personas extrañas

“Día de la matanza”
Autor: Yólana Subilete
Antamachay



empezaron a apresarle a mi madre, la señora Teodosia Mor Carrera. Yo no quería que se la llevaran y les suplicaba, les imploraba para que no se la llevaran, pero a nadie le importó y prácticamente me arrancaron de mi brazo a mi madre. Me empujaron a un rincón y me amenazaron poniéndome el arma en el pecho, diciéndome grosería y que me matarían si la seguía a mi madre.

Se llevaron a mi madre detrás de la casa y dentro de diez minutos empezaron a torturarle y quisieron violarle, porque se escuchaba gritos de suplica y dolor de mi madre aclamando «¡mi hija, mi hija!». Se escuchaban los golpes, patadas, puñetes, mientras otras tres personas armadas no nos dejaron salir. A mi madre empezaron a llevarla hacia otra casa y también las otras personas encapuchadas nos empezaron a llevar detrás de ellos, pero nosotros, de mucho miedo, caminábamos rápido, casi corriendo. Luego, al llegar a una casa, que era la de mi madrina, ya no estaba mi madre, pero estaba además escondida por los encapuchados, ya que no nos dejaron. En eso escuché la voz de mi madre, sus quejidos, y entonces me di cuenta que estaba en esa casa. Insistía para entrar pero no me dejaron. Luego también trajeron a otras personas e igualmente las torturaban adentro, ya que se escuchaban los gritos de dolor, mientras tres encapuchados nos cuidaban a nosotros y nos decían que igualmente nos matarían así también a nosotros.

Después de cuarenta y cinco minutos a una hora de estar ahí, los encapuchados nos decían que regresáramos a nuestra casa y que teníamos que traer corriendo, de lo contrario nos matarían. Nos levantamos de lo que estábamos sentadas para dirigirnos hacia la casa. Lo hicimos despacio con mucho miedo, ya que pensábamos que nos matarían también. Llegamos a la casa llorando y más o menos dentro de media hora (ocho a nueve de la mañana) empezaron a quemar las casas de esa comunidad de Yupancca y Saytahuaylla, así como también se encontraban con más intensidad y frecuencia las balaceras. No conforme de haber dejado a mi madre presa en manos de los encapuchados, exigí a mi abuelita para ir en su búsqueda. Decidimos salir con mi abuelita, ya que mi tía se quedó, pues decían que nos matarían, pero eso no nos importó a mi abuelita y a mí. Sólo queríamos encontrarla viva a mi madre.

Llegamos a la casa donde supuestamente le habíamos dejado y al llegar nos dimos con la sorpresa que esa casa también había sido quemada y aún estaba humeando, y tampoco ya no estaban los encapuchados. Seguíamos buscándola y al ver una casa que no la habían quemado, que era de la señora Petronila (no recuerdo el apellido), decidimos ir a preguntar si por ahí habían visto pasar a mi madre y al llegar a esa casa encontramos a los militares que estaban tomando su refrigerio y al menos nos dijeron con voz alta «¿a qué vienen? ¿qué cosa quieren?», a lo cual mi abuelita con mucho miedo respondió que estaba buscando a la señora Petronila para prestarse un poco de sal ya que ella no tenía, a lo cual nos respondieron que no había nadie porque se los llevaron como detenidos a todos a la ciudad de San Miguel, e incluso cuenta mi abuelita que se lo llevaron a su hija (mi madre) y que fuéramos en su búsqueda a San Miguel. Luego inmediatamente regresamos a nuestra casa con mucho dolor, casi inconscientes por la pena de lo sucedido.

Más o menos a las once de la mañana del mismo día, llegaron la mayor cantidad de personas. Decían que eran de las fuerzas armadas (lincas), llegaron con helicópteros. Decían que había enfrentamiento con los terroristas. Se escuchaban balaceras, dinamitas, empezaron a quemar nuevamente todas las casas de dos comunidades vecinas (Saytahuaylla y Yupancca) y a matar y quemar a todas las personas que encontraban a su paso, niños, ancianos, mujeres, madres gestantes, aproximadamente cuarenta y cinco familias, e incluso entre ellos un profesor de la comunidad.

Todo era un caos lleno de humo y parecía ser de noche porque todo era negro y sólo se escuchaba los aullidos de los perros. Mientras tanto, nosotros seguíamos en la casa, pero yo, niña, decidí seguir buscando a mi madre y me fui sola. Mi intención fue ir a Tambo. Llegué a una comunidad de Pata Pata a más de una hora de caminata, ni un bocado para probar hasta esa hora, nada de alimentos, en la cual llegué a la casa de familiares, los cuales me detuvieron y no me dejaron seguir buscando a mi madre, ya que decían que me perdería, o de lo contrario me matarían los militares. Me hicieron quedar hasta el día siguiente. Yo lloraba en todo momento, dicen que por ratos parecía que me desmayaba y no quería comer nada.

Mientras yo estaba en Pata Pata, llegaron los militares a la casa, donde estaban mi abuelita y mi tía, y me buscaban. Yo no sé por qué se enojaban ni para qué, a lo que mi abuelita respondió que no sabía nada, ya que no se dieron cuenta a la hora que salí. Les dijeron que prácticamente me escapé y estaría buscando a mi madre. Los militares llegaron y golpearon con la culata del arma a mi abuelita y también a mi tía, e incluso a ella la llevaron a otro cuarto y amenazaban matarla si no le decía en donde me encontraba, pero mi tía en su desesperación reclamaba el por qué acusaban a la gente inocente y empezó a mencionarles los diez mandamientos

de la ley de dios. En eso ella se dio cuenta que se retiraron y sacaron el arma que apuntaba en su cuello.

Más o menos a las dos de la tarde de ese mismo día, se retiraron todos los militares, no sé si a Tambo o a San Miguel, quedando sólo unos cuantos campesinos en la comunidad. También en la noche llegaron los terroristas en busca de los campesinos que habían quedado vivos y que eran cómplices de los militares, pero ya no encontraron a nadie, ya que todos fueron asesinados y quemados, quedando solamente tres familiares.

Al día siguiente, retorné a Yupanncca, llegué a la casa y encontré a mi abuelita y tía llorando. Pregunté por mi mamá y me dijeron que no sabían nada. Dentro de tanta tristeza se alegraron al verme, ya que pensaron que me habían matado.

Al hacer averiguaciones, por medio de mis familiares en Tambo y en San Miguel, nos dijeron que no habían llevado a ningún preso y que llegaron sólo los militares y que probablemente a mi madre la habían matado y botado por ahí y que tendríamos que buscar en los huaycos o casas quemadas. Continuamos buscando a mi madre pero no la encontramos.

Al tercer día, buscando en el camino encontramos muchas personas muertas como niños, ancianos, mujeres embarazadas, las cuales habían sido violadas, torturadas, ahorcadas, quemadas. Entre ellas, habían reconocido a la señora Petronila que estaba aplastada con un adobe, con los dedos cortados, y a la señora Olga Torre, embarazada de ocho meses, con las orejas cortadas, violada y ahorcada con una cuerda.

Luego llegamos a la casa donde escuché su voz por última vez. La casa estaba quemada y al entrar vimos a tres personas, una mujer y dos varones, muertas quemadas en el segundo piso. Mi abuelita, mi tía y yo nos acercamos. La mujer tenía quemada parte de su ropa falda, su chompa y el cabello, por lo cual la reconocimos. Aún recuerdo que cuando toqué sus dedos, se cayeron porque estaba carbonizada. Salí gritando sin saber qué hacer al ver a mi madre sin vida. Recuerdo que ese mismo día la enterraron en el mismo lugar con la ayuda de otras personas en fosas comunes, envuelta con frazadas, y dicen que hicieron lo mismo con las otras víctimas.

La señora Teodosia Mor Carrera dejó de existir a los cuarenta y seis años de edad, dejando huérfana a su hija, una niña de cinco años de edad (Norma N.A.M.), haciéndose cargo la abuelita, madre de la víctima, la señora Esperanza Carrera Sulca, quien falleció a causa de una enfermedad. Al no tener familiares directos, como padre, hermanos, tíos, la huérfana Norma, de once años de edad, pasó a manos de familiares lejanos. Gracias a su ayuda y mi esfuerzo y sacrificio salí adelante. Ahora soy personal de salud (técnica en enfermería) y trabajando en un puesto de salud y tengo una hija de dos años de edad. Mi esfuerzo fue salir adelante a pesar de todos los problemas y tristezas de la vida.

DÍA DE MATANZA

Por: Nelly Bedriñana Palomino, La Mar

En la comunidad de Chaca, el 6 de febrero de 1983 a horas de la mañana, ingresó un grupo numeroso de Sendero Luminoso fuertemente armado, haciéndonos formar en el patio de la casa comunal. Empezó a llamar lista a todos los que estaban buscados, uno por uno empezó a sacar y hacer formar en otra fila, y después se los llevaron a otra parte. Después, a todos los que quedamos nos hizo ingresar a diferentes cuartos de la casa comunal, varones aparte, mujeres en otro lugar. Ese día se quedaron casi hasta el mediodía del día siguiente, se instalaron y empezaron a hacer deporte. A todas las mujeres nos hacían cocinar, matando dos toros grandes, papa, no faltaba nada. Nosotras les atendíamos porque nos tenían amenazadas con matar a nuestros esposos, mientras que a los varones les golpeaban diciéndoles quiénes apoyaban a los militares, quién era soplón, porque a los que se habían llevado les dispararon formándoles en fila y sus cadáveres cayeron al barranco. Eso hicieron en vista de todos nosotros ellos. «Mueren por soplones, dos caras yana umas,» decían mientras los mataban uno por uno.

«Así van a morir,» nos decían, «todos son yana umas.» Cuando nos tenían así, un señor dijo: «Nosotros somos humildes campesinos. ¿Qué pecado hemos hecho para que nos hagan todo esto? No somos yana umas, en ese caso mátanos de una vez pero no nos hagan esto.»

De pronto se oyó un disparo, cayendo don Paulino Curo en el suelo. Sin lástima ni miedo, dispararon a todos los hombres. Ahí murieron ocho personas y quedaron varios heridos.

También en ese ataque, le violaron a doña Benedicta, a la fuerza, golpeando, la abusaron en presencia de su esposo y de todas nosotras. A ella le abusaron sólo porque su bebito empezó a llorar. «Hazle callar,» le decían, y el bebito no se callaba por que le dolía su barriguita.

Luego de cometer tanta injusticia, masacre sin pena, le han disparado al bebé más allá todavía. Cayó, gritó bien fuerte, por esa razón abusaron. Luego de cometer todos esos actos, nos hicieron formar varones y mujeres y nos llevaron preso con

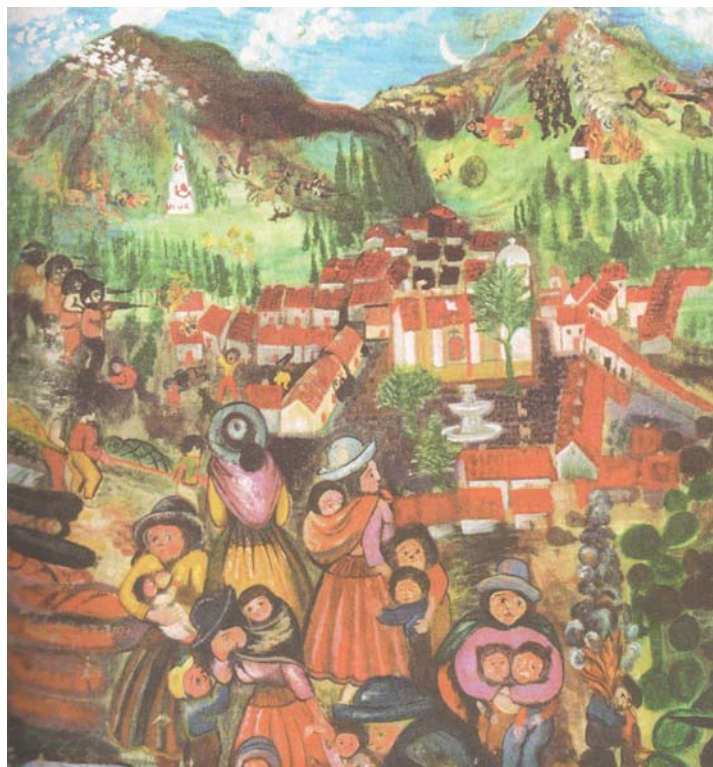
rumbo desconocido. En el camino íbamos niños, mujeres y varones. Sólo quedaron los heridos y muertos, hasta nuestros perritos nos seguían.

Uno era el golpe, el miedo, el hambre y el cansancio, pero de nada tenían piedad los terroristas. Allí se llevaron nuestras ropas, nuestra comida y nuestros animales. Aparte quemaron nuestras casas que eran de ichu. Quedamos sin nada.

Cuando estábamos en el monte, apareció un helicóptero de los militares y empezó a soltarnos disparos desde arriba. Allí empezamos a correr todos a su lado, otros saltaban al barranco, dentro de las espigas de tuna. Tratábamos de escondernos donde se podía, mientras que los terroristas empezaban a correr hacia el cerro de Yana Rumi. Desde ahí disparaban, pero la mayoría de Sendero murió y también perdieron la vida varios niños y señoras.

Los militares aparecieron porque los autodefensas de Pillo les habían comunicado del hecho. Mientras tratábamos de escapar, los disparos silbaban en mi oído y pasaban por encima de mi cabeza. Todos cabreábamos los disparos del aire y de abajo, de todos los autodefensas. Militares tanto como autodefensas nos han disparado de ambos bandos. Después de tanto disparar, se calmó todo. Y empezaron a llamar los militares y autodefensas, diciendo que teníamos que reunirnos y formarnos y agruparnos en la comunidad de Palla Palla. Casi en todo el día lograron reunirnos porque la mayoría estaban ocultados debajo de las rocas y en el barranco.

Además, los militares y autodefensas reunieron todos los cadáveres. Es así que yo salí del barranco donde me escondí, cargando a Junito que tenía dos años y estaba embarazada de seis meses, cuando de repente vi el cuerpo sin vida de mi esposo. No sabía cómo reaccionar, empecé a llorar y gritar, me quedé cómo tonta y como en sueño, no sabía qué hacer.



“Pesadillas de un pueblo”
Autor: Mauro Morales Soto
Huanta

Allí en ese lugar llamado Pucamarca, enterramos a todos los cadáveres con ayuda de militares y autodefensas. Hemos hecho varios pozos y enterramos de tres en tres a todos los muertos. Todas las viudas y huérfanos enterramos a nuestros difuntos.

Luego nos trajeron a Palla Palla. Ahí estuve viviendo en casa de un conocido. En esa comunidad, también hemos sufrido ya que no teníamos nada para comer, para vestirnos. Abrazados a mi familia que quedó, llorábamos.

Después de ese atentado, todos los que han quedado fueron las viudas, los niños y los ancianos. Prácticamente desaparecieron todos los hombres de mi comunidad, dejándonos en la pobreza.

SOBREVIVIENDO A LA VIOLENCIA

Por: Rubén Eduar Fernández Navarro, La Mar

Un día miércoles, a las cuatro de la tarde, apresurada me preparaba para cenar con mi esposo y con todos mis hijos. Serví la sopa, todos nos sentamos a la mesa, empezamos a disfrutar la deliciosa comida. En instantes en que el tiempo ya oscurecía, escuchamos el ladrido de los perros y algunos gritos de personas. Dejando la cena, todos saltamos hacia el campo para indagar lo que sucedía. Notamos que ya cerca venían varios grupos de personas haciendo disparos con armas de fuego, avanzado con automáticos y algunos con fales, escopetas y con otros armamentos, mientras nosotros de la comunidad, todos, niños, niñas, ancianos, empezamos a correr hacia el barranco a buscar refugio. Otros comuneros corrían con un bulto en la espalda, llevando consigo las frazadas, ropas y otras cosas para que no sean quemadas por los subversivos, porque ellos, cada vez que entraban a la comunidad mataban sin piedad a todos los que se encontraban a su alcance y quemaban sus casas. Yo me quedé asustada y con voz de alarma clamé diciendo: «Terruco Kaypiña, lliucha qatarisun, qorqomuychik warakata, llusimuychik.» Con estas palabras, entré a mi casa, saqué mi huaraca, alisté varias piedras en mi bolsillo y lanzaba mi huaraca con coraje. También saltaron otras personas, entre varones y mujeres, llevando consigo los varones sus hechizos y las mujeres sus huaracas. Ya casi a las siete de la noche, con tanto enfrentamiento pudimos hacer rendir a los tucos.

Mis hijos menores quedaron con vida y otros perdieron sus vidas, sus familiares, llorando, gritando desoladamente. Otros perdieron sus casas, quemado en su interior todo lo que tenían para vivir, pero nadie se compadecía de nosotros.

Esa noche no pude dormir. Todos estuvimos en guardia hasta el día siguiente. Al día siguiente, en la mañana, todo era lloro, llanto de los familiares de las personas fallecidas, quienes dejaron a sus hijos menores y otros a sus esposas. En otros casos, murieron esposo y esposa, dejando huérfanos a sus hijos menores, sin saber donde cobijarse. Ya no supe qué hacer al ver tanto crimen que cometían personas sin conciencia. Nada decían sobre todo el atropello nuestros gobernantes, padres de la patria, cuando necesitábamos apoyo, auxilio en esos momentos de exterminio. Nuestros hijos quedando sin miras al futuro, sin educación, sin padres,



*"Asamblea de los comuneros que los compañeros realizan"
Autor: Anatolio Cuya Huamán
Lircay*

sin vestimenta, sin hogar, sin alimentación, todo era un pronóstico de fracaso en la vida.

Siempre acostumbrábamos trabajar de día en nuestras chacras, situadas a unos dos kilómetros de nuestra

comunidad, pero siempre alertas a cualquier peligro o amenaza de parte de los militares, Sendero Luminoso o de las patrullas de autodefensa, de quienes recibíamos por igual maltrato, muerte, violaciones sin distinción alguna.

Otros días, nos manteníamos en la comunidad, reunidos en guardia ante cualquier problema, sin salida a nuestras chacras, dejando nuestros animales sin alimento y nuestras casas abandonadas. En las noches, mayormente íbamos a nuestras chacras hacia la agrupación para dormir y estar unidos todos los comuneros, estando en ese trance años y años, pasando penumbras, cargando un hijo y jalando de la mano a otro hijo. Tuve que soportar todo por no tener otras opciones. Si me quedaba a dormir en mi chacra, ni bien oscurecía y nos alistábamos y nos dirigíamos a dormir en un lugar adecuado y preparado bajo el suelo, donde pasaba la noche tranquila con mi esposo y mis hijos. Al día siguiente, salía sin hacerme notar con otros y me dirigía hacia mi casa a preparar mis alimentos.

En la comunidad de Uras, donde vivía, había autoridades comunales, quienes nos obligaban a mujeres, varones, jóvenes y hasta niños a amanecer cada quien en un puesto de vigilancia con huaracas, linternas, y algunos con hechizos, tipo escopetas hechas a mano por los pobladores.

En la noche, tenías que estar despierta, alerta. Si observabas alguna señal, tenías que tocar el silbato y todos saltaban en defensa. La noche era larga, tiritabas de frío, de sueño, sentada tenías que pasar la noche. Nadie quisiera pasar todo lo sufrido. Recordar era volver a vivir esos tiempos de injusticia, de violencia, quedando todo grabado en el corazón de todos mis hijos(as) y así no sé de cuántos.

Ahora vivo en otro lugar. En el primer día, no tenía adonde entrar con mis hijos y mi esposo. Rogué a un señor Samuel, quien se compadeció de mí y mi familia, dándome

un cuarto donde viví dos años. Empecé a educar a mis hijos con el esfuerzo de mi esposo y de mí. También logramos comprar un cuarto propio.

Gracias a Dios, mis hijos han sabido corresponder al esfuerzo de nosotros. Dos de mis hijos son profesionales. El hijo mayor, Juan Carlos, ha logrado ser profesor y la otra hija, llamada Rosmery, cursó estudios superiores en la ciudad de Lima y es administradora y trabaja en una empresa, pero los otros hijos no son profesionales. Son amas de casa y agricultores, humildes campesinos, a causa de los conflictos vividos en esos tiempos y cada uno tiene su familia.

INOCENTES CAÍDOS

Por: Santiago Gómez, La Mar

Historia de la señora Agustina Velásquez Zamora de la comunidad de Tanta Ccocha, nacida el 5 de agosto de 1936.

Tengo 72 años de edad, tengo siete hijos, de los cuales son finados cuatro, vivos tres. Soy viuda de Víctor Quispe Yupanqui. Mi esposo murió hace 22 años, o sea en 1986. Desde entonces, yo he tenido que afrontar por mis hijos, de su comida, ropa, de su educación. No tenía idea de su educación, por lo tanto mis hijos son analfabetos.

Desde mis abuelos vivíamos en una hacienda. La hacienda era del señor German Areste. El dueño alquilaba también a una y otra persona. El no nos dejaba hacer algo para nuestros hijos, su educación. Cuando vivíamos en la hacienda, trabajábamos tres días para el patrón, para nosotros quedaban dos días, y si fallaba esos días, pegaba a mi esposo, incluso le quitaba su herramienta de trabajo. Y las mujeres cocinábamos, cuando no nos hacía trabajar en la hacienda, y también lo hacíamos día y noche. Cuando trabajábamos en hacienda de noche, se cocinaba mondongo, hasta trigo patachi, se hacía muy de mañana, y también cuidábamos sus animales a diario.

Por otra parte, nosotros criábamos ovino, chanco o cabra, y también nos pedía las hierbas de nuestros animales, por tanto, no nos permitía nuestro progreso. Por lo tanto, los tres hijos que están vivos son analfabetos. Sólo se dedican a la chacra, pero ya se esfuerzan por comprar una chacra, siquiera una parcela. En ahí trabajan para sobrevivir y se esfuerzan para educar a sus hijos, mientras que yo he quedado sin educación y ahora con la alfabetización, yo ya no puedo, aunque quiero. Mi vista no me permite la alfabetización. Han dado lentes pero sólo a otros, a mi no. De igual modo, para las personas que tienen 70, ya no dicen nada. En otras palabras, para las personas de tercera edad, ya no hay ni derecho porque no existe una ley que pueda dar una protección. Le puedo decir, cuando dan una canasta, por alguna razón, a las ancianas no les dan, digamos, en día de la madre, sólo dan a las presidentas de club de madres, igual en año nuevo o Navidad, panetón o cualquier regalo, o sólo a personas sanas o normales, que pueden hacer cualquier cosa, pero como yo, ancianas, nada más que mirarnos. He visto en el municipio, han dado canastas a las regidoras, pero quitando una parte de sus sueldos a los trabajadores del municipio.

Cuando mis hijos eran pequeños, nuestra comida era yuyo o habas y se hacía sopa, se hacía segundo de sus hojas o de sus flores. Esa plantita nos dio el Dios que sí se interesa por todos sin excepción. Nos da su lluvia para todos, el sol. Sin embargo, ahora el gobierno, congresistas, presidentes regionales o alcaldes dicen que las personas de tercera edad se van a morir pronto, con eso ya no hacen nada a los ancianos o ancianas como yo, incluso hasta sus hijos olvidan a algunos, incluso como niños que caminan hacen caminar descalzos a los ancianos, porque los ancianos ya no pueden trabajar, yo tampoco. Cuando mis hijos me compran, tengo zapato, si no, ya no.

Sigo contando mi historia. Yo, cuando tenía 44 años de edad, empieza Sendero, empieza primero en las escuelas como presentando actuaciones cómo se maltrataba a los guardias, más o menos en el 77. Después en las comunidades empiezan a concienciar a la gente, diciendo que nos levantemos contra el abuso o contra la corrupción que las autoridades cometen en nuestro país. «Así llegaremos al poder, además seremos iguales, ya no veremos mucha pobreza.» Eso decían en la hacienda, había mucha esclavitud, además no se preocupaba de atender ningún gobierno a los pobres. Eso aprovecharon los de Sendero y la mayoría creyó, pero después empiezan a matar a los campesinos y a los niños. Ya no recuerdo muy bien, eso fue en Santa Rosa, llamado Huanta Chaca Matara.

El Sendero, además, cuando empieza la matanza, hasta a su propia madre matan. Eso empieza en 1980. De ahí en adelante empeoran los asesinatos y empiezan a organizarse como defensa civil. Eso trae más matanza y cuando se organizan, ya empieza a atacar a la agrupación el Sendero, con arma de fuego, con granada casera y con cuchillo, y los comuneros con palo y huaraca, y no pueden defenderse, y los matan a 35 a 47 comuneros. Por consecuencia, empiezan a hacer arma hechizo para defenderse. Sin embargo, eso también es otro enemigo porque como el hechizo no era seguro, y muchos mueren con arma hechizo. Ya cuando empieza defensa civil, las mujeres también empiezan a morir. En Tanta Ccocha, mataron a una señora, a sus hijitas, en su casa. En ahí mataron a 22 personas en 1983, y mi hija Paulina también murió a consecuencia de terrorismo porque a ella le agarró bala de arma de hechizo y después muere con cáncer por la herida, y deja dos hijos menores sin ayuda.

Otra matanza he visto en Toccto Apacheta. A nueve patrullas los despedazan totalmente. Para sepultar en el cementerio hemos reunido pedazos de aquí de allá, así hemos sepultado y ahora nadie dice nada. Eso fue el 26 de enero de 1992. Ahora cuando uno se da cuenta, es la misma situación para los pobres. Sólo este año, el señor alcalde repartió ropa de segunda, pero sólo a las comunidades apuntadas en junio. Otro reparte abonos igual a las comunidades apuntadas. Ni siquiera

desperdicios nos pueden dar a los pobres, para utilizar si son buenos. En las elecciones, yo recuerdo cuando Alberto Fujimori ha dado ovinos. Yo cuidaba como viuda, pero cuando los matan o venden, no pueden dar ni siquiera su colita. Tampoco dejábamos de hacer vigilancia y de poner aportaciones para comprar armas y más trabajo. Ahora para las viudas, sólo era cocinar y hacer vigilancia de día, poner plata, ir a las faenas. Dentro de la violencia estábamos sirviendo como a un patrón, como esclavos, sin futuro, con sacrificio y sin precio.

En ese tiempo de violencia, las mujeres hemos sido ultrajadas por los Senderos. Fácilmente se las llevaban a las mujeres y ellos mismos hacían casar y a algunas hacían morir, e incluso se llevaban sus ropas y zapatillas. De mi se han llevado mi radio, y también mi caballo y mi comida. Más bien mi hijo escapó casi de sus manos. Además mi casa está destruida, está abandonada. Ahora yo radico en Tambo al lado de mi hijo. Aunque sea comiendo pan seco estamos, y también hemos sacrificado todo nuestro tiempo y vida. Ahora ¿qué dicen los líderes de autodefensa, como comando Huayhuaca y Antonio Cárdenas? Igual los congresistas no vienen de otra nación, el gobierno y alcaldes, presidentes regionales no dicen ni hacen nada. Se hacen la vista gorda, se ponen ajenos a lo que ocurre, y aprovechan sus cargos y llenan sus bolsillos y se van contentos, pero personas pobres son olvidadas. Una muestra de ello es Tambo. Han empezado a construir el campo ferio más o menos con valor aproximado de 160 mil, pero el nuevo alcalde ya no puede ni quiere hacer.

Ahora todo se ha ido al tacho, igual en Pacaycasa, se construyó el monumento de Fujimori y después al tacho, y los pobres siguen en las mismas.

Ahora también hay países cooperantes que dan un apoyo a los países pobres. En tal sentido, también llega sólo en capacitaciones, tampoco no son productivas, sólo matan el tiempo. Tampoco promueven mejorar el medioambiente, ni siquiera para recoger plásticos para quemar, ni mucho menos cuidar el agua. Es lo mismo la educación, pésima, sólo



"Tras la sombra del dolor"
 Autor: Luis Cuba Arango
 Pampamarca, Vinchos

promueven la diversión o la fiesta. Ahí están obligados mujeres, niños, niñas y ¿qué esperanza hay en el futuro? Entonces, por lo tanto, he sido esclava y lo sigo siendo. Y cada día que pasa, estoy alejada de los programas, ejemplo, JUNTOS no es para mi, CRECER tampoco, no lo es PRONAMACH, hasta Vaso de Leche no es para mi, sino para personas que tienen hijos. No importa si tienen tres o cuatro carros, se apuntan y reciben su leche a pesar de no asistir a las reuniones. Sólo se acercan para eso de todos lados. A la gente pobre, les hacen desfilar el 28 de julio, les hacen esperar que llamen lista, tienen que estar presentes cuando hacen ollas típicas o cualquier actividad. De igual modo en las postas no nos atienden, cuando son personas de corbata, a ellos primero los atienden.

MINERO PALLQA LLAQTAYPI WAKCHA WARMAKUNAPA MUCHUSQAN, WAÑUKUQKUNAPA YAWARNIN CHAQCHUSQAN

Por: Inocencia Huacre Yaranga, La Mar

1980 puntan watamantam qawkalla yachakurqaniku, tayta mamakunam quñunakuspa, rimanakuqku, chaymanta ruwaqku watan watan quk kutitañan, chaka, parlanakuy, llamkay llaqtapaq kaq raymipi, karnavalpi, karqa kusikuy, quk sunqulla 1983 chawpiwatakama.

1983 tukupaynin watapim chayaramurqa mana allin runakuna, guirillerum kaniku nispa, qinaspanmi munayta kamaspa kamachiq mana qaway qillqay yachaqa ayllukunata, urqukunapi purichiq, mana kasuptinñataqmi wañuchirqa, paykunan karqa munayniyuq hachkatam llaqtapi kamachikunata chinkarachirqa alcalde, gobernador, juez de paz, presidente local, teniente gobernador, agente, wakiqmi ripukurqa chunniq urqukunaman tayta mama nisqa kaykuna manchakuywan.

1984 wata febrero killapi chay mana allin runakuna- guerrillero- chayaramurqa yachay wasi punkuman qinaspanmi quñuykuwarqaku, kunanmi rimanakusun nispa, chaypin akllaykun quknin mamata wawantinta, chaypim llapaykuna ñawpaqniykupi wañurkachirqa armawan tuqyarachisqan, sutinmi Victoria De la Cruz, wawanpañataq Mercedes Marín De la Cruz michakurqa chaypi ayllunkunapa pampaykunatapas, chayata qawaspa wakiqniyku ripukurqaku quklaw llaqtaman manchakuymanta, wasinta uywanta, kawsayninta saqispam, qawkayayta maskaspa, qipaquñataq waqaspa karqaniku, chaymanta willakuy chayamurga llapan llaqtapim chaynalla nispa, chaymi hastawanqa mana imatapas ruwayta atirqanikuchu qinaspa waqaraniku.

1984 qina chay wata mayo killapi distrito Chungui llaqtamanta paqariramurqa defensa civil nispa, quñunakuy, llumpay kañllpawan llapan warmi qari warmachantinkuna, chaymanmi qapipakurqaniku llapayku llaqtantin chaypim, allinqa kawaqchikchuqaya

nispa, pusawarqaku huallhua llaqtaman manan maymanpas llusqsiwaqchikchu nispa, militar – nisqañataq- kasqa Chacco llaqtapiña ñuqayku yanapasaykichik nispa chaymi chunka pusaqniyuq punchaw junio killapi rimanakuspayku kutimurqaniku kawsayniku quñuq, karqan chakrapi: papa, occa, olluco, maswa, habas, chay punchaw tutanqa puñuniku qawka paqarinnin chawpituta puñukuy kachkantín balata tuqyachimuspa qayanakuyta ruwamuptin chayqa kasqa uyarikutiku mana allin runakuna, paykunapa qayakuyninku kasqa (mawka, musuq nispa) puñusqaykumanta qatariramuptikuqa lliwña wañurachisqa mamaykuta, taytaykutapas, llapan wasipi hachawan, cuchilluwan, rumiwan, kaspikunawan, warmakunatañataq purimusunmi qankunawan nispanku, chaymi achkiqta quñunakuykuspayku waqaniku, mana mamayuq mana taytayuq, yupaykuptiykum kasqa wañusqa mamakuna chunka qanchisniyuq, tayta kasqa chunka pusaqniyuq manam ima ruwayta atinikuchu nitaq ripukuytapas, umaykun muyun nanaspam machasqa qinam karqaniku tulluykupas llakllarqam, chay paqarinnintam militar chayaramuspan pamparqa quñuspa llapallam wañusqata.

Chay punchawkunallam machasqa qina tukuy, qinaptin llaqtaman ripukurqaniku chay pacham minero palleca chunnirqa, mancharikuypaqta qarikunam puriqlu, patrulla nispanku urqukunapi, para, puyupi, tuta, punchaw yarqaykunamanta urqukunaman ripukuqlkunata kutichimuspanku chaymi yayani wañuqlkunapa sucinta yupaykusaq:

- Modesto Saravia
- Aparicio Chumbe Yaranga
- Marcelino Riveros
- Germán Quispe
- Juancito Pozo
- Félix Huacre Loclla
- Constantino Chumbe Borda
- Serapio Pérez Yaranga
- Hector Chaico Yaranga
- Paulino Quispe Yaranga
- Juan Ochoa
- Adrepina Sulca Huamaní
- Sebastián Berrocal Torres
- Angélica Yaranga
- Mirigilda Huacre
- Crisóstomo Avalos Curo
- Serapio Torres
- Mirigildo Pozo

- Victoria de la Cruz
- Mercedes Marín de la Cruz
- Antonia Yaranga
- Pompeyo Elario
- Benjamina Ochoa

1984 tukupayninmanta chunka watapuni karqaniku runapa llaqtampi wasimpi 1993 watakama.

Llaqtaykuta qunqaspa waqan waqan chaynapin rimanakuspayku kutimurqaniku llaqtaykuman quqawniykuta qipikuspa runa ñanninta, chaymi sutin wayllam urqu kimsa punchaw puriypi chayamurqaniku mayo killapi 1994 watapi, chaymi karqaniku mana puñunaykupaq, mikunaykupaq qinaptinmi llakisqa karqaniku chay tukuy wata, chaynachkaptiykum alcalde de la municipalidad de Anco ruwachimuyta qallariptin obra nisqanwan qatun kusikuy chayamuwarqaku, karqan carreterawan yanapakuy, quykuwarqakun kachita, aceitita mikunaykupaq, calaminata comun wasi ruwanaykupaq, llapayku quklapi puñurqaniku, yanukurqaniku urqupi, ichumanta pununayuq. Chaymantañan tarpuchakurqaniku kawsaytapas papallata quknin watapiñan uywatapas llamkaywan rantiraniku, chaymanta musuq llaqtata paqarichiniku Pacobamba sutiyuqta 1994 watapiñam 24 de junio killapi

1995 watapi abril, mayo, killapim puriyta qallarirqaniku yachay wasi qatarinanpaq qina chay watapim empresa comunal nisqata paqarichiniku los martirismi karqa sutin empresantakaman allinta apuyuta chayachimuarqaku ministerio de agricultura, ministerio de pesquería, uywakunata chaymanta tarpunaykupaq kawsay muquta papa, occa, olluco.

1996 watapi yachachikuy qallarirqa iskay amautakunawan yachay wasipi. Qina chay watapim qispin dios tayta yupay wasi, chaymanta oficina PAR chayachimurqa kachkanmi kimsa chunka pichqayuq wasipaq imapas yanapakuy nispa chaywanmi ruwakuniku wasichata chay wata.

1997 watapiñataqmi iskay kaq yachay wasita chaymanta qampinakuna wasita.

1999 watapiñataqmi empresaykupa llamkaynin sayarurqa kamachiqkuna mana allin yachaqkunawam llamkasqampi.

2003 watapiñan don Tomás Torres Chaico warmikunata qaritawan quñuykuwaspanku qawachiwarqa derechuykuta warmipata chaykaman warmiqa mana ima kargutapas llaqta kamachiytapas mana yacharanikuchu chaymanta, kunanqa kamachiq llaqtapi kargotapas ruwachkanikuña, chaypim comité nisqanta

paqarichiniku trucha uywanaykupaq chay punchawmi qarikunawam kuska chaynalla qari qina warmipas parlaysispa.

2005 watapiñataqmi paqarichiniku asociación Los Angeles sutiyaqta chaywan purichkaspayku. 2006 watapi allin kaqkunta qawaspayku kaqmanta sutichaniku asociación los campesinos agropecuarios, llapayku chay sutiwan kuyay chaywan puriptiyimi yanapaq instituciones punkuta kicharin 2007-2008 watakama, conveniupas kanmi firmasqa: Proyecto Incaagro, Municipio de Anco, Cooperativa San Cristóbal de Huamanga, Alianza estratégica convenio, Mercado Regional nisqawan, empresa JANA S.A.C.

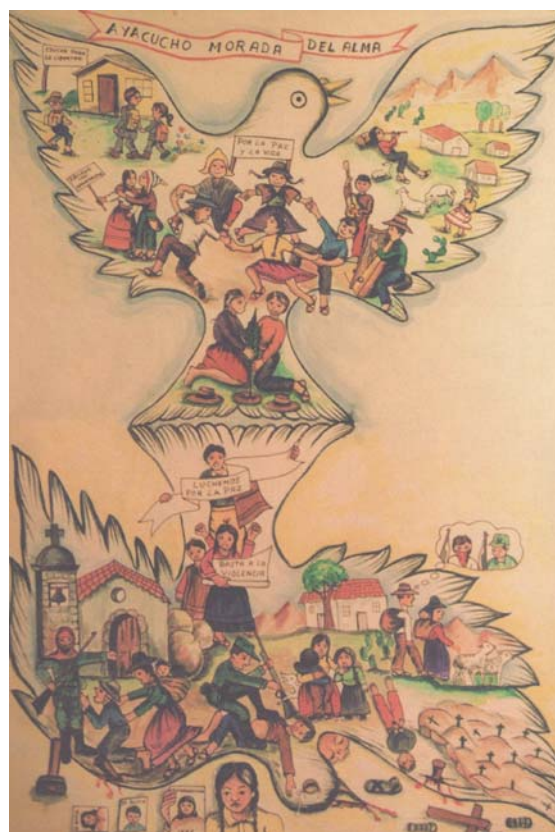
Chaymanta tukupaynin kay watapiqa ruwasqayku qispirin perfil tecnico proyecto kunapaq yanapakuykunata maskaspayku riniku Lima llaqtata, llapallan llaqtaykupa sutinpi, chayna ruwaykunamanñan chayachkaniku warmimantapunin kallpanchakuy kachkan kay Asociación los Campesinos Agropecuarios.

Traducción: Richard Meneses Huayanay

Antes de 1980, vivíamos tranquilos. Todos los padres de familia se reunían y luego construían una vez al año puentes, caminos, realizaban faenas, reuniones, en bien del pueblo. En carnaval había una alegría, todos éramos felices, hasta mediados de 1983.

En el año 1983, llegó la gente mala, diciendo «somos guerrilleros», y así mandaban a hacer cosas a las personas y familias que no sabían leer ni escribir. Les hacían caminar por los cerros y cuando no hacían caso, los mataban. Ellos han sido los que tenían el poder. A varias autoridades del pueblo las desaparecieron: alcalde, gobernador, Juez de Paz, presidente local, teniente gobernador, agente. Algunos señores y señoras se fueron a los cerros desolados por miedo.

En el año 1984, en el mes de febrero, llegaron los guerrilleros a la puerta de



*“Ayacucho morada del alma”
Autor: Edgar Blanco Bautista
Ayacucho*

la escuela y luego nos reunieron a todos y nos dijeron: «Hoy nos reuniremos.» Ahí escogieron a una señora junto con su hija y la mataron con arma delante de nosotros. La señora se llamaba Victoria de la Cruz y su hija Mercedes Marín de La Cruz. Viendo eso, algunos de nosotros se fueron a otros pueblos por miedo, dejando las casas, los animales, las chacras, y los que quedamos estuvimos llorando. Luego llegó información de que en todos los pueblos pasaba lo mismo. Es por eso que no podíamos hacer nada y sólo llorábamos de desesperación.

En el mismo año de 1984, en el mes de mayo, desde el distrito de Chungui nació Defensa Civil. Surgió con mucha fuerza, así que todos en el pueblo nos unimos, tanto mayores como niños, ya que nos decían que no íbamos a poder vivir bien. Nos llevaron a la comunidad de Huallhua y nos advirtieron que no debíamos de salir a ningún lugar.

Los militares ya se encontraban en la comunidad de Chacco, diciendo que ellos los apoyarían. Por eso, el 16 de junio, nos pusimos de acuerdo y volvimos a recoger nuestros sembríos; teníamos papa, oca, olluco, mashua, habas. Esa noche, dormimos tranquilos, pero al día siguiente, a medianoche, reventaron las balas y eran los Senderos. El llamado de ellos era «Mawka musuq nisqa» (Viejo, nuevo). Cuando nos levantamos de la cama, vimos que ya habían matado a nuestros padres y madres, con hacha, cuchillo, piedra y palos. A los niños nos decían que tendríamos que ir con ellos a caminar. Por eso, al amanecer, nos reunimos todos y lloramos mucho al vernos sin padre ni madre. Cuando contamos a los muertos, había 17 señoras y 18 señores. No sabíamos qué hacer, no podíamos irnos, estábamos desesperados, la cabeza nos daba vuelta. Al día siguiente, llegaron los militares y los enterraron a todos los que habían muerto.

Esos días, como espantados nada más nos fuimos a distintos pueblos. Desde ese entonces, el pueblo de Minero Pallqa quedó desolado, que daba miedo. Los varones caminaban haciendo patrulla en lluvia de día y de noche, caminaban de hambre, trataban de reunir a la gente que se fue dejando el pueblo para que regresen. Por eso, recuerdo los nombres de quienes murieron. Voy a contar.

Modesto Saravia
Aparicio Chumbes
Marcelino Riveros
Germa Quispe
Juancito Pozo
Felix Huacre
Constantino Chumbes

Serapio Pérez
Héctor Chaico
Paulino Quispe
Juan Ochoa
Agripina Sulca
Sebastián Berrocal
Angélica Yaranga
Mirigildo Huacre
Crisóstomo Avalos
Serapio Torres
Mirigildo Pozo
Victoria de la Cruz
Mercedes Marín de la Cruz
Antonia Yaranga
Pompeyo Hilario
Benjamina Ochoa

Desde finales del año 1984, durante aproximadamente diez años, hasta 1993, estuvimos en casa de gente desconocida, en tierras ajenas. Tratando de olvidar nuestro pueblo, siempre llorábamos. Es por eso que nos reunimos y decidimos regresar a nuestro pueblo. Caminábamos llevando nuestro fiambre. Eso se llama cerro Huayllan. Llegamos en tres días de caminata en el mes de mayo de 1994. No teníamos donde dormir, de que comer. Cuando estuvimos así, el alcalde de la municipalidad de Anco empezó a ejecutar grandes obras en la comunidad. Llegó para nosotros una gran alegría, teníamos carretera. Asimismo, llegó mucha ayuda; nos dieron aceite, sal, todo para comer, nos dieron también calaminas con lo que hicimos la casa comunal. Allí dormíamos todos juntos en un solo lugar. Teníamos como cama los ichos del cerro. Nos cocinábamos en el cerro.

Ya después, empezamos a sembrar algunos tubérculos como la papa. Ya al año siguiente, compramos algunos animales con nuestro trabajo. Desde ese entonces, empezamos a formar un nuevo pueblo denominado Pacobamba, el 24 de junio de 1994.

A partir del año 1995, empezamos a caminar para que se cree una escuela. En ese mismo año, creamos la empresa comunal con nombre Los Mártires. A través de la empresa, nos hicieron llegar mucha ayuda desde el ministerio de agricultura y el ministerio de pesquería. Nos enviaron animales y granos para sembrar.

En 1996, empezó la enseñanza en la escuela con dos profesores. Ese mismo año, se construyó la iglesia de la comunidad. Luego la oficina del PAR hizo llegar materiales para la construcción de trece casas. Con eso nos pudimos ayudar.

En 1997, se construyeron otros dos salones del centro educativo, luego se construyó un puesto de salud. En 1999, nuestra empresa empezó a parar ya que los de la cabeza trabajaron con gente inexperta.

En el 2003, el señor Don Tomás Torres Chaico nos reunió a todas las mujeres y varones. Ahí nos hicieron ver videos acerca de nuestros derechos. Hasta ese entonces, las mujeres no ocupábamos ningún cargo ni sabíamos cumplir ningún mandato. Desde ese entonces, ahora sí podemos ocupar algunos cargos dentro de la comunidad.

Ahí es donde hicimos nacer el comité para poder criar truchas. Ahí tanto varones como mujeres empezamos a hablar.

En el 2005 hicimos surgir la Asociación Los Ángeles. Estando trabajando con esa asociación y al ver que andaba bien, la nombramos como Asociación Los Campesinos Agropecuarios. Todos caminamos con ese nombre y las instituciones nos abrieron su puerta para que nos ayuden del 2007 hasta el 2008. Tenemos también convenios firmados: Proyecto Incagro, Municipio de Anco, Cooperativa San Cristóbal de Huamanga, Alianza Estratégica, Convenio Mercado Regional, empresa JANA S.A.C. Desde ahí al finalizar este año, surgieron perfiles técnicos para proyectos. Buscando ayudas, fuimos a la ciudad de Lima en nombre de toda la población. Este tipo de actividades viene surgiendo desde las propias mujeres de la Asociación Los Campesinos Agropecuarios.

LA HISTORIA DE UNA MUJER EN LA DÉCADA DEL 80

Por: Hermelinda Illescas, Huanta

Esta es la historia de una mujer llena de anécdotas, las cuales se vivieron en los años 80, donde la violencia aterraba, intimidaba y amedrentaba el respeto de nuestro derecho como seres humanos, durante los cuales fuimos testigos de estas consecuencias sociales que atravesaba nuestra provincia de Huanta. Este flagelo de violencia trajo mucha destrucción, terror, pena, tristeza, luto, abandono, deserción de la población a otros lugares para así salvar su vida, porque la gente se sentía aterrorizada por estas violencias, estos ataques, enfrentamientos que sucedían a diario en los distintos puntos de la ciudad como también en los diferentes centros poblados, pagos, comunidades, anexos y distritos aledaños de nuestra provincia. En ese entonces, las mujeres de nuestra localidad sufrieron mucho, como maltratos psicológicos, físicos, verbales, acosos, violaciones. Aquella época de los 80 en la cual se vivió la violencia, yo tenía 12 años.

Esta es la historia de una adolescente que vivió las épocas de terror en los años 80, quien tuvo que vivir hechos suscitados en esos entonces. Yo vivía en el Jr. Gervasio Santillana, calle principal cerca de la iglesia de Alameda y el parque, donde se escuchaban las detonaciones de granadas y balaceras. Los carros transitaban llenos de cadáveres, se observaba los toques de queda que eran a partir de las 5 de la tarde y recuerdo que el fluido eléctrico se suspendía constantemente y no brindaba su servicio a partir de esa hora. Las calles se encontraban en completo silencio. Los marinos de guerra eran los que se encargaban de dar seguridad a la población, pero sin embargo ellos cometían abusos y excesos de maltratos a la población, ya que tenían la autonomía de ingresar a cualquier domicilio bajo el pretexto de que nos encontrábamos en zona de emergencia. Por tales razones, la población se sentía atemorizada por excesos cometidos por los marinos. Su cuartel general estaba situado en el estadio municipal, donde también tenían tanques blindados, carros de comando para así replegar cualquier ataque del enemigo. Recuerdo que los ataques eran en forma sorpresiva por las calles de la ciudad en cualquier momento.

En el lugar denominado Morro Tupín, asesinaron a los senderistas poniéndoles granadas en el cuerpo, que detonaron y sus partes del cuerpo se expandieron por toda la calle e incluso los restos volaron al techo de la escuela Nuestra Señora de las Mercedes.

Y a partir de las 5 de la tarde, ya se realizaban los toques de queda. Nadie transitaba por las arterias de la ciudad. Era muy peligroso, los de la Marina te disparaban porque tenían una orden de hacerlo. Recuerdo que una noche tuvimos una urgencia, ya que mi madre estaba embarazada en los últimos meses y le dio las contracciones a las 8 de la noche. Era una situación tan difícil porque nadie transitaba por las arterias de la ciudad, sólo los marinos, y si alguien lo hacía, ellos soltaban balas perdidas o gritaban a carajazos. Entonces mi padre tuvo la urgente necesidad de llevarle a mi madre al hospital para el parto de mi menor hermana. Tuvo que hacerlo con una bandera blanca que yo agarraba y una linterna, donde salíamos los tres, mi padre, mi madre y yo temblando de miedo, pero estaba allí al lado de mis padres, acompañándolos. Mi madre me decía «hija quédate», yo le decía «no mamá, yo voy contigo.» Mi madre estaba preocupada porque se corría riesgo de que disparen. A mi madre le decía que si pasaba algo, yo le protegía.

La calle se encontraba muy oscura. De pronto escuchamos una voz muy fuerte que decía: «¡Carajo! ¿quién anda por allí?» Mi padre le respondió: «Yo señor, tengo al lado mi esposa que va a dar a luz y a mi menor hija acompañándome.» De pronto, ellos empezaron a alumbrarnos con las luces del tanque y mi padre me decía «flamea la bandera blanca» y nos observaron, se apiadaron de nosotros y nos ayudaron a trasladar al hospital a mi madre para que diera a luz a mi menor hermana Sara. Yo estaba aterrorizada, el cuerpo se me escarapelaba, y mi madre a pesar de los dolores que tenía me decía «cálmate, que todo va a salir bien, ten fe en Dios.» Llegamos al hospital y ya estaba más tranquila, ya no corríamos tanto riesgo.

Recuerdo que en el parque del hospital, un domingo hubo una detonación de un burro bomba y fallecieron varios transeúntes. Una noche, sentimos balaceras, gritos, y en ese entonces temblábamos de miedo y nos ocultábamos debajo de la cama. Luego dijeron que lo habían asesinado a mi vecino Ciro, el que vendía pollos a la brasa, cuando estaba cerrando su pollería. El perro de la pollería empezó a ladrar por las balaceras y a él también lo asesinaron con balazos. También fue víctima de asesinato el alcalde Víctor Raúl Yangali, quien vivía por el pasaje Cangallo. Lo asesinaron sin piedad en la puerta de su casa cuando él se dirigía a la Municipalidad. En esas épocas, se buscaba más a las personas que trabajaban en instituciones públicas, dirigentes. Ellos eran perseguidos o estaban en la mira y corrían el riesgo de sufrir cualquier atentado.

Recuerdo también que una tarde, estaba realizando mi tarea y de pronto se escuchó una balacera. Sentía como si estuviera sonando en mi lado. Yo y mis hermanos nos escondimos debajo de la cama, temblando de miedo. Llorábamos desesperados, mi hermana mayor nos calmaba. Resulta que en los bajíos de Huanta, en el pago

*“Huérfano de Dios y entonado
del diablo”
Autor: Edwin Montañez Ángeles
Lima*



de Quinrapa, había enfrentamiento de los marinos con los senderistas, que un carro de patrulla de los marinos había sido minado y murieron muchos soldados.

Suscitados estos enfrentamientos, los periodistas Hugo Bustios y otro, quienes fueron a cubrir la información porque eran corresponsales de un diario nacional, también fueron interceptados a cinco minutos de la población. Se dirigían con una motocicleta a cubrir los incidentes del ataque y fueron asesinados cruelmente con granadas y disparos.

Recuerdo que por mi casa pasaban los carros de los marinos llenos de cadáveres, las morgues bien llenas, a veces los enterraban en fosas comunes. Jaime Ayala Sulca, también un periodista, fue desaparecido al dirigirse al estadio a cubrir una información de maltratos que cometían los marinos dentro del cuartel. Ingresó y nunca volvió a salir.

A consecuencia de todos estos maltratos, del terror, la ciudadanía y las comunidades emprenden a organizarse en comités de autodefensa para brindar seguridad a la población. Fueron organizados, instruidos, capacitados por la marina de guerra, también les facilitaron armamentos. En esas épocas, muchas mujeres fueron maltratadas, acosadas, hasta violadas, y nadie decía nada por el mismo temor de que si hablabas, ya te asesinaban. La gente de las comunidades comentaba que a sus animales que criaban ellos agarraban y los mataban, los cocinaban y nadie tenía que decir nada. Si lo hacía era hombre muerto.

En esos años realmente se vivió unas situaciones tan difíciles donde no había ni el mínimo respeto a la dignidad y a la vida humana. Las mujeres pasamos por experiencias violentas, ya que carecíamos de niveles educativos, ya que nos limitaban hacerlo por la situación vivida. En esas épocas, éramos marginadas, por el machismo no teníamos el mismo derecho que los varones, pero pese a esas dificultades, las mujeres cumplíamos papeles muy importantes. Ya asumíamos la responsabilidad de

reclamar y luchar por los abusos cometidos, a veces asumíamos los papeles de papá y mamá en el hogar, ya que el esposo era desaparecido. Las mujeres buscaban a sus seres queridos, iban a la puerta del estadio a reclamar a sus esposos y denunciaban estos maltratos sin temor de nada. Eran escuchadas desde allí. Nosotras las mujeres ya tomábamos el mando para luchar y hacer respetar nuestros derechos donde se reclama justicia.

Mi persona tuvo que superar este flagelo de la violencia, de maltratos psicológicos que se vivía en esas épocas. Hoy en día, pedimos justicia de nuestros seres queridos, vecinos, compoblanos que fueron desaparecidos injustamente, lo cual no debió suscitarse de esta manera porque la libertad y el derecho a la vida nadie tiene el derecho de quitarte porque es una ley internacional de los derechos humanos, la cual se debe respetar.

Hoy en día hay muchas instituciones que apoyan a las mujeres para hacernos conocer nuestros derechos. También debo señalar que todavía se ve el desconocimiento de sus derechos de muchas mujeres. Esto se debe a la falta de orientación sobre sus derechos y deberes, que se debería realizar charlas, orientaciones en cada base de comité de comedores, Vaso de Leche y Club de Madres para así contribuir a la orientación y conocimiento de sus derechos y deberes. Sin embargo quiero resaltar la siguiente frase:

CONOCIENDO TUS DERECHOS TE HACES RESPETAR

Este relato lo hice con el fin de hacer conocer los hechos suscitados en las épocas de los 80, durante el conflicto armado interno en la provincia de Huanta y a nivel nacional. También puedo señalar que hoy en día las mujeres ya tenemos espacios ganados como en asumir cargos presidenciales, como lo es la presidenta de Chile, la señora Michelle Bachelet. Así como ella ya se nota notablemente la presencia de mujeres en las distintas instituciones y esto gracias a las luchas permanentes que nosotras las mujeres emprendemos por un buen futuro.

Tengo el orgullo de decir que yo actualmente soy líder, tengo las agallas suficientes para luchar y forjar un buen futuro en nuestra provincia y ¿por qué no decirlo? en nuestro Perú.

¡Viva Huanta!

¡Viva el Perú!

¡Vivan las mujeres!

LA HISTORIA DE UNA MADRE LUCHADORA

RUWAYNINKUNA HUK MAMA SAMPAN SUNQOPA RURASAN

Por: Emilio Lapa Atao, La Mar

Es necesario conocer la historia de nuestro Perú querido para saber los acontecimientos sucedidos durante los años y siglos pasados. Cada país, región, comunidad y persona tiene una historia en la vida cotidiana y por el pasar de los años se hace una historia maravilla, por lo que es necesario hacer saber a la nueva generación para que de esta manera quede plasmado el acontecimiento del pasado para que el mundo entero y la nueva generación conozca el mundo en la actualidad y así reviva la historia en el corazón del pueblo entero y del universo. Desde nuestros ancestros, la historia es un hecho o suceso de un acontecimiento del pasado y del presente. Cuán importante es conocer todas y todos la historia de una persona o de un país, lo cual nos enriquece el conocimiento y nos hace ver la realidad de un país o de una persona.

Para saber una historia, es necesaria la investigación, encontrar las causas y las consecuencias y el porqué. Como un claro ejemplo, se pudo encontrar la narración de una madre humilde, campesina de aproximadamente 55 años de edad, quien actualmente radica en la comunidad de Mahuayura del distrito de Tambo, provincia de La Mar, Región Ayacucho.

La comunidad de Mahuayura se encuentra en la margen izquierda del distrito de Tambo, en las fronteras de la selva del VRAE, a una hora de viaje con carro desde Tambo y tres horas de caminata a pie. Con un factor climático frígido, produce los siguientes cultivos: papa nativa, cereales, legumbres, verduras y tubérculos. En la ganadería, cuenta con vacunos, ovinos en mayor cantidad; en forestaciones, cuenta con plantaciones de sauco, aliso y eucalipto. Los cultivos se realizan sólo en tiempo de lluvia.

En la mencionada comunidad, el conflicto armado interno en los años 1980 y 2000 ha afectado mucho. Desde 1979, comienza la incursión de Sendero Luminoso. La mencionada banda senderista, en 1980, ingresa a la comunidad con el idealismo del partido comunista peruano PCP, según ellos con el objetivo de buscar la igualdad y la justicia social en la masa proletaria y para ser libres ante la opresión de los yanquis norteamericanos, para lo cual Sendero Luminoso comienza a sensibilizar a la gente campesina, realizando la famosa Asamblea del Pueblo en lugares clandestinos, en los horarios de la noche, con fuertes amenazas a aniquilar las personas que no asistan a la asamblea o a las personas quienes supuestamente se rebelan en contra de ellos.

Después de haber sensibilizado a los campesinos y jóvenes, en las vísperas de 1980, el 12 de febrero del mismo año, comienzan a incursionar con mayor fuerza a distintas comunidades vecinas, iniciando con la captura y matanza de las personas quienes no estuvieron de acuerdo con la idea de ellos. Así pasaron meses y días con la incursión de Sendero. Mahuayura, para mala suerte, fue una de las comunidades lejanas y frontera por donde transitaban los Senderos. A causa de ello, a la comunidad en mención los senderistas ingresaban con mayor frecuencia, en 5 o 6 oportunidades, dejando daños graves como el apoderamiento de los ganados y otras pertenencias de los campesinos, dejando muertes y reclutando a los jóvenes, quemando casas, asaltando.

A consecuencia de ello, muchos de los campesinos de esa comunidad, abandonando sus pertenencias, se fueron a varios lugares, como Lima y Ayacucho, y otros campesinos, que no podían abandonar sus lugares de origen, hasta entregando sus vidas quedaron en su comunidad. Ellos sólo se escondían en las noches bajo las cuevas y árboles junto a sus hijos. Fueron violados sus derechos sin que nadie defienda y a la fecha esta comunidad se encuentra retrasada y fueron desaparecidas las costumbres y creencias que practicaba la gente del campo, atrasando asimismo el desarrollo de su población entera, por lo que a la fecha los comuneros en general reclaman justicia verdadera y reparación de los daños ocurridos en los años 1980-2000.

De los lamentables hechos ocurridos dentro de la violencia sociopolítica que vivió nuestro país, en especial las regiones más afectadas fueron Ayacucho, Huancavelica y Apurímac, en las cuales se encuentran historias que indignan cada una de las familias, quienes fueron directamente veedores, han vivido en carne propia y cuentan los hechos lamentables que hasta la fecha han dejado graves secuelas y violaciones a los derechos humanos, como desaparecidos, discapacitados, muchos de ellos sin dejar de cumplir con sus proyectos de vida. Los principales culpables fueron el Sendero Luminoso, las fuerzas armadas y el MRTA.

Una de las narraciones recopiladas trata de una humilde madre campesina de la comunidad de Mahuayura, que tiene una historia desde el lugar de los hechos y acontecimientos. A veces ella ya no quiere recordar, porque para ella recordar aquellos años nefastos es como que estuviera viviendo actualmente, como dice el refrán (recordar es volver a vivir).

La señora Santona fue una de las víctimas del conflicto armado, quien tiene comentarios muy valiosos y a la vez bien fuertes. Ella fue natural de la comunidad mencionada, hija de la señora Zaragoza Carrillo Amiguero y del señor Benigno Atao, padre y madre humildes de la señora Santona. Ella desde muy niña fue una hija sufrida porque sus padres no tuvieron la suficiente posibilidad para poder mantener a sus hijos y eran campesinos subordinados de los hacendados. De todas formas, los padres trataban de buscar algo mejor para sus hijas, pero con la situación en la que se encontraba la familia no fue posible cumplir con las metas trazadas, porque también eran cinco hermanos.

A medida que iban pasando los años, Santona crecía bajo la custodia de sus padres y desde muy niña se acostumbraba al cuidado de animales, la agricultura y la cocina. Mientras sus padres buscaban trabajo donde los hacendados para satisfacer las necesidades de sus menores hijos, ellos y ellas, entre hermanitos, se quedaban en la casa junto a sus animales y, de acuerdo a sus edades, responsabilizándose con el quehacer de la casa y el cuidado de los animales.

Así pasaron los años y crecían al lado de sus padres, junto a sus hermanos y hermanas, en su comunidad como lugar de origen. Todos los hermanos no tuvieron la suerte de llegar ni siquiera a la puerta de la escuela, ni mucho menos a tener cosas de importancia, porque la situación de sus padres no era suficiente y pocos años después perdieron a su ser más querido, en este caso a su padre, quien falleció en un accidente en una fiesta denominada Turu Pukllay el 8 de diciembre cuando ellas aún eran menores de edad. Eso fue aún más fuerte y doloroso dentro de la familia, pero aún así la vida no era tan difícil y la madre de los menores seguía luchando en la vida para satisfacer la necesidad de sus pequeños, y los hijos también, a medida que iban creciendo, ya sumaban esfuerzos para ayudarle a su madre, pero eso para la madre no era muy suficiente porque ella no podía desempeñarse en el quehacer de la vida como un varón. Sólo ella hacía como una mujer y se dedicaba a hacer trueques, se desplazaba a las comunidades cercanas y volvía a su casa llevando algo que comer. Ella también era una gran partera y veía la suerte en la coca y tejía mantas y decía: «Wawaykuna raykum imatapas rurapakuni, paykuna manaña ñuqa qina llakinampan, amañaya wawaykunaqa ñuqa qinaqa nispa.»



"La madre viuda"
Autor: Freddy Paucar Mises
Luricocha, Huanta

Así fue su infancia de la señora Santona Atao. Cuando ella ya era adolescente, a los 15 años, se casó con su primer esposo, quien después de cuatro años de convivencia, falleció con una enfermedad llamada Uta. Santona se quedó viuda muy joven con dos menores hijos de nombres Anatolia y Dionisio bajo su custodia. Ella trabajaba a toda costa para mantener a sus dos menores.

A medida que iban pasando los años, sus dos menores hijos ya crecían, pero la madre de los pequeños seguía casi la

suerte de sus padres, o sea de los abuelos de los dos menores. No pudo educar a sus menores. Entonces nuevamente se encontró con el segundo esposo con quien tuvieron una hija de nombre Narcisa. Entonces la vida para ella era un poco más fuerte y resulta también que el segundo esposo le dejó a ella con una hija a su custodia y el varón se fue con otra comprometida, incluso sin reconocer a su menor hija hasta los 15 años.

En este caso, Santona ya tenía tres hijos menores a su lado y, peor, ya no podía mantenerlos, mucho menos educarlos, pero trataba de hacer cada día algo mejor para sus hijos. De una u otra forma, trataba de educarlos y alimentarlos, pero la situación era cada día más difícil y cuando estuvo así, también se presenta el tercer esposo y se comprometen para formar su hogar, donde también tuvieron dos hijos, llamados Emilio y Mauro. Ella pensaba mejorar su situación en la familia, pero eso no fue así como ella pensaba. Apenas convivían cinco años con el tercer compromiso, ya era más fuerte la situación, cuando los Senderos ya comenzaron con la incursión a las comunidades, a matar a la gente inocente, donde ella nuevamente pierde el 25 de diciembre de 1984 a su tercer esposo, Evaristo Lapa Barrientos, que matan los Senderos en la comunidad de Mahuayura-Tapuna. Entonces, la señora Santona queda nuevamente viuda con cinco hijos a su lado, ya que los hijos del primer y segundo compromiso ya eran mayores, pero los del tercer compromiso aún eran muy pequeños.

Ya la vida no era tan fácil de vivir, pero ella seguía sacrificándose por sus hijos, para darle la alimentación y educación, aunque sea mínima, y siempre pensaba en que sus hijos ya no sean como ella o como sus abuelos. La señora también seguía con las costumbres y herencia de sabiduría de su madre, ella casi hacía similar papel que su madre. Así los tenía a sus hijos, pero jamás los abandonaba a ellos como lo hacían las demás madres viudas. En las buenas y en las malas, los tenía siempre a su lado a sus menores hijos, dándoles de comer y educándolos hasta donde le permitía a ella su situación económica, pero no lo pudo al cien por ciento de lo mejor.

Durante el conflicto armado interno, ellos perdieron sus bienes porque los Senderos, cada vez que ingresaban a la comunidad, se apropiaban sus pertenencias de los humildes campesinos, robaban sus ganados, quemaban sus casas y mataban a la gente diciendo que eran miserables yana umas, que estaban de acuerdo con el Estado peruano y que supuestamente, según los Senderos, el Estado era a mando del Estado norteamericano y ellos no estarían de acuerdo con el antiimperialismo. Por eso les mataban a las personas inocentes que nada tenían que ver ni con Sendero ni con las fuerzas armadas. Ellos sólo vivían de su agricultura y ganadería y valorando sus costumbres ancestrales.

Los Senderos mataban en mayor número a las personas quechuahablantes y a personas que no tenían estudios. En este caso, han muerto campesinos inocentes por falsas calumnias o chantajes. En la época de la violencia, la gente del campo éramos con tres enemigos. No podíamos estar a favor de SL, ni con los sinchis, y con nadie absolutamente. La verdad, no sabían con quién estar y con quién refugiarse. Dentro de las comunidades, corrían muchos chismes entre los mismos campesinos (los buscaban para matar a los soplones, al SL no les gustaban los ladrones y vagos).

Hasta la fecha, a las personas afectadas y víctimas del conflicto armado nadie las recuerda. En la actualidad viven olvidadas por parte de los gobernantes, quienes tampoco en su debido tiempo pudieron frenar tanta violencia a los derechos de las personas, mas al contrario el gobierno de aquel tiempo dio la mayor potestad a las Fuerzas Armadas para que ellos hagan y deshagan, cometiendo graves atropellos con la gente del campo. La pregunta de los afectados: ¿En verdad existe la justicia? ¿Por qué existe tanta desigualdad? Y frente a ellos ¿alguien dice algo? En el campo, las víctimas de la violencia política han podido recuperar y lograr un poco de pacificación por su propia cuenta, luchando en la defensa de su vida y la de su familia.

Las familias víctimas, como la señora Santona, cada día más tratan de olvidarse pero no es posible olvidar aquellos momentos vividos durante la violencia sociopolítica. Hasta la actualidad, ha quedado una secuela mucho más grande en

cada una de las familias, caso que en la actualidad puede ser que vuelva porque la violencia en su totalidad no ha terminado. Siguen los atropellos, secuestros, maltratos, discriminaciones, violaciones a los derechos humanos, la presencia sospechosa de los Senderos, por lo que es hora que los gobernantes pongan las cartas en el asunto. Ya no quisiéramos volver a los tiempos que anteriormente hemos vivido porque eso trae causas y consecuencias que realmente retrasan el desarrollo de las comunidades afectadas. El conflicto fue muy fuerte donde la gente campesina moría sin piedad.

Desde 1980 hasta el año 2000, aún seguía la matanza. Un claro ejemplo tiene la señora Santona, de quien a su hijo mayor, Zósimo Dionisio, lo mataron un 26 de febrero del año 1992 a los 25 años de edad en la localidad de Apacheta Toccto, entre las fronteras del distrito de Tambo y Ayacucho. Éste dejó a tres menores hijas a su pareja conviviente de cinco años. Junto con él también murieron nueve integrantes de la patrulla que integraba Dionisio en representación de su comunidad de Mahuayura, y los otros jóvenes así representaban a su comunidad del distrito de Tambo. A pesar de que las rondas campesinas y el comité de autodefensa ya estaban bien fortalecidos, seguía la matanza en las carreteras y así en el operativo que realizaban las patrullas.

Así fue la trágica y triste realidad que vivía la señora Santona. A causa de la violencia sociopolítica, ha perdido a sus seres más queridos, como a su esposo y a su hijo a tan temprana edad. De igual forma ha perdido sus bienes, sus pertenencias, como sus ganados, su vivienda, hasta que se quedó informal desplazándose desde la comunidad de Tapuna a Mahuayura.

Ella no tuvo posibilidades económicas. Por esa razón, en su comunidad de Tapuna se quedaba en tiempo de violencia, mientras que otras personas de tener o más vivas se escaparon de Tapuna a otras ciudades y retornaron cuando ya terminó la violencia. Pero la gente más pobre o de no tener se quedaron en sus mismas comunidades, luchando por la defensa de su tierra y las de sus familiares.

Como ella se quedó en su propia comunidad, la gente comenzó a odiarla e incluso denunciarla, aduciendo que ella era cómplice de Sendero Luminoso, y por eso no quería agruparse a la comunidad, que se reagrupó a mediados de 1987. Pero la razón no fue esa, sino que ella no tenía donde cobijarse en otra comunidad ajena, ni mucho menos podía adquirir una pequeña parcela de terreno para refugiarse. Sólo le quedaba a ella llorar y llorar y pasaba en las noches a escondidas bajo de los árboles, arbustos, junto a sus pequeños. Y no conformes a ella y sin consideración alguna, los organizadores de la comunidad donde actualmente es Mahuayura la capturan a ella para entregarla a los sinchis para que la maten, pero gracias a Dios eso no se cumplió, porque ella no era ninguna culpable.

Pero ella, siempre incansable, recuperándose y tratando de hacer algo mejor cada día más para sus menores hijos, y gracias a este gran esfuerzo que realizó ella, ahora sus hijos ya son mayores de edad y cada uno trabaja en el quehacer de la vida y devuelve la ayuda mutua hacia su madre. De igual forma, la humilde madre estaba siempre dando las aportaciones en su comunidad de acuerdo a su alcance, como preparar la comunidad para las patrullas, hacer vigilancia. En el tiempo de la violencia y después del conflicto y hasta la fecha, viene siempre participando activamente en los quehaceres y actividades que realizan por la mejora de la comunidad.

Esta es la triste realidad de la historia que vivía la gente del campo, luchando entre la vida y la muerte sin que nadie se recordara. Si eso pasó en este pueblo denominado Tapuna-Mahuayura, entonces ¿qué habrá pasado también en las demás comunidades? Y así cada persona tendrá sus propias historias que ha vivido en carne propia. Esta historia dejamos en la mesa de cada uno de los lectores y ellos sabrán sacar las conclusiones del caso y a la vez analizarla.

LA HISTORIA DE LUCILA

Por: Lucila Lazo, Huanta

Yo vivía en el pueblito o en la comunidad de Paccayhuaycco, que pertenece al distrito de Luricocha, provincia de Huanta, Departamento de Ayacucho. He sido pobre. Llegué a tener mi familia a mi menor edad, tuve ocho hijos y por tal motivo yo y mi esposo decidimos buscar un buen futuro para nuestros hijos. Como no tenía recursos para poder educar y mantener a mis hijos, nos decidimos irnos a la selva con toda mi familia sin conocer a nadie, ni sitios donde llegar, o sea sin destino. Llegamos a un pueblo o pueblito llamada Hatun Rumi. No pude encontrar adónde ir. En eso me encontré con una persona de la localidad de Cangari, la cual al verme triste con mis hijos me invitó para irnos al pueblo de Canayre, por el río Mantaro, al último límite de Huanta. Viajamos con bote de Hatun Rumi hasta ese lugar de Canayre durante el día. En ese viaje casi perdimos la vida toda mi familia. Gracias a Dios, nos hemos salvado y continuamos el viaje. Llegamos a ese lugar mencionado y solicitamos a las autoridades para que nos donaran un terreno, por lo cual me dieron un monte real para poder tumbar árboles grandes, y era alejado o muy alejado del pueblo, a dos horas de caminata. Ahí empezamos a trabajar y a construir nuestra chocita.

Estábamos trabajando hacía dos años, ya teníamos plantaciones de cacao y otros frutales. En eso empezaron a tomar el pueblo los Senderos (terroristas), empezaron a apropiarse del pueblo. Ellos nos ubicaban todo a su manera, si no les obedecían o no les hacían caso, los mandaba a matar en presencia de toda la población, en presencia de niños, niñas, mujeres y varones, sin piedad a nadie. Veíamos que corría la sangre de los muertos en el pueblo de Canayre. Así vivíamos soportando daños, maltratos psicológicos e insultos porque era lamentable ver morir a nuestros hermanos y familiares.

Así según que pasaban los días, los meses, se agrandaba más aún la situación de los Senderos. Empezaron a quemar nuestras chozas y matar, en nuestras chacras teníamos gallinas, y nos hacían preparar comida a malas. Nos tenían como esclavos, por lo cual decidimos escaparnos hacia nuestro origen de la comunidad de Paccayhuaycco. De allí pasó un año. Teníamos pena de la plantación y decidimos regresar a Canayre,

ya que la población estaba formada por la autodefensa, para poder luchar contra los Senderos. Las autoridades se volvieron muy estrictas, nos castigaban y no nos dejaban ir a nuestra chacra, nos ponían en calabozos para investigarnos si teníamos algo de contacto con los Senderos, y así seguimos trabajando. Para eso ya la población estábamos ya agrupados. Para salir a nuestra chacra teníamos que formarnos y llamarnos lista, también era lo mismo en la tarde. Era muy estricta toda esa rutina, la realizaban durante la mañana y la tarde.

Vivíamos en una vida de terror, con miedo. El día más doloroso fue un día cuando salió de patrulla la mitad de la población, puros hombres bien armados de la defensa civil, hacia Vizcatán y eso aprovecharon los Senderos porque la mitad del pueblo quedamos y teníamos pocos armamentos. Entraron a la agrupación de Canayre los Senderos vestidos de militares con seis botes con bandera peruana y bandera blanca de paz y las autoridades y la población nos reunimos para recibirlos a los militares, pero en si no eran militares. Nos sorprendieron, entraron y nos reunieron en el campo junto a la escuela varones y mujeres, niños y niñas. Empezaron a formar a todos los varones y los llevaron en filas a la escuela uno por uno. Les empezaron a cortar los cuellos con cuchillo. Yo estuve echada en el suelo abrazada a mis hijos y pidiéndole al Señor que no nos haga nada de daño. Gracias a Dios, mi esposo salió de patrulla con los demás, si no a él lo mataban también como a estas personas o mis hermanos inocentes. Los restos de Sendero quemaron nuestras casas, se llevaron nuestros alimentos, nos dejaron sin nada.

Mataron a 41 varones delante de las mujeres y



*“El período de la violencia política en Ayacucho”
Autor: Juan Raúl Rivera Medina
Ayacucho*

niños y niñas, a cuchilladas y a granadas y disparaban con las armas. En la escuela, dejaron una laguna de sangre y las cabezas de nuestros parientes, botados dejaron los cuerpos por ahí, así estaban botados los muertos durante días. Llegaron los marinos de Llohegua y los hicieron enterrar en una zanja uno sobre otro a los muertos, sin miedo ni dolor. Decidimos abandonar el pueblo porque nos traía malos recuerdos. Como locos nos alistamos, agarré a mis hijos y volvimos a nuestra comunidad de Paccayhuaycco. Allí empezamos a criar animales y a sembrar. Después de poco tiempo, empezó la misma historia o situación de lágrimas y penas, en la cual también mataban a las personas. Por envidia quemaron mi casa, mis animales se llevaron, en todo trayecto me encontraba con personas muertas, sangrando. Con ese miedo decidimos venirnos a la ciudad de Huanta, escapando de la muerte. Vivíamos en casas alquiladas, ahí ya empezamos a educar a nuestros hijos.

Pero todas esas consecuencias me dejaron enferma, también a mis hijos y a mi esposo. Esto es la historia o pesadilla que he pasado. Recordar esos momentos es muy terrible, porque dormíamos en montes, sin comer, en el frío, ya no parábamos en nuestra casa por miedo. Tengo muchas historias que he pasado hasta el momento de mi existencia, yo no quisiera que vuelvan esas terribles muertes, matanzas, abusos, violaciones.

CAPULÍ FLOR SILVESTRE

Por: Joel López Quintero, Huanta

Capulí, capulí, hermosa flor silvestre del otoño, dime: ¿dónde está Mamá Rosa? Ya no se le ve sentada bajo aquel árbol viejo de molle, que guarda los años en sus tortuosas ramas, que si vida tuviera nos contaría de cómo era antes, cuando corría tras las ovejas sobre ése lozano prado donde el anís y la retama perfumaban la fresca mañana.

Cutu y yo le ayudábamos a cuidar sus ovejas, salíamos temprano cuando el sol comenzaba a calentar y el aroma de la tierra húmeda mezclada con el estiércol comenzaba a sentirse. Ella nos traía el almuerzo en su mantel blanco bordado con flores y palomas, que solía hacerlo cuando a veces las lluvias caían de día. Me llamaba «Papícha». ¡Sí, cómo lo recuerdo! Me contaba de cómo era la vida antes, cuando los «tucos» andaban por aquellos lares, pocos o varios con pasamontañas y armados, que entraban a las humildes casas cuando la luz moribunda de la tarde ya no permitía ver sus caras. Tan sólo al ver su oscura y negra silueta, tal vez ya era ver la propia muerte.

A veces la mente le traía recuerdos de mi tío, su hijo, que en su arrugada cara plasmaba con lágrimas que corrían hasta sus labios. Pues era el hijo mayor de todos y el único varón en la familia. Solía decirme que me parecía un poco a él y me llamaba de cariño Ricardito, pues así se llamaba él. Nada se sabe hasta hoy, sólo me contó que un día fueron a la escuela mi madre y él, y ésa fue la última vez que se le vio, pues no volvió nunca. Sólo mi madre volvió para contarles esta historia de dolor.

Dice ella que unos hombres con armas entraron a la escuela. Pintaron de rojo las paredes escribiendo frases, que mi madre sólo pudo leer «Viva la lucha armada». Ella estaba en tercer grado con doce años, y mi tío en quinto de primaria con quince años. Luego les obligaron a todos a salir al patio, ya en el patio cantaron su himno y levantaron en aquel palo de eucalipto que mi abuelo mandó a levantar siendo presidente de la comuna, allí mismo izaron una bandera roja con una hoz y un martillo. Luego les hablaron sobre un partido que mi madre de niña no entendía y luego sacaron a todos los jovencitos desde los diez años a más y les hicieron formar en columna de a dos.

Mi tío sólo pudo decir con la mirada entre lágrimas a mi madre que volvería. Ella impotente sólo vio perderse entre el polvo que se levantaba a los pasos de un pelotón de estudiantes que, vestidos aún con el uniforme escolar, se perdían... en la historia.

Sólo el «Yana Machu», apu y patrón del caserío, sabrá esta historia completa, pues bajo sus oscuras faldas bordadas con pastizales y piedras se perdieron estudiantes que hoy son causa de mis penas. Mi agridulce capulí.

Siempre en las tardes, luego de cenar, también me contaba esas historias que pasaban por mi mente como en una película, donde los malos no sé quiénes eran, pero sí las víctimas eran de mi buena familia. Su sangre caliente serviría para escribir un cartel donde dijese «Así mueren los soplones...». Pues esa fue la suerte de mi abuelo. Era el presidente de la comuna, y se había negado a entregar los bienes de la comunidad al tiempo que reclamó de su hijo desaparecido por ellos. No faltaron unos miedosos vecinos que indicaran la casa donde el llanto de una mujer y sus niñas se oía en la triste, solitaria y oscura noche de aquel 20 de agosto de 1984, a dos meses de la desaparición de mi tío.

Lo sacaron de la casa. Mi abuelo, sabiendo que no volvería a ver nunca más a su familia, se despidió de ellos con un mudo «adiós». Mamá Rosa suplicó para que no se lo llevaran, se prendió de la mano de mi abuelo tratando de impedir su trágica partida, pero bastó un solo golpe fuerte en la frente para dejarla inconsciente y bañada en sangre. Entre los llantos de mi madre y mi tía Amelia, la menor, se lo llevaron.

Mi madre hizo que mi abuela recobrase la conciencia a la vez que cuidaba a su menorcita, pues sólo tenía tres añitos.

De amanecida, cuando aún los pajarillos no cantaban y la última estrella daba sus últimos centelleos, era el instante cuando mi madre juntamente con los familiares encontraron a mi abuelo, entre las cabuyas, echado en un charco de sangre, con un cartel encima de su pecho con la frase que decía «así mueren los perros del estado», escrita con su propia sangre.

Ése fue el motivo para que mi abuela, mi madre y mi tía Amelia se vinieran por acá, a tierras extrañas donde la gente les miraba con recelo. Dejaron sus raíces y el Yana Machu se despedía, con su triste y negra figura, vestido de luto como el carbón de la hoguera. Sólo tú mi agridulce capulí que también bajaste, puedes entenderme y también contarme tus penas.

Pues aquí yo nací, en este mundo que empezaba a formarse en la añoranza de mis ancestros. Crecí en medio de mi abuela, mi madre y mi tía Amelia. Mi madre me

tuvo que dejar aquí para ir a trabajar a Lima, pues yo nací sin padre, al igual que tú, mi solitaria florcita, que creciste en el invierno de mis penas, que sirvieron para que tú florezcas, mi agridulce capulí.

Aquí pues, aprendí a hablar con las ovejas, y correr como ellas. Siempre los dos, mi amigo Cutu y yo. Cutu era el perro que tenía la cola tan corta como mi niñez. Siempre íbamos de mañana al pastizal del frente de aquí y regresábamos al caer el día.

Todo cambió cuando mi madre tuvo que llevarme a Lima a continuar mis estudios. Decía que no podía trabajar bien al estar preocupada de mí. Mamá Rosa se quedó con mi tío Alberto, hermano de mi abuelo, y mi tía Amelia, con los primos de mi madre, que vivían en el campo.

Recuerdo bien a mi Mamá Rosa. La última vez que vine juntamente con mi madre fue para Navidad, ahí tenía diez y seis años, pues la anciana de canas y arrugas se consumía. De lejos me miró y me reconoció y dijo ¿Papícha? Yo le dije que sí.

Esa vez que vine, ya no estaban las ovejas, pues dicen que se terminaron vendiendo, y Cutu había muerto de vejez. Él no pudo esperarme, pues las duras luchas en el campo, como de un buen ovejero, lo acabaron también.

Tuve que regresar, aún me faltaba culminar mis estudios de secundaria. Al año siguiente, cuando ya culminaba el colegio, en el mes de noviembre, tío Alberto me escribió una carta con una noticia que me fulminó el alma.

Mamá y yo nos abrazamos, lloramos. Mamá Rosa había dejado el mundo para irse con mi abuelo que pacientemente la estaba esperando en el más allá. Luego de llegar aquí, la enterramos a quien un día supo parar y afrontar mil situaciones como una gran madre, mi segunda madre, quien plasmó mi memoria con sus relatos al atardecer, relatos de un amanecer nuevo. «Siempre habrá un mañana y eso debe ser mejor.» Me animaba a pesar de sus tremendas llagas trágicas. Creía que mi madre estaba labrando un futuro mejor y que no debía sentirme solo, que también yo sería un día grande como lo fue mi abuelo, quién nunca bajó la cara ante nadie aunque le costara la vida.

No sé pero a pesar de todo eso, siempre me decía que un día iría a juntarse con el abuelo. Ese día, la luz no brilló por ningún lado, sólo golpeaba la lluvia el tejado, lluvia ácida y amarga. Día en el que sobre este montículo de tierra con una cruz, tierra que cubre a quien yo lloro, tú estabas naciendo florcita.



"Julcamarca dolor y tristeza"
Autor: Tarcilia Quispe Valenzuela
Julcamarca

Luego de terminar mis estudios, mi madre y yo pensamos y decidimos volver a estas tierras donde crecí, donde el verdor del campo es lo más hermoso, siempre anís, siempre retama, los aromas que acompañaron mi niñez.

Hoy pasé por debajo de aquel molle que, retorcido de años, me dio su acostumbrada sombra. Dime capulí, tú que estás más cerca de ella, cuéntame qué dice ella de mí, dime que sí aún recuerda las canciones que yo le cantaba al volver de la escuela.

Capulí, hermosa flor del otoño, dame de tus ácidos frutos una respuesta de parte de ella. Sé que tus raíces llegan hasta donde está ella, pues dile que mamá está encinta, dice que se llamará al igual que tú, Rosa o Rosaura. Tu yerno también te saluda, dice que se casarán en octubre de este año.

Mi querida amiga, sólo quiero pedirte un último favor, tú que creciste en este lugar donde mi Mamá Rosa yace. Dile que hoy le doy un abrazo por ser el «Día de la madre».

MI HISTORIA

Por: Nelly Mejía Paredes, La Mar

Nací en el distrito de Tambo en la provincia de La Mar. Éramos seis hermanos, dos mujeres y cuatro varones, de los que tengo cuatro hermanos finados. Dos encontré y enterré y a dos no. Estudié en la escuelita 614, actual Maria Parado de Bellido. La secundaria empecé en las dominicas, la Gran Unidad de Las Mercedes, y culminé en el colegio mixto de San Ramos. Por este lado empieza la incursión senderista en el año 1982, con el asalto del puesto policial de Quinua, donde matan al sargento Flores y el mismo año también asaltan el puesto policial de Tambo, en lo que muere un policía tambino. Quemaron el puesto policial y se llevaron todas las armas. Con este motivo, se llenan de policías tanto Tambo y San Miguel.

Primeramente, en el mes de septiembre, después de la muerte de Edith, nada más matan a los hermanos Nieto, parientes de mi conviviente, en Matara, un anexo de Acocro de la provincia de Huamanga. El año 83, el 3 de marzo, matan a mi suegro en el anexo de Quito, incendian la casa, se llevan todo lo que había en ella y ganados. Nosotros (mi conviviente y yo) estábamos en San Miguel para festejar el segundo año de mi hija. Cuando recibo el telegrama que decía que lo habían matado a su papá, tuvimos que venir de San Miguel para Ayacucho. Él se encontró con su hermano mayor y como éste había hecho el servicio militar, dijo «si el país está en peligro, estoy llamado a luchar por él» y le obliga a mi pareja a que le acompañe para que vayan a sacar a su madre y hermanas del lugar donde fue asesinado su padre. Después del entierro, les traen a su madre y hermanas. La cosa no termina en eso porque este hermano le pide que le acompañe a los sitios que ellos conocían, lugares en que están los compañeros. Yo le pedí que no se metiera en eso: «No le hagas caso a tu hermano y déjalo, vámonos, hay que regresar a la selva a nuestra casa.» El me respondió: «Sólo déjame sacar a mi madre y luego nos vamos.» Pasaron los días, regresaba a las dos de la mañana, una de la mañana, medianoche, y le traía el carro del ejército o de la policía y yo tenía mucho miedo. Un día, le reclamé, «ya sacaste a tu madre, vamos», pero para esto los compañeros lo estaban buscando como soplón y él me dice: «Me están buscando, si me encuentran me matan.» Yo respondí «yo hablaré con ellos pero deja de estar llevándoles a los policías» y como escuché que su hermano un día contaba como lo habían agarrado y sin hablar le habían terminado a puntapiés hasta matarlo

a un supuesto compañero, y, dice, el pobre hombrecito pedía piedad y decía «no me mates, tengo 4 hijos». Eso contaba riéndose. A mi se me destrozaba el corazón y hablé con mi pareja: «Por favor, vamos. No quiero que estés de soplón, yo a los compañeros les rogaré por tu vida pero deja de estar apoyando a tu hermano y no te manches tus manos de sangre, de culpable o inocente.» Pero no me escucho.

En el mes de junio, matan a su primo, que andaba junto con ellos, en la puerta de su casa y de inmediato sacan a su madre de esa casa y la llevan a Lima y él también se va junto con su mamá. Yo quedé embarazada de mi segunda hija. No le seguí porque no sabía dónde llegar, porque él no tenía casa, sólo estaría en la casa de su cuñada. Me quedé y regresé para San Miguel, al lado de mis padres. Por esos años, mi padre era el gobernador del distrito, y los primeros días de julio el subprefecto viajó para Lima y le dejó el cargo de subprefecto accidental a mi papá. Y como no hacía lo que ellos querían, porque hacían abusos, quitando animales menores como carneros, cabritos, aduciendo certificado, y como no se da certificado por animales menores, él, en condición de gobernador, no permitía tal abuso y le tenían cólera. El día 27 de julio del mismo año 83, el teniente de la guardia civil, llamado Víctor Nayza Velarde, lo detiene a mi papa porque él estaba regresando a casa en hora de toque de queda, y lo conduce al colegio «9 DE DICIEMBRE» hasta la parte de abajo, donde antes había una piedra grande, hasta ese lugar y, donde dice, le empezó a maltratar sin piedad que hasta la sangre le salía de su nariz. Le decía que lo recogiera y se lo

tomara para que no caiga nada al suelo y cuando se cansó de pegarle, se fue y mi papá se quedó. Felizmente un policía de los sinchis había pasado por ese sitio y lo encontró a mi papá y lo reconoció y le dijo «¿qué pasó?» y por qué estaba allí. Mi papá le contó lo sucedido y, como el policía era nuestro pensionista, le había acompañado hasta cerca de la casa y le dijo: «Váyase, yo le cuido desde aquí.»



“Dolor y sufrimiento”
Autor: Freddy Tovar Palomino
Huanta

Mi papá llegó a la casa a las 4 de la mañana, y cuando le vimos, estaba muy maltratado. Esperamos que amaneciera y me fui a buscarlo en mi cólera. El policía que estaba de servicio, cuando le conté me dijo «cuéntale al capitán» y lo mandé llamar. Le conté y de inmediato lo levantó al teniente y cuando le dije lo que había hecho, se negó y me acompañó a mi casa y en la calle le propiné sus cachetadas, y así le llevé hasta mi casa y le dije «mira lo que has hecho, desgraciado» y todo cínico dijo «¿que yo te hice esto?», al que mi papá contestó «¿que te vas a negar?» Quería volver a pegarle cuando me agarraron mi tía y mi papá, y sólo atiné a botarle de mi casa. «¡Fuera de mi casa!» Y me contestó «¿tu casa?» y se fue a eso de las 9 de la mañana. A mi papá me lo llevé para Ayacucho y en el trayecto nos encontramos con un amigo de mi papá que estaba en compañía de un periodista y le entrevistaron y le filmaron el estado en que se encontraba. Llegamos a Ayacucho y nos dirigimos a la comisaría para denunciar los hechos. Nos mandaron al reconocimiento médico y después denunciamos y el muy sinvergüenza nos sindicó a todos mis hermanos que eran terroristas. Y desde ese momento mis hermanos ya no paraban en mi casa porque los sinchis iban a romper nuestra puerta a la hora que les daba la gana. Él estaba de mayordomo para la fiesta patronal y teníamos que realizar muchas actividades, como mandar a traer leña, hacer moler la jora para la chicha, en fin, un montón de cosas porque ese año la fiesta empezaba el 10 de septiembre.

Se publicó lo sucedido en el periódico y la entrevista de mi papá. Eso llegó a las manos de mi hermano que estaba en la selva y decidió salir para la sierra un 6 de agosto y dice que decía: «¿Por qué a mi padre? que se vea conmigo.» Y así empezó su viaje, pero de cada sitio donde se paraba el carro, mandaba encargo dando a saber por donde estaba, como presintiendo que le pasaría algo. A eso de las siete, siete y media de la noche, llegó a San Miguel y se había bajado en la casa de la entrada y mandó a avisar que estaba allí. Mi mamá fue a su encuentro y no le encontró porque la policía le había agarrado y se lo había llevado. Y cuando fuimos para llevarle frazadas y no le encontramos, dejamos para buscarlo al día siguiente. No lo encontramos, dimos parte a la fiscalía y al poder judicial. Nos dijeron: «Busquen bajo las piedras, en los ríos, las partes profundas porque con piedra pueden fondearlo, los cementerios y los enterrados nuevos, porque también en eso pueden enterrar.» No lo encontramos, y denunciamos porque ya nos habíamos averiguado el nombre del policía que lo había detenido a mi hermano, y mi mamá denunció.

A los seis días de búsqueda, encontramos a mi hermano semienterrado al borde del río, ya cuando los perros estaban empezando a comérselo. En el levantamiento del cadáver, mi padre no podía ir porque a consecuencia de los golpes, él se quedó que no podía caminar. Se le llevó a la morgue para la autopsia. No me dejaron entrar para presenciar porque estaba gestando y tenía ocho meses. Lo enterramos, hubo

mucha gente y los policías, dicen que decían al vernos «así se entierran los terrucos», porque estuvieron todas las autoridades, incluso los de la PIP.

Ya empezaron los preparativos para la fiesta patronal el mes de septiembre. El 21 sentí los dolores y me fui al hospital con mi pañalito en la mano como bandera blanca, porque estábamos en toque de queda. El día 22 a mediodía, se aparece mi hermano, el que me sigue, y me pregunta: «Y chola ¿nada?» Yo respondo: «Todavía nada.» Yo estoy yendo a la quebrada para hacer recordar a Coras para que traiga la leña y el molle para la chicha. Yo le dije «cuídate papacito» y lloré. Él se fue. Según los comentarios, en la quebrada los del pelotón Zeta 0 lo habían capturado y se lo llevaron hasta Sacharaccay y allí lo mataron. Sólo pasada una semana recibió mi mamá la ropa de mi hermano. Dijeron que lo habían enterrado en Ccanchiccasa, donde fui a buscarlo pero no lo encontré y hasta la fecha no lo encontramos. Y ese día 23 de septiembre, a dos cuadras del parque, matan a un teniente de los sínchis al lado del subprefecto y del alcalde, cuando iban a ver el motor nuevo que había llegado, y de esa muerte los policías dicen que mi hermano lo había hecho y buscaban motivos sin sentido para fastidiarnos y romper nuestras puertas a la hora que les daba la gana.

En el mes de noviembre, nos enteramos por las habladurías de que mi otro hermano había muerto y que Sendero lo había matado. ¿Dónde? No sabemos hasta la fecha. Mi madre estaba mal, lloraba. Los sínchis venían a molestar a la casa. Los senderistas nos decían soplones porque en el restaurant de mis padres comían los policías PIP, Guardia Civil, Republicanos y los del ejército, Para que mi madre no siga sufriendo por la pérdida de sus tres hijos, mi hermano, el penúltimo de los hermanos, fue detenido y maltratado malamente, preguntando por dónde estaban sus hermanos mayores. Difícil logramos sacarlo y lo mandamos a Ayacucho y también nosotros dejamos todas nuestras cosas y nos fuimos para Ayacucho. Tomamos una casa en anticresis y vivíamos allí.

Un hermano se quedó en San Miguel para que termine sus estudios porque él decía: «Estoy bien en mis cursos, si me voy, voy a perder el año. Falta poquito, como sea termino sólo los exámenes.» Y se quedó. Y a él su amigo le saca de mi casa diciendo: «Vamos a jugar a Ccochapampa.» Él contestó: «No tengo ropa, toda la ropa la he lavado.» «No te preocupes, yo te presto.» Se quitó la casaca y le prestó y se fueron el 7 de diciembre del 83, y para el día siguiente, 8 de diciembre, mi hermano, a eso de las cinco de la tarde, aparece muerto en el puente de Hiwin. Cuando nos avisaron, tuvimos que venir de Ayacucho para el levantamiento de cadáver y enterrarlo. En San Miguel, ninguna autoridad quería apoyarnos en el levantamiento del cadáver de nada. Para cuando fuimos al levantamiento, los perros toda la parte que estaba descubierta se la habían comido. Sólo quedó lo que estaba cubierto por su ropa. Así terminaron mis hermanos. A dos enterré y a dos no.

En el mes de junio del 84, en compañía de mi padre fuimos a la selva a nuestra chacra a recoger algunas pertenencias y realizar sus cobranzas. Nos alojamos en la casa de su comadre. ¡Qué ironía del destino! El ahijado que le debía a mi papá la suma de 6,000 soles, en vez de pagarle nos buscó juntamente con las senderistas para matar a mi papá. Tuvimos que escapar al monte, luego al puerto y regresar para Ayacucho.

En el 85, regresé a San Miguel yo sola para reabrir nuestro negocio para poder ayudar a mis padres porque en Ayacucho todo era del mercado y la plata se estaba terminando. También empecé a preparar el Vaso de Leche, solicitando apoyo al subprefecto. Esa fecha el señor Añaños ya estaba finado. Él me daba las bolsas de leche en polvo y lo preparaba para los ronderos que venían a los izamientos, para los niños y las mujeres. Se forma el comité de damas y yo era la secretaria de deporte por ser la más joven. Se hacían actividades, fiestas, rifas, para conseguir dinero para implementar nuestras vajillas. En el 87, se firmó un convenio con la Cruz Roja y la NEC (así se llamaba a las que son UGEL en la actualidad).

Trabajé dos años y el mes de mayo del mismo año me fui porque mucho molestaban los militares policías. El ingeniero Quispe me dio trabajo en la micro región de Huancapi como promotora. Allí organicé los clubes de madres, incluso los dejé bien implementados en los distritos de Colca, Canaria, el mismo Huancapi, así como los clubes de madres de Sircamarca, Huancaraylla, Llusita, Hualla y Cayara. La situación se puso muy difícil por la misma razón que Sendero estaba muy posicionado en la zona. Justo cuando salgo, pasa lo de Cayara, cosa para mí más horrorosa. Las madres, cuando me vine, me reclamaron con memorial. El presidente de la CORFA ordenó que regrese, pero tuve miedo por el caso de Cayara y no regresé, me quedé en Ayacucho. Empecé a vender comida, papa frita con huevo y arroz con su cafecito. Después, los enfermos de la sanidad de las FF.PP. me solicitaban prepararle sus dietas y se las hacía. Después, empecé a dar pensión familiar a todos los trabajadores de la sanidad. También trabajé en un estudio fotográfico. Tuve problemas en casa con mi padre y me fui para Alto Amazonas Yurimaguas, donde trabajé en forma *ad honorem* en el penal como asistente social. El director del penal cometía muchos abusos y un día le dije que estaba haciendo mal. No le gustó y me dijo que me fuera. Me retiré, pero en Yurimaguas no estaba sola. Estaba juntamente con mis hijas y tenía que trabajar. Me puse a vender panqueques con miel como veía que vendían en las puertas de los colegios en Ayacucho y empecé a hacer lo mismo.

Después los presos me mandan llamar y me dicen que habían hablado con un regidor de la municipalidad para que me dieran trabajo. Lo busqué y para mi buena suerte, era ayacuchano. Conversamos y me dijo «habla con el alcalde y vas a trabajar», y me dio el trabajo de asistente social que también era como promotora social. Mi jefe inmediato era el jefe de personal y me daba la relación de los trabajadores que

habían faltado y tenía que realizar la visita domiciliaria. De igual forma trabajaba con las personas indigentes. Si estaban mal, les apoyaba con medicina y si fallecían les hacía enterrar. Poco a poco conocí a más gente y la responsable de los trabajos sociales de la micro región me llamó para apoyarla en disertar charlas sobre cómo utilizar el trigo en los comedores, qué potajes se podían hacer con los productos de la sierra. Yo gustosa la apoyé y en mis horas libres apoyaba a las señoras. Vi que para el refrigerio no traían nada y se me ocurrió llevar un día chicharrones en bolsitas de medio kilo, lo que consistía en un plato con su ensalada, ají, limón, y un poco temerosa me paré en la puerta y les ofrecía y casi todas se llevaban su bolsita y me decían «me anotas para el pago». Al día siguiente, igual, llevé arroz chaufa. De igual forma se llevaban hasta que se acostumbraron y vendía bien mis refrigerios.

Un día, nos llaman a siete personas y nos dicen que nos van a nombrar. Yo me alegré y lo hicieron, pero algunos de los jefes decían que era incorrecto, que no tenía validez. De todas formas estábamos nombradas las siete personas. Cuando cambiaron de alcalde, nos rotaron y luego, después de cinco meses, nos notificaron, cancelando nuestra contrata. «Bueno,» yo dije, «¿qué hago?» Bueno, como yo vivía en una casa de un paisano, allí empecé a preparar comida, caldo de gallina, piqueo y otros.

Estaba muy bien y un buen día mi mamá me llama diciendo que está enferma y tuve que regresar. Llegué a Lima, me quedé unos días y después me vine a Ayacucho para posteriormente volver a San Miguel. Venía y regresaba. Así empecé de nuevo a preparar comida. Empecé con cebiche, luego preparaba pedidos. Me iba acompañando a mis amigas a la selva. Quedábamos unos días y luego regresábamos. Decidí tener mi bebé para contrarrestar a la menopausia según yo, y me embaracé. Mi madre no quiso que tenga a mi bebé diciendo: «Te vas a volver enfermiza, te vas a morir.» Ante toda negativa tuve a mi hija. Regresé a San Miguel con la finalidad de reabrir el restaurante, así lo hice, pero fue en compañía de una prima. Nos fue mal, no había comprensión y nos tuvimos que separar.

Me quedé sola cuando, un día menos pensado, se me acerca la Señora Julia Rojas y me dice «¿tu deseas participar en el club de madres?» y yo respondí que sí porque deseaba enseñarles a hacer zapatitos a crochet, manualidades, y que puedan vender y tener ingresos. «Está bien, mañana en la tarde vengo por ti para ir» y fuimos. Cuando entré, la presidenta se puso celosa, un poco incómoda. La verdad, no sabía por qué su reacción. Cuando me dieron la palabra para hablar, les dije que sí podíamos trabajar haciendo manualidades y otras cosas y así tener ingresos. Me aceptaron. Así estuve participando en el Club de Madres Señor de los Milagros. Hasta la actualidad es mi base. Hubo elecciones de la junta directiva de la federación, a las que fuimos invitadas, pero fui a la reunión más por chismosa que deseando participar,

y a aprender que iban a tratar. Me di con la sorpresa que estaba hablando de la socia nueva la presidenta provincial que también era la presidenta de mi base, y al escuchar lo que hablaba, tomé la palabra y les dije que si fuera posible participara, de lo contrario, no, que yo solo deseaba que las mujeres aprendieran a realizar manualidades y a vender y tener ingresos, ya que años anteriores en Fajardo y Alto Amazonas, había trabajado con mujeres en organizarlas. En eso, la presidenta de la FEDECMA, Mamá Teodora me preguntó en qué institución trabajaba, al que respondí que no trabajaba, «antes sí, pero en la actualidad no tengo mi negocio.» Me propusieron y Felicitas Aroni dijo «tiene que ser socia por lo menos un año», y me retiraron. Nuevamente me proponen y solicito que no me odien por ser socia nueva. Una socia se para y dice: «No la conocemos para que sea nuestra candidata.» En eso casi todas se paran y le dicen «¿cómo no la vas a conocer? si ella vive en el parque, es la hija de don Octavio» y se quedó callada. Ya después de mucho hablar, acepté ser candidata y salí elegida como la presidenta provincial.

A los dos días, tenía que ir a las capacitaciones por una semana. Cuando llegué a la oficina de CEPRODEP, Mamá Teodora me presentó diciendo «ya están las provincias, incluso está La Mar.» La señora Maura Quispe es una malcriada y Mamá Teodora respondió «es nueva», y dio la media vuelta la señora Maura y me presentaron a la que me dijo «¡disculpe!» por lo que había dicho. Los tres días de taller, la verdad, estaba en la luna. No entendía casi nada y cuando conversaba con las presidentas de las otras provincias y estaban haciendo muchas cuestiones, estaban muy avanzadas en sus gestiones y cuando me preguntaban sólo decía: «No hay avance, soy nueva.» El cuarto día tuve el taller de participación ciudadana con Elizabeth Salcedo del SER-CEAPAZ. El taller me encantó y como tenían que realizar la convocatoria para un taller en uno de mis distritos y como había convenio con CEPRODEP, ellos decidieron que sea en Tambo, por ser zona donde trabajaba dicha institución. Me fui a convocar a la mayoría de los distritos. En San Francisco tuve un impase con la presidenta. Bueno, como la presidenta saliente no me había informado nada, desconocía y por desconocimiento, pues, cometí el error de que en una reunión de las presidentas solicité que se elija una presidenta del comité distrital de Ayna porque no había, y después de haber elegido me di con la sorpresa de que existía una presidenta con la que me gané una antipatía y me buscaba las tres patas al gato. Pedí disculpas, pero la cosa ya estaba hecha, sólo quedaba seguir los trabajos.

Bueno, se realizó el taller, se llenó el auditorio y todo salió muy bien. Quedó como trabajo para la presidenta realizar las réplicas. Solicité los materiales y salí a realizar las réplicas por quince días y como material me dieron papelógrafos, las cédulas de sufragio y otras cosas, pero como yo ya había visto cómo había hecho el taller Sandro Venturo, yo me copié unos cuantos de cómo hacer el sufragio claro, que no

lo hice pero el debate de los candidatos sí lo hice, grabado en cassette y filmado. Eso hice en San Francisco. Luego, en Santa Rosa, sólo hice la capacitación. Luego me fui hasta Leche Mayo y tenía que regresar de comunidad en comunidad, haciendo mi réplica. La verdad, sufrí mucho porque todavía había compañeros y participaban en los talleres y te hacían preguntas, y daba miedo. Una noche, tuve que dormir en la chacra. Sufrí mucho, hasta que la planta de mis pies se llenó de ampolla, pero logré mi objetivo de realizar mis réplicas y que mis socias debieran de saber lo que era la participación ciudadana. Para mí que asistí al taller, me pareció muy importante y tenían que saber el resto.

Después de las elecciones, la institución SER nos invitó para ser promotores ciudadanos voluntarios y por primera vez en toda mi vida, llegué al Congreso, a las instalaciones de la ONPE, a la Defensoría del Pueblo. Teníamos que hablar con el presidente del Congreso. Esa fecha, Antero Araoz, creo se apellidaba así, nos hizo esperar más de una hora y encima nos dijo que «quieren quien les paga» y que... bueno, la verdad, todo un gamonal. Salimos decepcionados de la entrevista con el congresista y para mí era la primera vez que asistía a un taller con diferentes personas y de diferentes departamentos, y la gran mayoría profesionales. La verdad, me sentía menos que ellos, pero no hablaba. Allí conocí a muchos del SER, Javier, Fernando, Jorge, José Távora, Gerardo Távora, Iván, Ricardo y Elizabeth. Fueron ellos los que más trabajaron conmigo y gracias a ellos, me capacité y me formé en todo lo que es participación ciudadana, política, social, etc.

También mi organización mayor, FEDECMA, tenía convenio con CHIRAPAQ para capacitaciones a las dirigentes de las provincias. Allí conocí a las presidentas provinciales. Asistíamos casi cada dos meses a los talleres de derechos de las mujeres indígenas, funciones dirigenciales y liderazgo, planificando en la organización, y otros. También como la presidenta fundadora, había participado en la formación del Taller Permanente de las Mujeres Indígenas Andinas y Amazónicas del Perú - TPMIAAP. Allí participaban dos delegadas por organización departamental. Tuve la suerte de que me delegaran para participar en este espacio, que me dio la oportunidad de conocer a otras mujeres, con otras costumbres y con mucha experiencia, de las cuales aprendí y me sirve hasta la actualidad, de lo cual estoy muy agradecida. En este espacio, asistí sin faltar, completé todo el paquete de capacitación. Hubo evaluación y pasamos diez hermanas, cinco andinas y cinco amazónicas. Tuvimos un taller de quince días. ¡La muerte! Las andinas y las amazónicas tuvimos muchos percances. Nos hicieron la transferencia metodológica para que nosotras seamos las facilitadoras. El primer día, a mí se me subía la presión, no sabía qué hacer de los nervios que tenía en punta. Pero teníamos el apoyo de la hermana Rosa, nuestra facilitadora, a quien también agradezco mucho su enseñanza en Chirapaq. Conocí

a Rosa, Angélica, Soledad, Tarcila, Néstor, Celia, Lilia y a muchas más que no las puedo nombrar a todas, pero fueron bellísimas personas.

En Ayacucho, hubo muchas instituciones que nos capacitaban en muchos temas, como son el CODEAC, la Defensoría del Pueblo, CARE PERU, y otras instituciones de las cuales no recuerdo el nombre. En el IV congreso de la FEDECMA, salgo elegida como la subsecretaria de organización. Empecé a trabajar en compañía de la señora Vilma, Q.E.P.D. y D.D.G. Se hizo un proyecto para ser financiado por la Unión Europea. Rogamos a Javier para que nos ayudara a hacer el proyecto y él consultó con Fernando. Seguro le habrá dicho que sí. Nos dijo: «Tienen hasta mañana a las 6 de la tarde para que me traigan estos datos.» Al día siguiente muy temprano, empezamos a trabajar, Felicitas Aroni, Clelia y yo. Logramos dar los datos que nos pidió y logramos ejecutar el proyecto. En este proyecto, nosotras mismas, las dirigentas, nos preparamos para ser facilitadoras y al momento de ser calificadas, salí con el mayor puntaje de 17.87 puntos como la primera facilitadora. Eso también era tema de comentario y de envidias entre nosotras. De todas formas me empeñaba para tratar de sobresalir y también en hacer gestión para mi federación provincial. Logré un proyecto con FONCODES en el año 1998 para atender lo que es salud reproductiva por un año en dos distritos, Tambo y San Miguel. Mi organización firmó un convenio con el hospital para las atenciones en nuestro local de la federación. Al culminar el proyecto se quedaron todos los implementos de salud con la organización, hasta la actualidad.

Seguí con las gestiones para mi organización, realizando mis réplicas. Para esto, mis hijas me apoyaban mucho en elaborar el material de capacitación. Se trabajaba lo que es proyecto de educación electoral con el SER. Anteriormente no teníamos propina, sólo los materiales de réplica. En una oportunidad, antes de la elaboración del proyecto, solicité 60 nuevos soles para comprar carne, arroz, azúcar, fideo y otras cosas que faltaban para preparar la comida, porque el resto lo ponían las socias. Me aceptaron para tres distritos: San Miguel, Chilcas y Luis Carranza. Fui juntamente con Lincol, un joven, y todos creían que era mi hijo. El joven pensó que se iba de paseo y que se cambiaría de ropa todos los días, y como la realidad era otra, empezó a dejar su ropa por aquí y por allá encargada, porque en vez de cargar ropa, tenía que cargar material en la lluvia y el barro, y no conocíamos el camino. ¡Era la muerte! Bueno, Lincol decía: «Somos los apóstoles de la democracia y camina nada más.»

Después, en las siguientes elecciones, se hizo un proyecto en forma de asociación o colectivo entre varias instituciones: SER, IPAZ, CEDAP, CEPRODEP, Defensoría del Pueblo e incluidos la FEDECMA y la FADA. En este grupo de trabajo, conocí a muchos profesionales como son Jeffrey Gamarra, Carlos Alviar, y otros que no recuerdo

los nombres en este momento, pero muy buenos, que nos trataban con respeto y mucha consideración, nada de discriminación como lo recibía en otras instituciones. También fue muy interesante trabajar con jóvenes de la UNSCH, porque con ellos también formábamos el equipo de facilitadores y facilitadoras. Para esta oportunidad ya teníamos propina. Todas las dirigentas de la FEDECMA participaron. Si yo también estaría como facilitadora de la organización, hubiera quedado una dirigente al aire y para que no pasara eso, supliqué a la señorita Raquel que me considerara como su facilitadora del SER. En cambio, en esto de los talleres, por dedicarme a la organización dejé mi negocio y lo cerré. Ahora ¿de qué viven mis hijas? Es muy difícil ser dirigente y también tener la responsabilidad de ser padre y madre, y a veces tener que dejarlas solas a las hijas. Doy gracias a Dios porque mis hijas saben entender, pero siempre reclaman la permanencia al lado de ellas. Así seguí. El año 2000, me presenté para las elecciones de Jueces de Paz, en las que gané el Segundo Juzgado, el que desempeñé por dos períodos consecutivos, pero también seguía como dirigente.

El 2003, en el mes de septiembre, me invitan, no sé quién sería la persona que me propuso o me recomendó, para ser consultora particular para PRODES, pero tenía que pasar por unos exámenes. En la primera reunión, fuimos diez personas, pero el resto eran profesionales, asesores de tres a cuatro municipalidades, en fin, ni una dirigente, sólo yo. Lo gracioso era que cuando se preguntaban cuál era el número de teléfono de tal municipalidad, yo les daba la información. «Bueno,» me dije, «ésta no paso», pero pasé. ¡Qué alegría! La segunda reunión, éramos más y todos profesionales. Me dije «no paso allí». Me encontré con el señor Pepe Távara y muchos de muchas ONGs y que eran parte de mi aprendizaje porque gracias a ellos había aprendido. Me sentía muy mal. ¿Cómo podía competir con ellos? No podía, decía. Sólo mis hijas me decían: «Sí puedes, mamá, sé que vas a salir bien.» La tercera convocatoria, asistí al hostel Balde Lirios. Al entrar se me escarapeló el cuerpo porque ya no éramos pocos, éramos muchos, en total unos 36, entre instituciones y profesionales que se presentaban como consultores externos, y como yo era de profesión madre de familia y asesora de mi casa, egresada de la universidad de la vida, tenía muchos más méritos que el resto, jajajaja, pensaba en mí y trataba de levantar mi moral y sentirme bien. Lo peor fue al momento de presentarnos porque la señora Patricia Carrillo pidió que «al momento de presentarse, digan su nombre, profesión, dónde trabajan, qué esperan del taller.» «¡Mamá mía!» pensaba «¿qué decir?» Me dibujé como una hoja seca, más que una planta que florecía. Me tocó presentarme y dije mi nombre, que era dirigente de la Federación de Clubes de Madres de la Provincia de La Mar, que no era profesional, sólo tenía la universidad de la vida, que me representaba como la hoja seca porque antes de desempeñar mi cargo, era así. Luego, gracias a las instituciones que están presentes, me han preparado y capacitado para ser como esta flor y seguir creciendo y dar frutos. Así me presenté

y a la hora del almuerzo, al sentarme con algunas personas que conocía y al menos les tenía un poco de confianza, les dije «me siento mal porque todos y todas ustedes son profesionales y yo no soy», a lo que ellas me respondieron que eso no tenía nada que ver: «La profesión no es todo, ¿Cuántos de nosotros quisiéramos tener la experiencia que tienes, lo cual no tenemos?» Así seguí. Nos tocó el trabajo de grupos y no saben con quienes me tocó, con las personas más mayores, el señor Andrés Solari, el señor Alfredo de CEPRODEP y otros. La discusión era por hacer el material y la metodología para la capacitación y nos poníamos de acuerdo, y a mí no me tomaban en cuenta. Me daba cólera y empecé a hacer a mi manera, pero sola. Presentamos el trabajo y me fui a casa. Comenté con mis hijas y les dije: «Esta vez no creo pasar porque eran instituciones y todos profesionales.» No tenía la esperanza.

Un día menos pensado, fui a ver mis correos al Internet, cuando encontré un correo que me decía: «Felicitaciones, usted es CONSULTORA DE PRODES.» Al comienzo no entendí y de inmediato llamé por teléfono al SER, para preguntar qué era y me explicaron. Me alegré, recibí una llamada del padre de Puquio para saber cuánto cobraba por mis servicios y no sabía qué decir porque nunca había cobrado ni ofertado mis servicios de consultora o facilitadora. «Sólo di algo.» Dije el monto que había recibido como propina cuando era facilitadora en el proyecto de educación electoral. Después me llamó el Ing. Heraclio pidiendo mi file para que me propusieran en su proyecto como consultora. Acepté y les mandé, pero nunca contestaron ni me llamaron. Y un día menos pensado, la compañera Melania de Puquio me dice: «Vamos para hablar con Raquel, lleva tu file, porque parece que nos darán trabajo como facilitadoras en Puquio.» Nos fuimos, hablamos con Raquel y ¡verdad! tomó nuestros servicios como promotoras para facilitar el proceso del presupuesto participativo en las municipalidades distritales de Puquio. Le comentamos a Rosa y ella nos dijo: «Se les paga el pasaje, tienen que ir a Nazca para capacitarse.» Nos fuimos y me di con la sorpresa que encontré allí a varios que los conocía, entre ellas a Anani Concha, y al vernos dijo: «Y éstas ¿qué hacen aquí? si sólo son dirigentes.» Trataba de hacernos quedar mal, pero nosotras seguíamos poniendo atención y respondiendo para no hacer quedar mal a la institución que nos había dado la oportunidad de trabajar en las mismas condiciones que los otros profesionales. Ya en el trabajo, a demostrar lo que se sabe y gané mucha experiencia. A fin de año, volví a mi tierra a seguir con la atención del juzgado. Creamos la DEPRMUNA desde la organización, en la que atendemos todo lo que es violencia familiar.

Pasaron los años. Pues sigo en la organización y como tal ocupé varios cargos a los que fui elegida como organización, la presidencia del comité de vigilancia, la vice coordinación de la mesa de concertación. De nuevo me presenté para las elecciones de jueces de paz y quedamos en el segundo puesto y estoy ejerciendo y tratando de sobresalir.

MAMÁ CANDELARIA

Por: Dina Oré Lazo, Huanta

Se llama Candelaria Núñez Viuda de Quispe. Nació el 23 de Enero de 1949. Su niñez pasó abandonada de sus padres como huérfana. Nunca conoció cariño de padres y dice ella: «Yo crecí abandonada y sufrí la pobreza de los campesinos, vi de cerca el sufrimiento de la gente del campo y pensé que no podía hacer algo por ellas y ellos.»

«Yo,» dice Mamá Candelaria, «llegué por estos lugares de nuera porque mi esposo era de Iguían, del pago de Cofradía. Después de estos 13 años de casada, enviudé, lo cual me dio la libertad para poder seguir con mis aspiraciones de hacer algo por mis hermanas o por las mujeres y los niños. Yo miraba cómo la gente del campo se venía a la ciudad dejando, sus chacras y animales, y en el pueblo o la ciudad se morían de hambre por miedo al terrorismo.»

«Se vinieron al pueblo,» dice ella, «y ello me motivó más aún al ver como sufrían de hambre, la necesidad de trabajo y muchas cosas más. En los años 90, empecé a organizar a las mujeres con el objetivo de que serían beneficiarias del programa Vaso de Leche, para que pudieran aplacar su hambre, porque escuchaba que en Lima las mujeres se organizaron y tenían Vaso de Leche y de la misma manera en Ayacucho. Entonces dije ¿Por qué no en Huanta?»

Dice ella: «Las mujeres, mamacita, regalaban sus hijos porque no tenían que dar de comer. Empecé a reunir en los parques, las calles, en los lugares donde se podía. Pero, en aquel tiempo, había una oficina en el parque central de Huanta donde trabajaba Milton Córdova y una señora Baciliza, quien me decía ‘sigue adelante, organiza.’ Me daba apoyo moral y me enseñaba dónde presentar los documentos. Hasta me pagó mi pasaje para poder viajar a Lima a reclamar que nos reconozcan como Federación de Clubes de Madres de la Provincia de Huanta. Aquella vez, era el alcalde, el Sr. Jorge Alonso, quien nos dio un localcito en la municipalidad, donde nos reuníamos con mis compañeras, y ya no hacíamos reuniones ni en los parques ni en las calles.»

También ella recuerda a una institución llamada SEDA, «quien me ayudó, nos capacitó. Estaba de la mano en nuestra lucha de organizar la Federación de Clubes

*“Ni el ruego puede con la muerte”
Autor: José Hinojosa Mansilla
Santillana, Huanta*



de Madres de Huanta, para que las mujeres sean respetadas y puedan llevar un pan a sus hijos. Pasé percances, alegrías y tristezas. Recibí apoyo pero también encontré tropiezos, pero pese a todo logré formar la Federación el 2 de junio del año 1991. Pero ahí no terminaba la lucha, teníamos que lograr el Programa Vaso de Leche, para lo cual viajé a Lima y otros lugares donde se concretizó nuestro objetivo el 2 de febrero de 1992.»

Y sigue contando Mamá Candelaria que en el año 1998, después de un breve descanso, empezó a organizar a los ancianos en la provincia de Huanta. Había muchos ancianos en las calles, en los campos, abandonados porque sus hijos habían muerto con la subversión y en el conflicto armado.

«Acudí a la señora Baciliza, que para aquel entonces era ya regidora y Miltón Córdova era alcalde. Tomé la decisión de organizar a los ancianos y ancianas, ahora llamamos adultos mayores. Empecé la lucha juntando a los ancianos de 5 a 10 hasta lograr juntar 20 ancianos.» Y también ella recuerda la federación. «Yo formé con 30 a 35 bases; para ahora la provincia cuenta con 94 clubes de madres y así empecé con los ancianos, pero hacía falta un local donde poder albergar a los ancianitos y ancianitas. Tal vez eso es lo más difícil que yo pude afrontar para poder adquirir un local para mis ancianos. Hice funcionar el asilo de ancianos en mi casa por dos años o un poco más.»

Con nostalgia recuerda Mamá Candelaria que ser dirigente cuesta mucho: «Organizar la federación me costó plata, que casi llegué al divorcio con mi esposo.» Y también aclara ella que enviudó joven... «Y luego me volví a casar con otro señor, con el cual tuve muchos percances por ser dirigente.» Pero ella misma reconoce, diciendo: «Él tal vez tenía razón, yo de repente descuidé a mis hijos, quizá a él mismo, pero en aquel tiempo ya pensaba en las mujeres, madres, niños y ancianos y ancianas, y ¿por qué no decirlo? en todas mis paisanas, porque yo habré nacido en otro sitio pero mi casa, mis hijos, mi gente está aquí y mi corazón con ellos.»

Melancólica, recuerda y narra de su segundo reto de asociar a los ancianos y formar un asilo en la provincia de Huanta. «Para poder lograr el terreno de los ancianos, me ayudaron el Sr. Pantoja y Héctor Vega. Gracias a ellos y muchos más, logré el terreno anhelado para mis viejitos. Logrado el terreno, hacía mis movimientos, gestiones para la construcción. Mis preocupaciones eran muchas, las comidas, los medicamentos, los servicios y muchos más para hacer funcionar un asilo de ancianos.»

Pero de la misma manera recuerda ella: «Pero Dios y las autoridades del local siempre me apoyaron en mis objetivos para poder concretizar tanto con la federación como con la asociación de ancianos RAMAVINICH. Soy presidenta de RAMAVINICH (asilo). No me quieren dejar, quisiera irme ya a descansar.» Pero como las mujeres aguerridas, luchadoras, solidarias, con una convicción de hacer todo por todos como la mujer de acero, dice: «pero tengo todavía que hacer algo, mi objetivo y mi sueño es hacer la construcción del asilo en la provincia, que tenga unos cuantos pisos y que el local cuente con los servicios bien instalados, y si no es pedir mucho, que tenga un tópico, para mis viejitos, dejando mis ancianos bien instalados, cómodos y que mueran dignamente y no en las calles pasando penurias, hambres. Yo ya tengo 60 años y estoy ya en esos pasos. Doy por ellos todo lo que logré, muchas cosas, pero todo eso es para ellos». Mamá Candelaria me abre las puertas del asilo y me muestra las cosas que adquirió, cocinas, ollas, mesas, repisas, y otras, diciendo: «Todo esto es de ellos, yo no llevo a mi casa ni una aguja porque para ellos lo logré y se quedará aquí en el asilo.»

Y mientras que me muestra en fotografías las fiestas de personajes que llegaron al asilo para celebrar o simplemente para ver. Los personajes como los congresistas, alcaldes y todos aquellos que visitan a RAMAVINICH podrán ver el trabajo que ha hecho Mamá Candelaria, que con cariño le digo Mamá Candy, porque gracias a ella conocí la Organización de Mujeres y también digo gracias por su ejemplo, por sus consejos y orientaciones de mi mamá Candy.

Ojalá siguiera con nosotros cumpliendo sus objetivos, sus metas, pero como ella misma dice, «hay muchas mujeres que me acompañaron», que por cierto me dio nombres, pero no los puse porque mi Mamá Candy era la promotora, ejecutora de los hechos que narré.

LOS ÁNGELES

Por: Demetrio Potoseno Mayhua, La Mar

Yo, Julia Peña Curo, vivía en la hacienda de Paria desde mis abuelos. Por eso yo quedé analfabeta, no estudié, ni mi abuelito, ni mi papá, ni mi mamá. El señor hacendado no quería que estudie, por eso me quedé analfabeta y también apareció el peligro terrorista de 1982 hasta 1993. Desde ahí hemos sufrido de nuestra vida. Mi comida, mi ropa, mi servicio, mi salud, mi casa, mi ganado, todo se llevaron los montoneros y quemaron mi casa, mis cosas, y mataron a mi familia, tío, tía, hermano. Los navales, marinos y montoneros mataron a bastante gente con armas, cuchillo y granadas, helicópteros. Atacaban a las personas cada semana, dos o tres días, por lo que escapábamos a los cerros, huaycos, y la gente escapamos según podíamos, heridos, incluidas mujeres. A los muertos se los comían los animales si no les enterrábamos.

Las criaturas, ancianos, ancianas, enfermos, mujeres embarazadas, ellos no perdonaban y las violaban, y mataban por aquí por allá, mataban, quemaban y robaban todos los montoneros y militares desde 1982 hasta 1984 y así murió gente inocente.

Entonces recién estaba organizando el señor More de Ayacucho. En 1984, el 19 de diciembre, en la sede de Carhuapampa, nos dicen «icarajo! perdonamos tu vida icarajo! a organizarse bien, si no vamos a matar así o quemar todo,» diciendo el general. Entonces, desde esa fecha nos hemos organizado para no perder nuestra vida, sin casas, en pampa limpia, sin carpa, sin víveres, sin cama, sin servicio, sin



“Llaqtaymi”

Autor: Miluska Iturrall Palomino
Ayacucho

ropa para cambiarse, ni herramienta, ni siquiera para hacer una carpa, ni víveres para comer, ni para dormir y estábamos llorando y sufriendo mucho de nuestra vida, cada día haciendo reuniones y vigilancia para defender nuestras vidas, no salir a trabajar y ahí haciendo turno y salir a formar patrullas, hacer vigilancia día y noche, si no, hacían ese castigo, callejón oscuro, con el chicote en la mano, hacer vueltas, nos castigaban físicamente y formaban uno a dos turnos y se hacía tarde, nos hacían formar para el castigo, y también aportaciones para la base militar, y aparte era salir en las patrullas a buscar al enemigo terrorista, y haciendo huaraca y onda y trampas para luchar con los terroristas cuando entraban a atacar, todo en defensa de nuestras vidas.

Los terroristas también matan día y noche por traición. Entran a matar con arma, cuchillo, hacha, pico, palo, piedra, bomba, machete. Mataron a mi esposo Luciano Quispe, de 22 años de edad, el 30 de marzo de 1998 en defensa de Carhuapampa, a las 11 de la noche, como 300 terroristas entre mujeres y varones. Ahí mataron 31 personas, totalmente destrozadas. Les cortaron sus cuellos, orejas, brazos, piernas, botados por aquí por acá, pedazos por pedazos, y quemaron las casas, se llevaron las ropas, los servicios, ganados, gritando: «Yana umas, a todos vamos a matar.» Así gritaban los terroristas, y yo, Julia Peña Curo, he escapado con mis dos hijos. Eran de 4 años de edad y otro de 2 meses y así hemos sufrido como 19 ataques desde 1982 hasta 1999.

Estamos sufriendo. Yo, viuda, hago los modos posibles para mantener a mis hijos hasta más no poder. Mantengo en sus estudios a mi hijo y en soledad. Me encuentro muy mal, no estoy sana, mi cuerpo y mi cabeza me duele.

Y gracias a Dios encontramos la paz y hubo repoblamiento en cada comunidad. El presidente Fujimori decretó en el 2000 el repoblar nuevamente nuestras comunidades. Un día comenzamos con compañía de los militares y patrullas. Así apoyó el señor Fujimori, con alimento para cada persona, unos cuantos kilos de alimento y préstamo de semillas de papa, cebada y ropa para cada persona. Y ahora se trabaja poco con las semillas y faltan herramientas apropiadas y ahora también se necesita apoyo de ganados, semilla, porque en la helada del 2007 se perdió todo el cultivo. Así hemos sufrido por causa del terrorismo.

DE CÓMO APARECIÓ SENDERO LUMINOSO EN AYACUCHO

Por: Vladimiro Quintanilla Chávez, Huanta

Abimael Guzmán, jefe máximo de Sendero Luminoso, conocido también como presidente Gonzalo, nació en Mollendo, Departamento de Arequipa, el año 1934. Sus padres fueron don Abimael Guzmán Silva y doña Bereniza Reynoso. Su infancia la pasó en Mollendo en la casa de su madre y toda su educación primaria la hizo en Mollendo obteniendo las mejores notas. Luego, no se sabe por qué motivo, se pasó a la ciudad de Callao a estudiar su primer año de secundaria en el Colegio Nacional 2 de Mayo, donde obtuvo también notas sobresalientes. Al siguiente año de 1948, retornó a Arequipa y se incorporó al Colegio La Salle, que por entonces era el colegio más caro y prestigioso de Arequipa, donde también obtuvo las mejores notas.

El 5 de marzo de 1953, postuló a la Universidad San Agustín de Arequipa y aprobó los exámenes de ingreso con notas altas. En esta universidad, cursó Derecho y Filosofía paralelamente, y ahí tuvo entre otros un maestro predilecto llamado don Miguel Ángel Rodríguez Rivas. Este señor era un implacable comunista que cultivó en la memoria de Abimael y muchos otros las ideas marxistas. Sus condiscípulos pertenecientes al partido del APRA y al Partido Demócrata Cristiano han pretendido jalarlo del lado de sus partidos y Abimael rechazó definitivamente. A fines de 1961, Abimael Guzmán se graduó de abogado, y luego se dedicó a la docencia universitaria con mucho éxito, pues fue un gran maestro. Cuando era docente en la Universidad de Arequipa, llegó a esa ciudad don Efraín Morote Best, un personaje de importancia que trabajó en la Universidad de Ayacucho, con quien trabó amistad. Luego, en compañía de Morote viajó a Ayacucho, donde por el concurso que ganó obtuvo la docencia en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Allí dictó clases de Filosofía, pero después llegó a ser director de personal. Estando desempeñando ese cargo, se incorporó al partido comunista de Ayacucho y al notar la débil presencia del comunismo, organizado por un grupo de viejos dirigentes que no tenían buena actividad y realizaban sus acciones en una picantería, entonces Abimael comenzó a trabajar intensamente para levantar el partido casi de la nada y efectuar la revolución cuanto más antes. Los viejos dirigentes dijeron que el tiempo no era todavía adecuado. Precisamente por eso ha surgido la discrepancia de Abimael Guzmán con la orientación del partido comunista y finalmente rompió para luego fundar otro movimiento revolucionario de izquierda a la que puso el

nombre de Sendero Luminoso, que en quechua quiere decir: llanu kichkiñan ichaya kamcharichkaq.

Abimael Guzmán Reynoso era culto, sapiente, con gran poder de fanatizar a los demás. Despertó adoración entre los estudiantes huamanguinos, por lo que todos lo buscaron con cariño exagerado y voluntad, siendo uno de ellos un huantino que precisamente era mi sobrino legítimo, llamado Raúl Quintanilla Carrasco, quien manifestaba repetidas veces que gustosamente daría su vida por Abimael Guzmán. Así Sendero se difundió con prontitud en todo Ayacucho y departamentos vecinos, puesto que aparecían pintas en las paredes de las casas urbanas, en las murallas de las propiedades campesinas y en las percas y en las rocas a lo largo de las carreteras, apoyando a la lucha armada de Sendero Luminoso. Y así la lucha armada inició en Vischongo donde un grupo armado atacó al puesto policial, hiriendo gravemente a cuatro sinchis. Al día siguiente cinco hombres armados, uno de ellos Raúl Quintanilla Carrasco, lo mataron al sargento de la guardia republicana Estanislao Chávez Rudas. Estas acciones, a las que llamaron «Excursión Histórica», se suscitaron los días 6 y 7 de enero de 1983.

De cómo aparece Sendero Luminoso en la comunidad de Aranhuy, del distrito de Santillana, de la provincia de Huanta, del Departamento de Ayacucho, y de cómo mueren hombres y mujeres en esta comunidad.

El 2 de abril de 1980, se fundó el Colegio Alfonso Ugarte de la comunidad de Aranhuy, gestionado por el primer presidente de la comunidad, Félix Barreto Yupanqui. Ese mismo mes, empezó a funcionar, pero fue algo criticable que después de haber funcionado ya cinco meses, recién se inauguró el 13 de setiembre de ese mismo año con el nombre de Colegio Secundario José Carlos Mariátegui de la comunidad de Aranhuy, puesto que el cambio del nombre del colegio naciente fue el antojo de los profesores, que todos eran partidarios de Sendero Luminoso. Su único profesor nombrado oficialmente fue un tal Severo, cuyo apellido se me ha ido de la memoria. Junto a él llegó otro profesor, llamado Leoncio Gamboa, sin haber sido nombrado. Dijo que tenía bastante cariño y aprecio a la comunidad de Aranhuy y por eso iba a trabajar de gratis en este colegio de nueva creación. Los padres de familia se alegraron y aplaudieron, pero de inmediato se presentó una disyuntiva: ¿si trabaja de gratis, de que se alimentará diario?

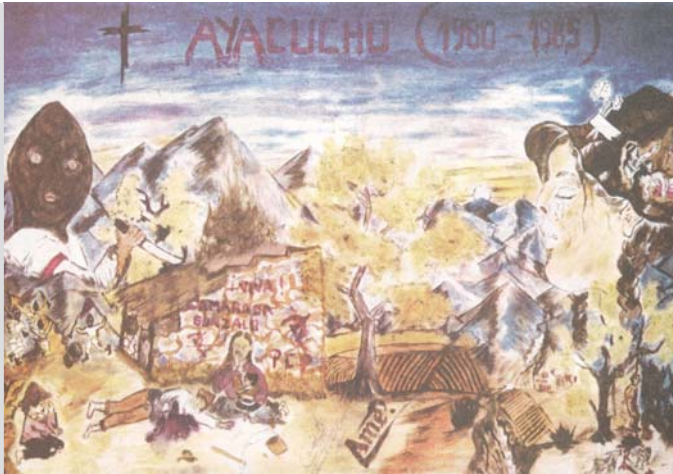
En vista de este problema, Feliciano Barreto obligó a los padres de familia a que cada uno aporte tres soles mensuales para pagar la pensión del profesor voluntarioso. En ese sentido quedó establecido. Algunos días después me percaté que todos los profesores de Aranhuy eran senderistas que adoctrinaban a la gente para apoyar a

la lucha armada, manifestando que con Sendero todos van a ser iguales, que no va a haber ni ricos ni pobres, todos van a trabajar y que van a matar a todos los ladrones. Esas expresiones me han gustado sinceramente, por lo que un día fui a dialogar con ellos, más que todo a felicitarles. En esa entrevista, expuse en primer lugar de los ladrones que existen en la ciudad de Huancayo y en todo el Perú, y ellos en respuesta me dijeron que esos pobrecitos roban porque necesitan, que esos están trabajando diario, que robar no es facilito, están exponiendo su libertad y su integridad física, justamente en defensa de ellos el Sendero va a luchar. Hay otros ladrones a quienes hay que matarlos y enterrarlos cincuenta metros bajo tierra para que no puedan resucitar, llegando a la conclusión que yo había sido el ladrón, el explotador, que debo morir y ser enterrado cincuenta metros bajo tierra por haber empleado otros braceros en mis trabajos. «Pero yo estoy dando trabajo a esa gente, yo estoy haciendo ganar dinero para que sostengan a sus familias,» dije. «No, ese modo de explotación tiene que terminar para siempre,» dijeron.

Asesinato del presidente de la comunidad de Aranhuay, don Felix Barreto Yupanqui, y de la católica René Oré Ayala.

Cuando el colegio secundario de Aranhuay ha sido ocupado por los profesores senderistas, los otros integrantes de otro partido ya llegaban libremente a la comunidad y retornaban a Ayacucho, seguramente llevando informes del avance terrorístico de Aranhuay. Llegó también la camarada Estela, representándose como esposa de Leoncio Gamboa, y se quedó como líder principal del partido. Leoncio Gamboa comenzó a dictar clases sobre la existencia de Dios, que Dios no ha creado al hombre y que por el contrario el hombre creó a Dios por explotar a sus prójimos. Leoncio y Estela obligaban a los alumnos para que vayan también de noche al campo deportivo a recibir sus clases. Allí enseñaban a utilizar piedras, palos, cuchillos y otros objetos para matar a enemigos; «siempre por la espalda hay que atacar al enemigo,» decían.

Los padres de familia, al enterarse de esas malas enseñanzas, se encolerizaron. El presidente de la comunidad, don Félix Barreto Yupanqui, abrazado a la religión evangélica pentecostal, se indignó, lo mismo la católica René Oré Ayala discrepó y capturaron a Leoncio y Estela. Luego con la intervención del teniente gobernador don Timoteo Huamán Ccochachi, los entregaron a los militares de San José de Santillana, quienes al hacerse cargo de los detenidos los condujeron a Huanta; pero cuando ya pasaron a Luricocha, cuyo lugar exacto no especifica la tradición, Leoncio Gamboa se lanzó al suelo, estando el vehículo en plena marcha. Ni bien llegó al suelo se tiró la carrera y mientras que pare el vehículo, ya estaba lejos. De esa manera escapó Leoncio Gamboa. Entonces hicieron llegar a Huanta solamente a



*"Ayacucho (1980 - 1985)"
Autor: Juan Américo Vitor Crespo
Luricocha, Huanta*

Estela y la entregaron al puesto de la guardia civil, donde también se descuidaron y Estela escapó en menos de un minuto.

Cuando Leoncio y Estela escaparon, Aranhuy entró en su tranquilidad. Félix Barreto se dedicó a sus quehaceres particulares, igualmente René Oré se dedicó a sus labores cotidianos, hasta que en la noche del día 5 de agosto de 1982 se suscitó un hecho inesperado. Se asegura que ese día Félix Barreto y René Oré han sido inmensamente acechados por una mujer llamada Espirita Nalgo de Quispe, la misma que defendió abiertamente a Leoncio y a Estela cuando éstos se encontraban detenidos en el cabildo de Aranhuy. Resulta que en la noche de ese día, más o menos a horas nueve, Félix Barreto y varios fieles religiosos se encontraban orando en la Iglesia Evangélica Pentecostal. Maliciosamente, al costado de Félix se sentó la Espirita Nalgo, y cuando estaban ordenados en ese sentido, de repente entraron varios hombres armados dirigiéndose directamente al lugar donde se encontraba Félix, sin dificultad de preguntar a nadie, y le sacaron dándole palmaditas de cariño en el hombro. Casi a media cuadra de distancia estaba la casa de Barreto. Junto al camino, con la puerta abierta, allí intentó escaparse, pero fue ametrallado y cayó muerto. Aquí hay dos versiones, algunos dicen que estando en la puerta de su casa se paró y dijo: «yo no puedo ir a ningún lugar, si quieren, mátenme aquí.» Sea cual sea la verdad, allí murió. Entonces sus matones amarraron sus pies con una sogá y lo arrastraron hasta el parque donde había una redondela construida de ladrillo y cemento para proteger plantitas ornamentales. Allí lo colgaron boca abajo.

Mientras eso sucedía con Barreto, en la casa de René Oré se suscitaba otro hecho desgarrador. Ella se encontraba en la víspera de señalar sus ganados. Para este efecto, desde algunos días había preparado chicha de jora y había traído algunos licores, y esa fatídica noche, había tendido su mesa de ofrenda a los Apu yayas, dueños de los cerros y animales domésticos y no domésticos, de quienes depende la procreación de los animales de cada año. René ya había preparado todo y sólo esperaba la llegada de todos los invitados. En ese momento, estaba acompañada por su cuñado Samuel Barreto Yupanqui, hermano menor de Félix Barreto, sus dos hijas, Constanza y

Melina Hernando Oré, de 14 y 9 años de edad respectivamente. De repente, René siente un tropel de pasos en el callejón de atrás, por donde entran y salen sus animales. René cree que sus mulas han escapado, por lo que suplica a Samuel para que las haga volver y las asegure en el corral. Samuel sale apresurado y se encuentra con la sorpresa de que en el callejón estaban varios sujetos armados, entre ellos la bien conocida Estela. Ésta ordenó a Samuel que se echara en el suelo y él se puso de cuclillas delante de ella. Entonces Estela arrojó con brusquedad al suelo a Samuel, diciendo «te he dicho que te echas al suelo icarajo!» Samuel cae bruscamente y se coloca de cubito ventral. Estela se sube inmediatamente sobre la espalda del caído y coloca la culata de su metralleta en el cuello de éste, para bruñirlo con todas sus fuerzas al suelo. A Samuel se le parece que su corazón se le salió por la boca.

En vista de que Samuel se tardaba en regresar, René salió al patio por la puerta de atrás y vio a un hombre parado en la puerta de su cocina. Cree que es Alejandro Yance Suárez, uno de los invitados, y bromeando dice: «¿Qué haces ahí, Alejandro, hecho un tonto? Entra pues.» El hombre parado le contestó: «Nadie se mueve de allí icarajo!» René, al escuchar eso, entró a su casa y cerró la puerta. Inmediatamente se escuchó el estallido de un dinamitazo que destruyó una parte de la casa de doña Emilia Ayala Quispe, madre de René. La señora Emilia, no obstante de haber estado dentro de su casa, no había sufrido ningún impacto por encontrarse ese momento en uno de los ángulos de su casa. Al mismo tiempo de esos hechos, otro rompía a patadas las puertas de René. Una vez rota la puerta, entraron preguntando por René Oré. «Yo soy, quizás por ignorante habré hecho algo malo, por favor perdonenme,» dijo. «Nosotros no hemos venido a perdonarte sino a arreglar cuentas contigo.» Diciendo eso, lo amancornaron. El cuerpo de René tembló inconteniblemente; sus hijas Constanza y Melina rogaron llorando a gritos que tengan piedad de su madre, mas no escucharon nada y la sacaron para conducirla hacia el parque.

Estando en la dirección donde se encontraba Estela, pisándolo a Samuel, René habló: «por favor, aflójenme un poquito, voy a despedirme de mis hijas.» Estela, al escuchar la voz de René, dejó de pisar Samuel inmediatamente, corrió hacia el lugar de donde salió la voz y preguntó a la mancornada: «¿Dónde está la sandalia de mi esposo?» René dijo que no había visto ninguna sandalia; entonces la bofeteó en la cara y la llevaron al parque donde en todo el perímetro la hicieron andar haciendo vivas a la lucha armada y al presidente Gonzalo. Le obligaron a que gritara más fuerte. Entonces, René, empleando todas sus fuerzas, gritó todo cuanto podía, pensando que por eso le perdonarían y le soltarían, mas no fue así. La hicieron llegar al lugar donde estaba el cadáver de Barreto y le preguntaron: «¿Estás viendo a este cadáver? Pues, así también tú vas a morir.» René, al ver el cadáver, se asustó y gritó de una manera que sólo puede explicar quien sufre esa situación desgarradora. Por fin, le taparon la

vista con un trapo negro y fue Estela quien disparó, por lo que René cayó. Luego gritaron, viviendo a la lucha armada y al presidente Gonzalo.

A pocos metros de distancia, había una patería y encima de ésta una pared raída de adobe de un metro de altura. Tras de esta pared se hallaba escondida una mujer arahuina, que apenas levantaba la cabeza para ver y oír el temeroso episodio. Ella relató todo lo que han hecho a René. Algunas horas después, desaparecieron Félix Barreto Yupanqui y René Oré Ayala. Fueron los primeros en morir por defender la democracia en Aranzhuay, después morirían muchos, unos tras otros.

Asesinan a una campesina ignorante

El 18 de mayo de 1983, se suscitó un enfrentamiento entre los senderistas y los militares en los bajíos del poblado de Aranzhuay, denominado Milluchi, dejando un saldo de siete senderistas muertos y dos policías heridos. Al día siguiente, el 19 de mayo, cinco curiosos aranzhuinos, entre ellos un tal Cristóbal López Gamboa, más conocido por su apodo Cristo yaya, fueron a Milluchi a novelear de lo sucedido el día anterior. Encontraron siete senderistas muertos. Cristo yaya echó ojo en el pantalón de uno de ellos, que era de marca vaquero de mejor calidad y nuevo. Luego, acercándose al muerto dijo: «¡Quítate el pantalón, carajo!» Hablando eso, le dio un puntapié en el poto del cadáver y le quitó el pantalón para que se lo lleve a su casa. De este hecho sabían sólo los cinco curiosos, pero la «radio jeta» se encargó de propalarlo en todo Aranzhuay.

En el interior de la gente existe algo oculto y misterioso que exige exteriorizar sucesos que el vulgo no debe saber y solamente por no tener la boca cerrada, muchas veces nos metemos en problemas graves y encontramos hasta la muerte; muy bien dice el adagio «el pez muere por su propia boca.» Tal es el caso que sucedió con Cristo yaya. Lo que ha hecho con el senderista muerto llegó al conocimiento de Sendero Luminoso, por lo que lo buscaron intensamente para ejecutarlo.

Cuando el terrorismo estaba en pleno apogeo en Aranzhuay, los campesinos que no estaban aliados al senderismo ya no dormían en su casa, sino iban a dormir lejos en la intemperie, en las zanjas debajo de los árboles y cada noche cambiaban el lugar de sus escondites. Eso hacían porque los senderistas entraban de noche a sus casas y los sacaban, acusándoles de soplones y yana umas (cabezas negras) y los ejecutaban. Por eso tenían bastante miedo, por lo que Cristo yaya, su esposa Vicenta Carbajal Ricra, con su bebé de un año de edad en la espalda, y otros más fueron una noche a dormir escondidos en el lugar denominado Garibay, donde existe una roca solitaria, o sea que no está juntada a ningún cerro. Alrededor de esta roca, hay tres o cuatro

cavernas reducidas. En una de éstas, que queda al lado oeste, se instaló Vicenta con su bebé. Hacia atrás, o sea al lado este, se instaló su esposo Cristóbal y los demás también se habían acomodado de cualquier manera. Resulta que los Flores, colaboradores de Sendero Luminoso, habían visto donde estaban escondidos Cristo y su esposa y avisaron a los senderistas, por lo que éstos llegaron fácilmente donde Vicenta, y al encontrarla, sólo preguntaron por su esposo y ella dijo que se había ido a Churcampa a trabajar donde don Sócrates Quintanilla. «¡Mientes, carajo, habla la verdad!» Diciendo eso, la golpearon, ella insistió en decir que se había ido a Churcampa. Los senderistas sabían muy bien que Cristo no estaba en Churcampa, que Vicenta estaba mintiendo porque los Flores ya los habían informado. En vista de esto, la golpearon y llevaron hasta su pequeña casita ubicada en Paiccoera, distante de un kilómetro. Allí preguntaron otra vez «¿Dónde está tu esposo, carajo? ¡Habla!» «Ay, les he dicho, está en Churcampa,» contestó. Al ver que no reveló nada, con cuchillo le punzaron uno de sus senos, luego el otro seno y después varias punzadas en todo el cuerpo. No es difícil imaginar cuánto dolor habrá sentido esta pobre mujer, habrá gritado pidiendo piedad o auxilio, pero no declaró nada del escondite de su esposo. Por último, entraron a su casa y sacaron una olla de fierro y procedieron a cortar el cuello de Vicenta. El uno cortaba el cuello y el otro recibió la sangre en la olla de fierro. Luego con tres piedras prepararon una especie de fogón en el que colocaron la olla que contenía la sangre de Vicenta. Después de esta barbarie, prendieron fuego a la pequeña casa y se retiraron, dejando al bebé junto a la madre muerta. La criatura, al sentir frío, llorando desconsoladamente, buscó el abrigo de su madre y se metió a la brasa incendiada.

Al día siguiente, bien de mañanita, Cristóbal López Gamboa vino de su escondite y encontró a su esposa muerta y a su hijito quemado desde la cintura para abajo, pero todavía estaba vivo. Entonces, inmediatamente lo llevó donde la señora Angélica Figueroa Morales, quien intentó curarlo, pero murió por ser demasiado grave su quemadura.

Sendero Luminoso luchó por los pobres y mató a los pobres, luchó por la justicia e hizo una despiadada injusticia. Por combatir a los explotadores, ha perdido la sensibilidad de su corazón y los principios humanitarios y abandonó a una criatura de un año de edad sin ninguna piedad junto a la madre muerta.

En Aranzhuay, han muerto y han sido ultrajadas también otras mujeres por acciones militares, las cuales ya no puedo relatar porque el espacio del papel ya no me alcanzó y termino solamente aquí.

Huanta, 8 de noviembre del 2008

LÁGRIMAS DE SANGRE

Por: Jorge Luis Quispe Sosa, La Mar

Al investigar los hechos pasados durante los años 1980 al 2000, en la época de la violencia sociopolítica interna, ¡Oh!... ¡Dios mío! ¡qué pena, mucha pena y tristeza me da la historia de la señora Silveria Mejía Enríquez!

En el año 1982, en la zona denominada Pata Ccocha, distrito de Santa Rosa, provincia de La Mar, comienza un caos de masacre y confusión, la historia caótica de la señora Silveria. Silveria y su familia ya no sabían qué hacer, porque los Senderos Luminosos ya se habían posicionado en la selva, exactamente en Pata Ccocha. Por la desesperación, una mañana le dice a su esposo Raúl: «Nos tenemos que ir de este lugar hacia la sierra para salvar nuestras vidas y la de nuestros hijos, sí, esposo, por favor.» Entonces decidieron salir de su comunidad y llevando café para que pudieran negociar en Santa Rosa, pero el que compraría les dijo: «No, primero tienes que hacer secar más el café.» Por esta razón, la señora Silveria tenía que regresar a su comunidad y su esposo tenía que hacer secar más el café. Después de dos días, la señora se entera que a su esposo lo habían matado los ronderos, inculpándole de Sendero, por la simple razón de que su cuñada ya se encontraba en las filas de la subversión.

Desesperada, la señora Silveria vino a Santa Rosa a buscarle a su esposo y traía consigo a sus dos hijos menores, y cinco se quedaron en casa (en total tenía siete hijos), cuando de repente, cerca de Santa Rosa se encuentra con un familiar que le dice: «Silveria, vuelve a tu casa y escápate para San Miguel pero por el cerro, tu esposo está muerto y te están buscando los ronderos para que te maten, huye, huye urgente.»

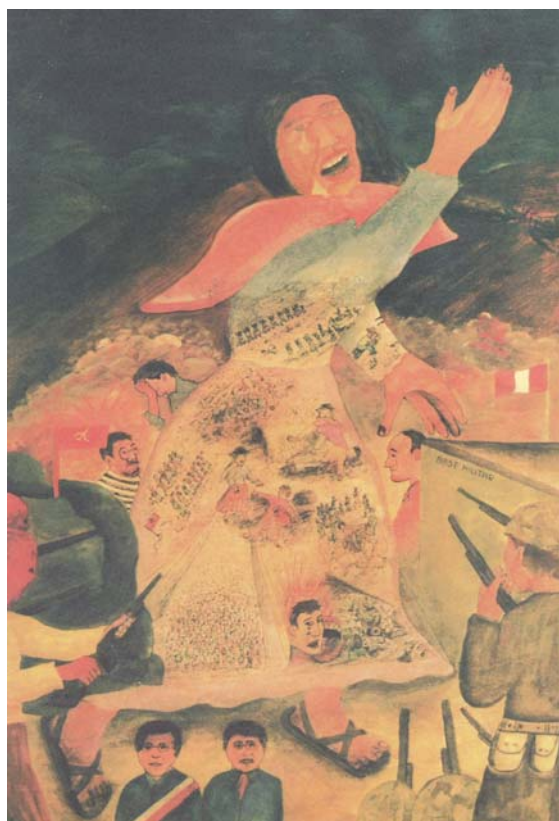
La señora Silveria llegó a su casa y les contó a sus hijos lo sucedido y con lágrimas en los ojos, les dijo: «¡Hijos míos, su padre ha muerto en manos del rondero, son huérfanos! Hoy nos tenemos que escapar de la selva a San Miguel. Alístense, hijos, y yo haré la cancha para el fiambre...» Después de decirles, se pusieron a realizar sus cosas y alistar sus prendas. En esos momentos los terrucos ya estaban a su lado, más de cincuenta terroristas, todos armados, y les obligaron a Silveria y a sus hijos a que participen en las filas de Sendero, diciéndoles: «¡Malditos ustedes, tienen que ir al monte y luchar con esos perros militares y ronderos, la lucha depende de ustedes!» Después la señora Silveria no sabía nada qué hacer y por su obligación se fue al monte con los Senderos durante cinco meses.

Durante esos cinco meses, Silveria pasó torturas, violaciones y lo más triste era que las violaciones eran delante de sus hijos menores, y a los hijos mayores de su cuñada ya les instruían en el monte, y los hijos de Silveria eran traumatados por las diferentes torturas y disparos constantes.

Después de cinco meses, Silveria le pidió al jefe del grupo para que pudieran volver a su casa por sus ropas y comida. Entonces le fue concedido y les mandó a Silveria y a sus dos hijos, pero custodiados por un Sendero. Llegando Silveria a su casa, por la hambruna decidió coger siciliana y comenzó a pelar para que pudiera hacer un segundo. Mientras tanto, su hijo se fue al barranco a sacar las ropas que habían escondido junto con el custodiador Sendero. De repente, los ronderos le encuentran a Silveria cocinando su segundo de siciliana. Poniéndole el cuchillo en el cuello, le dijeron: «¡Maldita terruca, ha llegado tu hora, tendrás que morir como una perra!» Silveria comenzó a gritar desesperadamente y les dijo: «Señores ronderos, no me maten por favor, yo les llevaré donde los compañeros, y además yo no soy Sendero, sino yo y mis hijos fuimos obligados a participar en las filas de los Senderos.»

Luego de estos lamentos, gritos, los ronderos le amarraron las manos, y la llevaron al monte donde los Senderos. En esos instantes, Silveria levantó la vista. Su hijo Marcelino Peña, de unos nueve años de edad, venía junto al custodiador (Sendero), cargado de su ropa venía. Al ver a su madre presionada, el niño desesperado, gritando, huyó hacia el monte, dejando sus ropas.

Silveria gritó: «Marcelino, Marcelino, hijo mió, no corras.» El niño dentro del monte le contestó: «Mamá, mamá, ¡ayúdame!» En esos instantes, tres ronderos armados corrieron al monte y le atraparon al niño. Cuando Marcelino se sentía presionado por los ronderos y recibiendo los maltratos, el pobre niño gritaba de dolor. Su madre, al ver a su hijo con las manos atadas, lo único que le quedaba era llorar y llorar. Pero después, Silveria y sus tres hijos fueron llevados a San José de Pampa, lugar cerca de Santa Rosa. Silveria se encontraba



*“La década de los ‘80”
Autor: Alberto Quispe Palomino
Socos*

de rodillas junto a su hijo y muchos prisioneros más. De repente levantó la mirada, entre lágrimas escuchó el acuerdo de los ronderos donde decían que todos los presos o detenidos tenían que morir. Silveria no supo que hacer, sólo miraba cómo a su hijo Marcelino habían elegido para que sea el primero en morir. Marcelino, desesperado, miraba a su madre. Luego los ronderos le cortaron el cuello y lo descuartizaron. Su madre, al ver, gritó: «¡Dios mío! ¿por qué a mi hijo? Nosotros ¿qué culpa tenemos? ¿Qué hemos hecho para sufrir tanto? Ya no quiero vivir, mátenme a mí. ¡Hijito, hijito mío!» Gritaba desesperadamente, pero los ronderos a sangre fría mataron uno por uno a los presos. Cuando Silveria pensó que eran sus últimos minutos de vida, de repente vino un rondero, diciendo: «No los maten porque ellos son inocentes, son madres de familia.» En esos momentos, todos gritaron «no la maten» y el rondero que arrasaba con vidas ya no la mató. Le ataron las manos y se fueron a las diferentes comunidades durante dos meses. Luego le dieron libertad los ronderos con una condición, que el lunes ella les llevara donde los Senderos y así poder matarles y rescatar a sus hijos. Con ese acuerdo dejan libre a Silveria.

Tal como lo planearon, el lunes se dirigieron hacia el monte y encontraron su campamento de los Senderos. Tuvieron un enfrentamiento de dos horas. En esos momentos, hubieron muertos, heridos, y Silveria buscó a sus hijos, pero fue inútil. Regresó a su casa con lágrimas en los ojos y así pasó, pero pudo encontrarse con sus hijos. Ellos se habían escapado, pero después de tanto sufrimiento la familia de Silveria encontró los pocos que quedaron. Viajaron hacia San Miguel a una comunidad llamada Illaura.

Silveria y sus hijos viven en Illaura. Nunca pudieron superar lo sucedido. Ellos viven y cuentan esta historia que fue un caso real del año 1982.

Ella perdió a sus hijos y a su querido esposo.

Esposo: Raúl Peña Zea (muerto)

Hijos:

- Marcelino Peña Megía (muerto)
- Félix Peña Megía (muerto)
- Adán Peña Megía (muerto)
- Alvina Peña Megía (vive)
- Rita Peña Megía (vive)
- Rebeca Peña Megía (vive)
- Rosa Peña Megía (vive)

SEÑORA TORIBIA

Por: Félix Quispe Velazque, La Mar

Así fueron las historias de la señora Toribia Huaraca Cáceres, de la comunidad de Challhuamayo, nacida el 26 de abril de 1953, con DNI 28699879.

«Cuando yo tenía cuatro años de edad, mi papá, quien se llamaba Manungo Huaraca, falleció con una enfermedad. Después, cuando yo tenía siete años de edad, mi mamá, quien se llamaba Martina Cáceres, también murió con la enfermedad. Desde entonces, hemos quedado cuatro hermanos huérfanos, tres mujeres y un hermano varón, Toribia, Delfina, Macedonia y Cirilo, de los cuales dos se fueron a la ciudad de Lima y de quienes hasta el momento no se sabe nada. El varón vive en Ayacucho y yo, la primera hermana, vivo en Tambo porque nos hemos esparcido cada cual, ya que anteriormente vivíamos en una hacienda del señor Glicerio Añaños. Por eso no hemos quedado ninguno de nosotros.»

Cuando su mamá murió, ella y su hermano Cirilo quedaron refugiados al lado de su tía Bacilia Huicho, pero su tía les hacía sufrir. Primero les hacía cuidar sus animales que tenía, como vacunos, ovinos, cabras, caballos, entre otros, pero ella no podía cuidar tantos animales que tenía su tía, por lo que empezaba a golpearle y le sacaba sangre de la nariz y rompía su cabeza. Además, le hacía trabajar día y noche, a golpes, a cocinar, moler morón para la sopa y de día, a cuidar a los bastantes animales y recoger leña para preparar el alimento, y en la noche tenía que cocinar desde las tres horas de la mañana, y si no hacía bien, no le hacía comer. A veces compraba la ropa de sus hijos. Ella simplemente se agachaba y cuando salía, empezaba a llorar y caminaba descalza porque no se les compraban sus ropas, mucho menos sus zapatos. Ella (su tía) sólo compraba para sus hijos. Por eso ella lloraba sin consuelo y no tenía con quien refugiarse.

Sólo lloraba y lloraba sin consuelo por esas crueldades y sufrimientos que ella pasaba con su tía Bacilia Huicho, hasta entonces, nada que ver con sus estudios. Por otra parte el sufrimiento le impulsaba a escapar de su tía Bacilia y así se ha escapado con la ayuda de un vecino de su comunidad de Chalhuamayo hasta Tambo, a su casa del Sr. Lucho Críales. Entonces ahí empezó a trabajar como muchacha desde los ocho años de edad, en su casa del señor primero, cuidando a sus hijos pequeños, y se los

cargaba de encima de la mesa o de la silla, si no, no podía cargar. Después, ya empezó a lavar las ropas y a hacer otras cosas más de la casa. Así ha crecido ella, trabajando sin sueldo o pago alguno, además sin educación, porque perdió a su padre y madre. Por un lado, con sus padres vivían en una hacienda y cuando estaban ahí comenzó la violencia política en los años 1970, empezando a concientizar a las comunidades con engaños. Uno de ellos se recuerda que decían que iba a haber la igualdad para todos y también decían que no podían robar ni una aguja. Sin embargo, cuando llega el año 1980, ya empiezan a pedir de la gente humilde que apoyen con los víveres como ropas y zapatillas, e incluso cuando hacían cuadradera, ya empezaban a quitarles las zapatillas, casacas, arroz, azúcares y otros aparatos.

Después, empiezan a quemar carros y a matar a la gente. Ella se recuerda que en la comunidad de Tincuy, quemaron a un Volvo con cargamento de café de la Cooperativa Quinacho. Así empiezan a maltratar y afectar a los campesinos. Además empezaban a reclutar para que puedan caminar en compañía de ellos. Además, ella se recuerda que una vecina le ha contado que a ella también querían llevarle. Desde entonces, empezó a vivir con miedo, escapándose por aquí y por allá. Algunas noches, pasaba sin dormir, con el miedo, y a veces sin comer porque trataba de escapar para no participar en las luchas, e incluso a ella le dijeron personalmente que tenía que ir a luchar. Decía «vamos a luchar hasta los últimos», pero ella tenía miedo porque algunos vecinos fueron reclutados y después no regresaban nunca más. Sólo decían que murió en tal sitio, incluso algunos de esos reclutas lo mataban ellos mismos cuando no querían participar en la lucha de ellos.

Ella se recuerda como si fuera ayer. En realidad, vivir en ese tiempo era tan difícil porque mataban sin miedo alguno a la gente. Se recuerda que en una ocasión, viajaba a la ciudad de Ayacucho, en eso ha visto una novedad jamás vista, que a una señora le han matado sacando su pierna derecha del rincón y también habían cortado sus senos, y en otra ocasión también han quemado a tres vigilantes en un torreón, echando kerosene en sus manos y sus pies, se los habían quemado. Sólo quedaba el cuerpo.

Así accionaban los Senderos Luminosos, dice ella, y otro que había matado a una familia completa, despedazada por completo con hachas, cuchillos y armas. Les mataron los marinos a siete miembros de la familia, quienes eran el Sr. Julián Quispe Jeri y su esposa Teresa Soto Villanueva y sus hijos. Eran de la comunidad de Tanta Ccocha. En total fueron 22 personas, y sin asco y sin miedo mataron en caminos y huaycos, por todas partes mataban a las personas inocentes, incluso a ella también la estarían matando hasta en los sueños. Después de tanta matanza, empiezan a organizarse como montoneros. Salían en cantidades de personas también matando a la gente y saqueando a las personas o comunidades, inculcando de que eran Sendero –

*“La Kimera del Estado y Sendero”
Autor: Reynaldo Cabrera Llantoy
Carapo, Huancasancos*



eso comenzó en Carhuahuran – y a sus animales. En esos tiempos, también han disparado en su pierna derecha al Sr. Santiago Gómez Soto, quien ahora camina pidiendo limosna diario y también no tiene su casa donde alojarse. Sólo cuenta con una pequeña chocita de plástico.

Enseguida la defensa civil comenzó a organizarse de comunidad en comunidad, comenzando en la selva y poco a poco llegó a las cejas de la sierra y las mujeres seguían sufriendo, ella personalmente, en el sentido de las formaciones que hacen a cualquier hora del día o de la noche. No les perdonaba, e incluso cuando hacían tarde, se les castigaba con callejón oscuro, tirando con la ortiga, con correa y látigos, donde ella pasó en tres oportunidades por tardanza. «Además, cuando se organiza la defensa civil seguimos utilizados para poner plata y comprar los armamentos y municiones y cuando hacíamos los campeonatos para recaudar fondos y para las patrullas, nos hacían poner, si no, nos castigaban con el pago doble y también con detención hasta que cumplamos con el pago.»

Entonces no ha disminuido el sufrimiento y el gasto económico. Sí han sufrido de comida, ropa y postergados en sus estudios. Uno es que sus vidas de cada uno de ellos estaban en peligro. Por eso hacían la vigilancia de día y de noche y en la formación también tenían que estar puntuales. En caso que no fuera así, el castigo era físico, como el plantón, de pararse de una a cinco horas, pararse sin mover o correr de una a diez vueltas alrededor del campo de formación en sus comunidades, o hacer planchas, ranas, polichilenas, trompo, y entonces en las formaciones tenían que estar con un solo toque del pito o silbato.

Con sus lanzas, palos o con los cuchillos también eran castigados tanto las mujeres y los varones. Por otra parte, las mujeres han sido ultrajadas sexualmente, no sólo por Sendero, sino también por parte de los militares y los marinos. Por tal razón hay las personas que no cuentan con partida ni DNI. La gente sigue sufriendo y a la vez son enfermos psicológicamente por tanto mirar las cosas malas como las matanzas a la gente en los huaycos, barrancos, algunos despedazados, y otros destrozada la

cabeza con hachas y cuchillos, otros degollado el cuello, y otros sacados los ojos, la lengua, otros en torreones de vigilancia, y los otros en sus chacras. Y sus bienes de las víctimas fueron apropiados por parte de Sendero, también de los marinos. Tantas calamidades han pasado, no sólo los varones, sino también las mujeres.

Por ejemplo, en Carhuaccpata, mataron 35 patrullas el día 24 de diciembre de 1984. Los culpables fueron los marinos. Entonces ¿cuántas viudas quedaron? Y ¿cuántos niños huérfanos? Una situación que enfrentan las mujeres es que afrontan ser madre y padre. Las mujeres desempeñan un rol muy importante desde más antes de la violencia y después de la guerra. Es lo mismo actualmente. La Sra. Toribia, como madre, cuando un vecino le invita un pan, no puede comer sola. Siempre lleva a su casa y comparte con su hija, y dice «seguiré contando mi historia», como lo decía en el principio.

Pasa la violencia llorando, escapando, gastando el dinero hasta como por gusto. Después, ella se casó en 1997, un 4 de agosto. Por lo tanto, ella tiene casada once años. Dentro de once años casada, tiene una hija que se llama Yesenia. Como tiene su hija, ella tiene que trabajar constantemente día y noche.

Su trabajo consiste en vender comidas semana tras semana. En las mañanas, se levanta a las dos de la mañana para cocinar y vender temprano, y de día tiene que trabajar en la chacra para tener algo en la casa y así se esfuerza. Usted se preguntará por qué. Porque su esposo de ella es inválido. A causa de la violencia, fue amputada su pierna derecha y así vive su esposo de ella desde hace 18 años. Fue amputado el 27 de febrero de 1990, cuando era un gran agricultor, pero después de su accidente dejó de ser agricultor. Después empezó a vivir buscando en la basura los zapatos que botaban. Con eso hacía parches de los zapatos rotos o malogrados.

Entonces, por ayudar a su esposo, como ella fue sufrida, compadece con él. Por eso trabaja de una manera seguida, seguirá siendo en ayuda de su esposo y de su única hija, y también está esforzándose por aprender a leer y a escribir. Gracias al PRONAMA o programa de alfabetización, ya aprendió por lo menos a leer un poco. Por otra parte, le alegra a ella y dice ella que su hija ya no será como su madre, tan atrasada y engañada.

Su esposo también se esfuerza para llevar a la casa una moneda y ella también igual, y juntando los dos, ya tienen para sobrevivir. Su esposo de ella trabaja en zapatería, pero es a pulso y no cuenta con ninguna máquina de coser. Cuando se encontraba en ese extremo, ella trató de buscar algún alivio cuando apareció el programa JUNTOS, pero en eso también no es considerada. Ahí se da cuenta que todo ello es un engaño. En si no es para los pobres que realmente lo merecen, es más para las personas sanas

y de tener. Por eso, cuando son sanos y de tener, reciben, pero como ella ha sido pobre desde la niñez, no hay ningún apoyo. Hasta los inválidos, tiene que ser leve. Ellos sí son los primeros considerados. Sin embargo, les engañan con los requisitos, hay que ser pobres y tener hijos menores. Sin embargo, ella fue pobre desde la niñez, hasta de sus padres, y su esposo también es pobre. Hasta viven de los basurales.

Tiene una niña de dos años con seis meses de edad. No la consideran a la pobre madre. «¿Eso es justicia?» se pregunta ella. De todo ello, ella se enseña que es una mentira, pero ella misma se esfuerza sufriendo de frío, de sueño. Ahí sí tiene lo que ella necesita, eso dice a pesar de tanto sufrimiento que ha pasado. «Para las mujeres víctimas, no hay ningún apoyo. Hasta hemos sacrificado nuestra vida para lograr la pacificación de la nación, hasta las mujeres quedaron inválidas y muertas.» Ella tiene un claro recuerdo de la señora Francisca Suyque Tello, que quedo inválida y después de sufrir mucho, murió con cáncer. Pero de ella no se recuerda nadie, ni el gobierno, ni los congresistas, ni los alcaldes, sólo son inteligentes para obligar a las elecciones, incluso dan multas cuando por alguna razón no han podido acudir a las elecciones o sufragio. Sin embargo, cualquier candidato entra con el engaño a los pobres y cuando pueden hacer gestiones, ni siquiera a las oficinas de las aduanas para pedir ropas de segunda, así menciona ella.

Ahora las reparaciones colectivas también es un chiste, porque primero comienzan a plantar los cementos y hacer obras en las comunidades. Ni siquiera pueden trabajar los inválidos, ni las viudas. Sólo aprovechan las personas sanas, que pueden tomar cervezas caja por caja, como el acalde, que sólo hace las fiestas patronales comprando 180 a 200 cajas de cerveza y reventando miles y millones de cohetes, como si costara un cohete 10 centavos.

Pero para los pobres, no pueden hacer nada absolutamente. Por otra parte, los políticos tienen colores, amarillo, rojo y blanco, y si tienes otro color, no te aceptan ni siquiera cualquier trabajo. El primer obstáculo es el color político, otro es el analfabetismo, entonces quedamos sin derecho ni para trabajo, ni para vivienda, mucho menos para vivir como una persona bien alimentada. Hasta los pobres sólo existen en la capital, pero en las provincias no. En la capital, por lo menos ingresan los programas Mi Vivienda y Techo Propio, lo cual en las provincias más pobres no existe. Pero hay una persona que se interesa por todas las personas por igual, es Jehová, Dios que nos da el camino para transitar libremente y también el agua, el sol sin precio alguno y es para todos, mientras las autoridades sólo se preocupan por llenar sus bolsillos y su barriga. Ella, personalmente, ya no tiene esperanzas en las autoridades, más bien cuenta con ella misma para sobrevivir. Es todo lo que puedo contar sobre su pequeña historia, desde el fondo de sus sufrimientos que vivió en carne propia.

MUJERES QUE SUFRIERON EN EL TERRORISMO DE 1980

Por: Liliana Ruiz Cisneros, Huanta

En el año 1980, llegaron los guerrilleros a las diferentes comunidades del distrito de San José de Santillana. En ese momento, recogieron a las campesinas, niñas y adolescentes y luego se las llevaron amenazándolas y haciéndoles creer que si no iban, iban a matar a toda su familia y todas las mujeres hicieron caso.

Algunas mujeres escaparon, dejando sus bienes, animales, chacras de cultivo, en ruta de la selva a buscar la paz, porque todavía no había entrado el Sendero Luminoso a la selva. Las mujeres llevando a sus hijos salieron hacia la selva del distrito de Santillana.

Las campesinas tenían que trabajar para alimentar a sus hijos, para vivir, pero ellas pensaban que ya habían salido del peligro. Después pasaron dos años y hubo comentario que ya había entrado el Sendero o tucucos a la selva ayacuchana para atacar. Entonces se asustaron y comenzaron a atacar primero a la policía, en cuanto que mataron a los policías. Luego de ese terrible caos, recogieron a todas las mamás y les dijeron que «nosotros les vamos a defender y vamos a luchar para que los policías no les hagan nada y nosotros ganaremos y llegaremos al poder comunista.» Y hablaron los tucos con nosotros. «No subirán las cosas,» así comentaban los tucos, engañando a las mamás, humildes campesinas pobres, y todas fueron amenazadas que no salieran de su comunidad. Las tenían como rehenes, encerradas para que no salieran a las ferias, mucho menos al pueblo, porque las iban a tratar de soplos a las mujeres.

Y de largo mes llegaron los militares a ese dicho lugar para atacar a Sendero, pero no mataron a los tucos sino que se enfrentaron con las humildes campesinas inocentes. Fueron asesinadas a mano fría, diciéndoles que «ustedes son tucucas comunistas, que ustedes eran compinches», y mataron a miles de campesinas inocentes que ni siquiera tenían la culpa de nada, pero así la ignorancia de los militares, ellos fueron quienes atacaron a las mujeres.

Después del trágico hecho, se calmaron las matanzas y algunas campesinas que vivieron trataron de escapar al monte y los tucos escaparon a otro lugar. Y las

“Dos fuerzas, dos mundos”
 Autor: Horacio Hurtado Delgado
 Ayacucho

campesinas que se encontraban en el monte no tenían nada que comer, y hasta tenían que comer pepas de frutos, hasta insectos, tomando agua turbia, durmiendo en bajo de cerros, debajo de árboles, y varios niños murieron de hambre, de frío. Al no tener agua, tenían que morir ancianas, señoras y gran cantidad de niñas como niños. En cuanto al terrible hecho, ellas se cuidaban de los militares y hasta ya no caminaban sin documentos porque las detenían los militares y los tucos y las mataban.



Ya después del trágico hecho, las mujeres fueron muy abusadas y maltratadas y comenzaron a organizarse y fueron donde los militares llevando una bandera blanca en símbolo de paz y todavía escogieron a algunas mamás y fueron llevadas y nunca más aparecieron hasta hoy día. Ya nunca supimos de ellas y sólo pedimos justicia. Ya no queremos volver a sufrir más y no queremos volver a recordar esa historia trágica.

«¡No a la violencia! ¡No al abuso de personas inocentes!»

VIVENCIA DE MARIA SANTAFÉ LEÓN

Por: Maria Santafé León, La Mar

Yo empiezo mi narración. Me casé a los treinta años y después de casada, criamos a mi padre. Vivíamos bien. Él era huérfano y yo también, y como tal vivíamos bien una vida armoniosa. Tenemos doce ahijados de matrimonio. Luego apareció la cooperativa y él era autoridad y caminaba haciendo gestión. Yo no me metía en nada, sólo estaba en casa con mis hijos. Luego apareció Sendero y nosotros estábamos tranquilos. En el año 1984, sacó de mi casa a mi esposo a las siete de la mañana, haciéndose pasar por otra persona. Llevaron de mi comunidad a veinte personas, incluido a mi esposo, y cuando yo reclamé de mi esposo, diciendo «¿por qué llevas a mi esposo? ¿acaso nosotros somos terrucos?» sacó un cuchillo y me cortó el labio superior. A todas estas personas, se las llevaron rumbo a Chorrobamba y en esa comunidad quemaron casas y les mandaron a hacer física en Tranca Pampa. Cuando ya no podían pararse, los terminaron a patadas, los llevaron hasta Chacco y los encerraron en una casa. A las tres de la tarde, los hicieron formar al borde del barranco y previo a quitarles la ropa los dispararon a todos. De aquí, de San Miguel, el teniente juntamente con los de la Marina fueron a rescatarlos y sólo encontraron a cinco viejitos, a los que hicieron regresar para nuestra comunidad.

Desde allí empezó mi sufrimiento, quedando muchos niños huérfanos y algunos de pena y sufrimiento porque no teníamos nada que comer. Morían, lloraban, y de acuerdo a nuestro tiempo trabajábamos para un poco de trigo, de maíz para con eso hacer comer a nuestros hijos. Para esa época todas las cosas subían de precio, y como nuestros hijos lloraban pidiendo desayuno, nosotras endulzábamos el mate con los frutos del molle y con eso endulzábamos el agua para hacer el pan para que comieran los niños.

En el 85, fui elegida comando de las ronderas. Hacía formar y ordenaba para que hagan los turnos de vigilancia y también salíamos de patrulla. Tenía que estar al frente de todas. Sufríamos mucho, los niños también, porque juntamente con nosotros ellos estaban, comidos o no comidos, porque nadie nos apoyaba.

Y en el 86, empecé a organizar el Club de Madres y solicitábamos alimentos a las autoridades. De esa manera, hemos sostenido a los niños, viudas, cuidado a los

“Lágrimas de dolor y el nuevo amanecer”
Autor: Blanca Ircañaupa Huamani
Huancavelica



jóvenes, porque los senderistas nos robaban, y por otro lado, los niños hacían patrulla desde los nueve años hasta los trece años, y los niños de siete, ocho años hacían vigilancia y los jóvenes de catorce a diecinueve años salían de patrulla porque no había muchos hombres adultos. Los niños también participaban en las vigilancias. Entre las ronderas y el Club de Madres que había organizado, empecé a trabajar con ellas, trabajando para tratar de sobresalir y sacar adelante a mis hijos, dándoles buenos consejos para que sean hombres de bien, y yo tratando de sacar adelante a mi organización, gestionando cosas para que mis socias tengan algo de ropa y comida, asistiendo a las reuniones como organización, participando como rondera en las reuniones, en los desfiles, en todo lo que nos solicitaban. Así formamos más clubes y hasta formamos nuestra federación. Yo sólo trabajaba en la organización hasta que todo se tranquilizó. Dejé de ser dirigente del Club de Madres, pero como socia seguía trabajando activamente, asesorando a mi presidenta y a la autoridad varón de mi comunidad. Después de un descanso, nuevamente me eligieron como presidenta. Según las capacitaciones que recibía, trabajaba con mis socias, solicitando a los dirigentes de mi comunidad para que nos dieran cochinilla para cosechar y tener fondos. También sembrábamos zapallos y luego de realizar la cosecha, la mitad del dinero quedaba para el fondo y con la otra mitad se compraba víveres y nos repartíamos en partes iguales entre todas las socias.

Con la participación de nuestra autoridad, nuestra presidenta provincial, nos traía a personas de diferentes instituciones para que vean lo que trabajábamos. Nos entrevistaban, nos tomaban fotos. En los presupuestos participativos, logré la suma de 10,000 nuevos soles para el trabajo de artesanía en telar y tejidos, por lo que estamos trabajando haciendo frazadas, chompas y vendemos en las ferias y de igual forma participo en las ferias regionales de Semana Santa y en las diferentes ferias que hay en mi provincia. Asimismo, de acuerdo a mi participación en los eventos y capacitaciones, he sido elegida regidora de mi centro poblado y sigo ejerciendo en la

actualidad. Asimismo, apoyo activamente en las diferentes actividades. Soy promotora defensora de mi comunidad, parte de la DEPROMUNA, en la que estamos trabajando lo que es la violencia familiar.

En la actualidad estoy participando en el grupo de seguimiento de lo que son las políticas públicas, pero como soy analfabeta, tengo que ir juntamente con mi nieta para que ella escriba todo lo que se hace o habla en las reuniones. Tengo a mis hijos en Lima que son profesionales. Con mucho sacrificio los he educado dentro de mi pobreza y mi trabajo organizacional. El otro de mi hijo que está a mi lado fue presidente de la comunidad y en la actualidad es fiscalizador del alcantarillado.

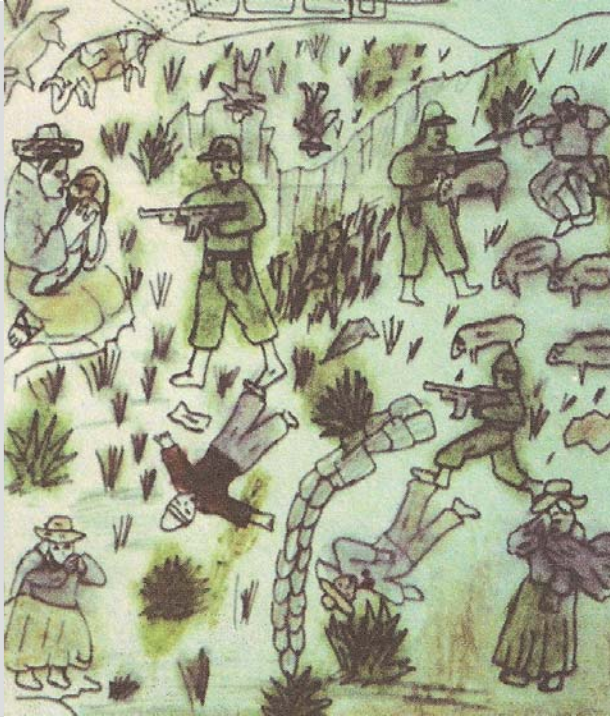
TIEMPO DE PELIGRO

Por: Elvira Tinoco de Mendoza, Huanta

Yo me llamo Elvira Tinoco de Mendoza. Tengo 51 años, casada con Augusto Mendoza Garibay, con 7 hijos: 4 mujeres y 3 varones. Vivo en el pago de Cangari, distrito de Iguaín, provincia de Huanta. Doy gracias a la Asociación Servicios Rurales y al Instituto de Investigación y Promoción de Desarrollo y Paz en Ayacucho, y al proyecto «Reconocimiento de derechos de mujeres ayacuchanas afectadas por el conflicto armado». Me presento al concurso «Mujeres constructoras de la paz» y relato mi vivencia y trabajo por mi familia y comunidad.

En el tiempo de terrorismo, yo viví muchas cosas como: hambre, pobreza, frío, matanza, torturas, abusos físicos, psicológicos por parte de los dos bandos, como terrorismo y militares que eran los sinchis. Yo personalmente sufrí y los viví en carne propia. En el año 90, en el mes de marzo, abril, yo tenía de 7 a 8 meses de gestación con mi penúltimo hijo. Me sacaron de mi casa los militares y los ronderos y me llevaron a una escuela donde toda la comunidad estaba reunida, donde ahí estaban maltratando a toda la comunidad. En todo el trayecto yo iba rezando, orando por todos. También a mi padre anciano lo sacaron de su chacra descalzo. Al encontrarme y verlo así a mi padre, me partió el alma y les supliqué que lo dejaran ponerse el zapato, pero lo llevaron sin piedad. A unas cuadras después, por tanta súplica que di, lo dejaron, pero a mi no quisieron que me quedara. Me llevaron a la escuela donde los tenían a los demás campesinos, ahí los tenían torturados y golpeados a toda la gente de dos comunidades: Cangari y Chihua.

Cuando llegué, los marinos me entregaron a los navales, y al verme me prendí y me dijeron camarada, confundíendome con una terrorista llamada Maribel. Por su embarazo fui confundida. En ese tiempo, yo también estaba embarazada. Me maltrataron y me dieron una cachetada en la cara, puñete en mi barriga, diciéndome que dónde está Raúl, que era su pareja de esa mujer. Yo les respondí que no lo conocía, pero ellos me insistían y me mandaban palabras vulgares y otra vez me pegaron un puñete en mi barriga, diciéndome eso de quién era, o sea mi hijo que estaba en mis entrañas, y yo les respondí que era de mi esposo Augusto, que es su padre, les dije. «Ah, no hablas, ahora vas a hablar» y me golpearon en el pecho con la culata de su arma y tampoco dije nada. Y me dijo «ah no hablas, ahora vas a



“Sin título”

Autor: Isabel Marquina Sulca

hablar mierda,» me dijo, y luego apunto su arma en mi cabeza y disparó al aire. Tampoco no hablé y me dijo con palabras más fuertes que me iba a cortar la lengua. En ese momento, llegaron en un carro más navales y ronderos y les dijeron que nos retiraran de ese lugar. Los maltratos físicos y psicológicos seguían por parte de los ronderos, que eran organizados antes por los militares. Luego la comunidad

también se organizó. Después de esa reunión, regresé a mi casa y encontré a mis hijos llorando. Lo único que hacía era agarrar a mis hijos y orar, pedir a Dios que nos ayudara y nos protegiera de cualquier peligro. Todos los vecinos y comunidades rezábamos en el templo y rezábamos el santo rosario.

Pasaban días y todo era igual, no había paz. Después nos hicieron llamar al cuartel de Castropampa a todos los padronados de las comunidades de 12 años para arriba, y yo obediente fui llevando a mis dos hijas de 15 y 13 años. Cuando llegamos nos hicieron formar por comunidades en pleno sol, esperando que llegara el centurión, que era un civil que comandaba y organizaba. Luego llegó y empezó a pedir documentos. Como mis hijas no tenían, las sacaron adelante diciéndole a una de mis hijas camarada Maribel, por que mi hija era llamada Maribel y la otra de mi hija se llamaba Reyna. También la sacaron, diciéndole hermana de camarada, y a otros jovencitos más, y los tenían castigados por horas delante de nosotros, en planchas, canguros y palos. No tenían piedad ni al ver como lloraban mis hijas y otros más. Les decían colaboradores, terroristas y los maltrataban física y psicológicamente, luego los llevaban adentro del cuartel y los metían a un hueco y reventaban en la puerta una bomba y todos ellos salían lleno de polvo, pisoteándose, llorando, tragando polvo por salvarse. Y después a todos los campesinos nos llevaban al huayco dentro de las tunas, pencas, cabuyas, piedras y nos decían «cuento hasta 3 y desaparecen», y todos salíamos corriendo. No sentíamos nada, ni espinas, ni piedras, ni pisotones, corríamos por salvarnos porque nos iban a botar una bomba y yo corría con mi embarazo de ocho meses.

Pasaron muchos días y por fin nos organizamos con mucho miedo y nos agrupamos dos comunidades en un cerro y dormíamos con toda nuestra familia en campamentos, ya fuera de nuestra casa. Todos decíamos que aquí ya moriremos, pero el señor todopoderoso nos protegía. Estábamos a medio kilómetro de nuestras casas, ahí agrupados estábamos las comunidades de Cangari y Viru Viru, donde hemos luchado de cuatro a cinco años, hasta que se pacifique. Durante ese tiempo, donde sufrimos tres ataques por parte de Sendero, por el favor de Dios no hubo muertos. Nos insultaban y gritaban que nos harían polvo, quemaban cercos, disparaban, las balas pasaban por nuestras cabezas. Lo que hacíamos era orar y orar, todos tirados en el suelo con nuestras familias, pero el señor todopoderoso nos liberó del peligro. Donde la comunidad sigue hasta ahora con ese agradecimiento, seguimos con nuestro santo rosario. Gracias al señor todopoderoso que nos mandó a sus siervas de tan lejos para conducirnos en Cristo Jesús, que son las madres coreanas.

En ese tiempo de peligro, perdimos familias, vecinos, amigos, animales antes de organizarnos y cuando nos fuimos al campamento, se llevaron cosas de nuestras casas, animales, ropas, víveres. Durante cuatro a cinco años, hemos sufrido hambre, frío, malas noches, sufrimiento día y noche, no había fin. Por eso recordando lo pasado no quisiéramos que vuelva más.

APARICIÓN DE TERRORISTAS EN 1983 EN LA SELVA

Por: Narciso Vélarde Leandro, La Mar

Un día aparecieron, en el mes de junio 1983, en la comunidad, en cantidad de 50 personas armadas que nos hicieron recoger cosas personales a toda la comunidad y a todas las autoridades comunales y luego pidieron el libro de actas e igual de la escuela sus documentos. Luego delante de ellos los han quemado y nos obligaron a no organizarnos en contra del partido ni a hacer vigilancia. Nos advirtió él que incentiva, «nosotros vamos a matar,» diciendo. De ahí empezaron contradicciones, venganzas, enemistades. Empezaron a apropiarse los bienes de otra gente, como su terreno, sus casas, animales y hacerles matar, desconociendo sus políticas. Después, pasados estos hechos, atacaron los terroristas los tres puestos de vigilancia con armas como Esnay y Maucer, pero nos hemos defendido sólo con huaraca. Ahí no hubo ni un muerto, porque ellos vinieron con trapo blanco amarrado en su cabeza.

Operativo o patrullas internos

La comunidad de Gloria Pata hacíamos patrullas en nuestra jurisdicción cada tres días, siempre armados con huache, huaracas y marocas, buscando huellas del enemigo por donde transite. Sólo quedaban de vigilantes las mujeres y sólo varones eran rondantes. Duraba el operativo todo el día bajo el mandato del comandante Tigre y el presidente titular Alberto Zamora (Q.E.P.D.). En ese tiempo no hemos encontrado buen vivir, ni bien comer, trabajar ni dormir. Vivíamos muy desesperados, cuidando del enemigo, porque a veces venían a la chacra diciendo «compañeros, trabajen tranquilo, nosotros sólo buscamos a los yana umas» y nos obligaban a dar colaboración en dinero, ropa, zapatos. Nos obligaban a sembrar yuca, maíz y arroz. Ya no querían que plantemos cacao, café ni coca y nos obligaban a luchar contra la pobreza y luchar hasta la muerte contra los yankis, nos decían, y después empezaron a reclutar a malas.

Formación de mujeres y hombres

En el patio de la comunidad, como de costumbre, cada tarde a las 5 de la tarde, por las mañanas a las 5 de la mañana, siempre cubriendo con vigilantes en los tres

sectores, el sector vistoso, el sector santuario y el sector misquichayuq, había en cada puesto cinco hombres con diferentes señas – Braco – llamadas «luz» para contestar a los rondantes. Los vigilantes portábamos armas de calibre 16, hechizos, marocas, huaches, huaracas y piedras en la bolsa para defender a los enemigos de la subversión criminal. En la formación, pasamos lista de cada sector los vocales y demás jefes de grupo, en revisión de armamentos. En caso de que no se tiene, se castiga físicamente con planchas, ranas, polichinelas y luego se disculpan a sí mismos. Los vocales llaman lista y si no están presentes, ponen falta y también castiga el comando general de la comunidad.

Verificación de bases o comuneros

Durante la lucha contra la subversión, hemos verificado a las personas implicadas, responsables o encargadas de la subversión. Los miembros del CAD tomaban sus declaraciones y luego se mandaba a la coordinación sede Rinconada para poder dar solución o para mandar a la sede principal de Pichihuillca. De esa manera, hemos limpiado sobre dichos sujetos para vivir en paz y encontrar la libertad y pacificación a nivel del valle y en cada comunidad, pero gracias a nuestras comunidades, por haberse organizado en contra de la subversión y luchar contra ellos, encontramos la pacificación a nivel departamental de Ayacucho. Más bien el gobierno de la República que nos agradezca, que hemos buscado una pacificación derramando nuestra sangre y perdiendo nuestros bienes.

Ojalá que no vuelvan esos malos elementos en los tiempos futuros y agradecemos a los representantes de SER que nos apoyan en todo.

Vivencia de viudas o mujeres

En el tiempo del movimiento terrorista, hemos vivido muy oprimidos por los terroristas y los miembros de los comités de autodefensa. Manipulados por los presidentes zonales, salíamos a los operativos por quince días a los cerros en busca de terroristas en un grupo de 50 de cada pago y a nivel del valle 5000 hombres fuertemente armados con armas, hechizos, marocas, huaches de punta. Las viudas vivieron escatimando su economía, alimentos, vestidos. Caminaban haciendo de peonas para los que tienen cosecha de cacao, cosecha de café y plantación de cube. Luego, ayudábamos a los de la comunidad económicamente y las mujeres también participaron al igual que los hombres en la vigilancia, en dos turnos con su respectivo armamento, y muchos quedaron huérfanos de padre a causa de la muerte. También, en la época de la violencia, murieron 50 niños con sarampión; diario morían cinco, dos, uno, seis, y así sucesivamente. No había quien apoye.

Lucha y sacrificio

En tiempo de lucha contra terroristas, hemos luchado, dejando los trabajos de las chacras en busca de la pacificación, derramando nuestra sangre, perdiendo la vida de la juventud y dejando nuestros hijos abandonados, a veces sin comer, sin dormir, sin plata. Hemos hecho un sacrificio de lucha para vencer los malos elementos durante la época de lucha contra la libertad campesina, pero el gobierno peruano no nos daba ni recompensa a los pobres luchadores. Sólo nosotros nos defendíamos por nuestra propia cuenta, prestándonos dinero, fiándonos de las tiendas. A las chacras también salíamos sellados en la mano derecha, pero se borraba. Se salía dando hora de acuerdo a la distancia, media hora, una hora, dos horas, y en caso de tardanza se daba su sanción respectiva. La formación de hombres y mujeres era a la hora exacta. En caso de tardanza castigaban físicamente. Hacíamos tipo ejército para defendernos de la subversión.

El homicidio

El día 5 de febrero de 1989, a las 5 de la mañana, entraron en la comunidad de Gloria Pata un grupo de terroristas armados con FAL, pistolas, revólveres calibre 16, en cantidad de 200 personas, puros muchachos o jóvenes, mezclados entre varones y mujeres.

Nos atacaron haciendo formar primero a la vigilancia. Mataron a cinco hombres con cuchillo, y luego quemaron el puesto de vigilancia que estaba hecho de ichu. El resto

avanzó rodeando alrededor de ambas partes, ganando a las personas al que encontraba, matando y quemando casas, sacando de las tiendas víveres como gaseosa, fideos, atún y echando insecticidas a las sobras. En la parte baja, mataron a tres personas con bala. Ahí murieron Héctor Rodríguez Moreyra, Edgar Márquez Paucar, Félix Oriundo Mucha, Raydo Quintero La Torre, Renán Paucar Chávez, más dos peones desconocidos. Resultaron heridas las siguientes personas: Oscar Velarde Leandro, Severino Gutiérrez Velarde, Marcelino Zamora, Guillermo



*"Masacre en Miraflores"
Autor: Lauro Rimachi Ponce
Chincho*

Rimachi Huachaca y Raúl Cahuín Morales. Y empezó a enfrentar el comando Tigre con granadas de guerra y recién se escaparon hacia el Sello de Oro.

Patrullas especiales durante la época de la violencia

Las patrullas militares hemos formado muchas víctimas de muerte a los ex militares y jóvenes selectos para militares para descubrir los cuarteles de la subversión en las zonas de Cielo Punku, Villarrica, Moccopata, Sello de Oro, Cedro Cucho y otros. Los muchachos selectos lucharon entregando sus vidas, pero fueron pagados en cada comunidad lo que corresponde para encontrar pacificación y repoblar nuevamente a las chacras abandonadas por los que se han ido a Lima, Ayacucho y otros lugares. También han regresado y ahora tranquilos están trabajando gracias a los luchadores.

Las mujeres y su trabajo en la época de la violencia

Las mujeres, en la época de la violencia, vivieron trabajando de peonas para las personas que tenían su cosecha de cacao, café y cube, ganando su jornal de 10 nuevos soles para sostener a sus hijos y para su educación trabajaron como hombre. Cuando ya no tenían su esposo, se vestían con ropa negra hasta el aniversario de su esposo y se defendían en la lucha. Cuando entraron los terroristas, peor se rebelaron cuando hubo muerte con los terroristas. Ellas también armaron sus defensas con huaches, huaracas, marocas, al igual con los varones. Se formaron también en el campo de formación, formando su jefe de grupos y vigilancia, día y noche igual que los varones. Desde esta fecha, salieron a buscar su vida, reclamando sus derechos ante las autoridades competentes y vivieron junto con sus hijos. Ellas se mantuvieron así, apoyando diariamente al que tenía voluntad. Ayudaban gratuitamente, de esa manera defendieron sus familias las mujeres.

Las mujeres: costumbre, vigilancia y patrulla interna

Las mujeres, en el tiempo de la violencia, vivieron muy asustadas por los terroristas y ellas también acompañaban diario a las patrullas en la jurisdicción con sus huaches, marocas, y de igual modo en la vigilancia, turnándose cada dos horas hasta el amanecer con una señal, un trapo blanco amarrado en la cabeza y a veces un trapo celeste en la mano derecha. Si no era así, era enemigo. Y hacía ronda otro grupo de mujeres, dirigiendo una comanda de mujeres. En caso de incumplimiento, se sancionaba físicamente. Cuando venían de otros pagos, las patrullas cocinaban en una olla grande para todas, recolectando arroz, yuca y otros alimentos. Eso fue costumbre en esa época de la violencia. Han quedado las mujeres muy pobres económicamente, pero aprendieron a vivir como hombres y educar a sus hijos, haciendo lo posible.

CANCIONES

PRIMER PUESTO

MAMÁ CRISTINA

Por: Ramiro Porras Pino, Huanta

Mamá Cristina Waqachkan intita killata tapurikuspa
Mamá Cristina llakichkan orqota, qasata tapurikuspa
Mientras ramirucha wawan takita takipakuchkan
Como paloma silvestre, prisionero de su tiempo (bis)
Amaña waqaychu madre kuyasqa wawaykiqa kutimunqam
Amaña waqaychu madre wayllusqa wawaykiqa vueltamunqan
Cruzando yawar mayuta entre cantos triunfales
Con la sonrisa de siempre que en tu pecho llevaste
Hasta la naturaleza mamallay sabe de tus sufrimientos
Por eso lloro contigo mamallay este momento tan triste
Pero mañana el viento despejará el camino
El camino sinuoso hacia la tierra prometida
Ama waqaychu kuyay mamallay
Ama llakiychu kuyay mamallay
Nuestra casita de ichu se llenará de alegría cuando tus hijos retornen, a morar en
tu regazo (bis)

(Traducción)

Mamá Cristina está llorando preguntando al sol y a la luna
Mamá Cristina está llorando preguntando al cerro y a la nevada
Mientras su hijo Ramiro viene trabajando cantando música

Como paloma silvestre prisionera de su tiempo (bis)

Ya no llores, madre querida, tu hijo va a volver

Ya no llores, madre querida, tu hijo va a retornar

Cruzando un río de sangre entre cantos triunfales

Con la sonrisa de siempre que en tu pecho llevaste

Hasta la naturaleza madre sabe de tus sufrimientos

Por eso lloro contigo, madre, este momento tan triste

Pero mañana el viento despejará el camino

El camino sinuoso hacia la tierra prometida

No llores, querida mamá

No sufras, querida mamá

Nuestra casita de paja se llenará de alegría cuando tus hijos retornen, a morar en
tu regazo (bis)

SEGUNDO PUESTO

MUJER VALIENTE

Por: Aracely Gutierrez Marallano, Huanta

Mil novecientos ochenta y cuatro
Bombas y balas y las metralas,
Se apoderaron de este pueblo
¡Ay! Causando muertes injustas... (bis)

Yo siendo madre con mis cuatro hijos
Busqué refugio ante el peligro,
La paz de Huanta se habría ido
¡Ay! Causando muertes injustas... (bis)

Parte musical

Un día jueves en la madrugada
Tropas y botas y los fusiles
Lo ajusticiaron a mi marido
¡Ay! Al hombre que tanto amaba... (bis)

Ahora sufro y lloro mis penas
Desamparada y sin consuelo,
Entre mis sueños busco justicia
¡Ay! Para mi querido ayllu... (bis)

Fuga

Logremos paz y felicidad,
Viva mi pueblo, Viva el Perú
Mujer valiente de corazón
Ya no volvamos hacia atrás (bis)
Sigamos siempre adelante
Pueblo de Huanta triunfará

TERCER PUESTO

LLAKITAKIY

Por: Filomena Medina Guillén, La Mar

Mariposacha tukuykuspa
 Kachicachicha tukuykuspa
 Wasichallaykuman chayaykamurqayki
 Manarikukuq tukuspayki
 Raprachallaypi sarurullawanki
 Rikrachallayta pakirqullawanki
 Ochenta y tres, ochenta y cuatro
 Ima wataraq chay llaywata karqa
 Wakna niraqlla waqallananchikpaq
 Sapa chayta yuyariptiyimi sunquchallaypas qinallaraq nanan
 Chuchin llaqtaman yaykuramuspan
 Llapa subversivo mamayta wañuchin
 Llaqtamasiyta wakinta chinkachin
 Imamantaraq warmi karanchik
 Waknaniraylla llakillananchikpaq
 Waknaniraylla waqallananchikpaq
 Chay waqayllayta amiruspayku
 Chay llakiyllata amiruspayku
 Llapa warmikuna organizakuniku
 Chay llakillata chinkachinaykupaq

Fuga

Icha chaynachu
 Icha manachu
 Icha ñañallay llullakullaykichu
 Chayta nispaymi ñuqa lucharqani
 Manaña masta waqallananchikpaq

(Traducción)

Creyendo ser mariposa
Creyendo ser libélula
Llegaste a nuestras casas
Simulando no vernos
En mis alas me pisaste
Me rompiste las alas
Ochenta y tres, ochenta y cuatro
Que año habrá sido ese año
Así para que sufriéramos
Cada vez que recuerdo aún duele mi corazón
Entrando al pueblo de Chuchin
Los subversivos mataron a mi mamá
Desaparecieron a algunos compoblanos
Porque habremos sido mujeres
Para sufrir tanto
Para llorar tanto
Luego de cansarnos de llorar
Todas las mujeres nos organizamos
Para desaparecer tantas penas

Fuga

Es así
O no es así
O hermana estoy mintiendo
Diciendo eso yo he luchado
Para ya no sufrir más

SUFRIMIENTO (Huayno)

Por: Modesta Espino Córdova, La Mar

Chimpa chaquchamanta llusiykamullaspa marinerokunalla organizaykachik pobre runakunallata, ruqquykamullaspa kuyasqa yanallam waqakullachkaptin llakikullachkamtin, ñuqachallawanmi rinqa nillaspayki, ñuqachallawanmi purinqa nispayki, kuyasqa wawalla waqakullachkaptin, maytataq apanki kuyasqa mamayta nillaptin ñuqachallawanmi rinqa nillaspayki ñuqachallawanmi purinqa nispayki, sachachay rumiman qapipakuchkaqta pobrechallataqa apallasqankiqa, pobrechallataqa pusallasqankiqa.

Lucrechayqasata qispiykichillaptin, chikichay tukucha waqapayaykusqa, manañam nuncapas kutimunkichu nispa, manañam nunkapas vueltamunkichu nillaspa, kaynaniraqllataq rillachkankipasqa ñawichallaykipas tapaykullasqaña makichallaykipas wataykullasqaña, qipacha basepi qamri wañullanki, qipacha basepi qamri chinkallanki, manama pipasya tarillasunkichu, manama maypasya rikullasunkichu, achkinki manaña armapa puntanpi qamri wañullanki, armapa puntanpi qamri chinkallanki. San Cristóbal qaqapi kuyasqa wawayki maskallasunki maypiraq mamallay chinkallan nillaspa, maypiraq mamallay tukullan nillaspa, tulluchallaykita quqarin churaykun mamaychu nillaspa, puramintita waqaspa kuyasqa wawayki waqastin purichkan.

(Traducción)

Del frente de chacco salieron los marineros e hicieron organizar a la pobre gente,
los sacaron cuando sus seres queridos estaban llorando, estaban sufriendo,
diciéndonos que sólo conmigo va a ir, que sólo conmigo va a caminar.
Cuando mi hijo estaba llorando, dónde te llevas a mi querida mamá,
sólo conmigo va a caminar, me dijiste, sólo conmigo va a ir, me dijiste.
A la pobrecita te la llevaste cuando trataba de sujetarse a los árboles, a las rocas.
Cuando desaparecieron por el cerro lucre, lloró el mal agüero búho.
Ya no vas a volver nunca, le decía, ya no vas a regresar nunca, le decía.
Si te encuentras muy mal con el ojo vendado, con las manos atadas,
detrás de la base tú has muerto, detrás de la base tú has desaparecido.
Nadie te ha encontrado, nadie te ha visto, tu desapareciste en la punta del arma,
tú has muerto en la punta de la arma.
En el cerro San Cristóbal te busca tu querido hijo,
dónde estará mi madre, preguntándose, dónde estará mi madre desaparecida.
Recogió tu hueso diciendo, será mi mama.
Tu querido hijo está caminando llorando tu desaparición

LLUMPAY LLAKI (Carnaval)

Por: Modesta Espino Córdova, La Mar

Chaqochallay base imallatataq raviakullachkanki, chaquchallay base imallatataq piñakullachkanki, fuerza armadachalla chayaykamullaspa llapa runakunata organisaykachillan, organisaykachillan, chaquchallay basepi organisaqniku, chaquchalay basepi organisaykullaspa, manaraq iskay punchaupi kutikullay niwanku, manaraq kimsa punchaupi kutikullay niwanku, chaynachallapi kutimullaspayku yupanqallay patachallapi organisaykuniku, chakuqchallay uruqina maskaykullawanku, chakuqchalay uruqina maskaykullawanku llaqta runalla mana alin organisasqa, llaqta runakunalla mana allin organisaspa, maskaykuwanku, maskaykuniku, payqa armachallanwan maskaykuwanku, payqa granadachanwan maskaykuwanku, ñuqachallayku defendikuykuniku, warakachaykuwan, rumichallaykuwan, wakiqchachayku wañuykamullan, wakiqchallayku tukuykamullan lucha luchacha luchaykuniku, lucha luchacha luchaykuniku, gustullaraqchu kachkan imaynach, gustullaraqchu kachkan imaynach kaynairaqa waqayllaman churaspa, kaynnairaqa llakiyllman churaspa, gonsalosnichik wañuyta apamun, gonsalosnichik llakiyta apamun pobre runakunalla wañuykunanaq, pobre runakunalla tukykunanaq.

(Traducción)

Base de Chacco, de qué te molestas, base de Chacco, de qué te amargas.

La fuerza armada organizó a toda la gente, en la base de Chacco nos organizamos, en la base de Chacco nos organizamos. En ni siquiera dos días nos dijeron, regrésense, en ni siquiera tres días, regrésense, nos dijeron. Así es que regresamos y en el cerro de Yupanqa nos organizamos, nos buscaron como a hormigas. La gente del pueblo mal organizada, la gente del pueblo mal organizada. Ellos nos buscaron con granadas y nosotros nos defendimos con huaracas y con piedras. Algunos de nosotros hemos muerto, algunos de nosotros hemos desaparecido. Luchamos y luchamos, todavía estarán a gusto que será dejándonos en ruinas, dejándonos en sufrimientos y lágrimas. El Gonzalo trajo la muerte, el Gonzalo trajo la pena, para que muera la pobre gente, para que desaparezca la pobre gente

RECORDÁNDOTE

Por: Carlos Alberto García Gutiérrez, La Mar

Hoy que recuerdo tu bella imagen
Madre bendita, sollozan mis ojos
Hoy que recuerdo tu bella imagen
Madre adorada, yo me pongo a llorar
Al revivir aquellos días
En que fuiste Madre y Padre
A la vez, al repasar
Aquellos momentos
En que nos diste
Tu ejemplo, cariño y bondad.

Cuánto extraño tus enseñanzas
Y tus palabras, recomendaciones (bis)
Hoy que no estás más con tus hijos
Porque partiste hace veinte años,
Cuánto ayudaste a tus hermanos
Cuando sufrían las injusticias.

Fuga

Ahora que tus hijos crecieron, te extrañamos en tu día
Al no encontrar una tumba para llevarte florcitas,
Ahora que tus hijos crecieron, ya no hay violencia ni castigo
Porque ahora ya se viven días de paz y alegría.

Ahora que tus hijos crecieron, te extrañamos en tu día
Agradecemos tu ejemplo, tus enseñanzas y cariño
Ahora que tus hijos crecieron
Sobresalieron en la vida.

Vivirás en el recuerdo
Para el orgullo de tu pueblo... ay... ay.
Para el orgullo de tu pueblo.

MUJER

Por: Edith Huamán Cunto, Huanta

Luna, tú que te encuentras en el firmamento, luna, eres testigo de mi sufrimiento
Diles, cuéntales tú que viste mi llanto (bis)
Cuéntales que mi felicidad la destruyeron
Diles que sinchis, navales y compañeros llegaron aquí como el azote
de Atila, quemando mi hogar, robando mis animales
Llevando el sustento de mi familia, sólo el poder, la ambición y el poder (bis)
Dinero los segó, torturando niños, ancianos, sin piedad
Matando y violando niñas y mujeres sin compasión, cobardes.
Mientras tú mujer buscabas un refugio
En las alturas en los cerros.

Fuga

¡Ay! esta vida ya no pueden olvidar, porque las huellas que uno
Deja nunca, nunca se borrarán, llorando por tu mala suerte,
Hasta maldeciste el día de tu nacimiento por las penas.

Por las montañas, llorando viniste a esta tierra de Huanta en busca
de la paz y la justicia, el cual nunca lo hallaste, dejando tu hermosa
tierra de Uchuraccay, por haber nombrado Pueblo de asesinos.

Al llegar a Huanta todo era igual
Wawayquifíataq wajaspa tapusunquilmam pasakuri
mamay nispa janja wajaylla wajanqui, sin consuelo.
Y hoy que te encuentras aquí mujer, tratando de llenar ese vacío de tu interior

¡Ay! Derecho, mi derecho, dónde estabas que no te hallé.
En las montañas, en los ríos y en el aire yo te busqué.
Por ese proceder, por ese caminar, hoy me encuentro en la pobreza (bis)
La gente dice, hablan, que se dará la reparación.

Si se da, que se dé y si no
Que no den vanas esperanzas que nunca se darán.

MI PARTIDA

Por: Delia Oré Lazo, Huanta

Huatuscallayta saqiycullaspay

Dejé mi huatuscalle

Cuyay nañaytasacciycullaspay

Dejé mi hermana querida.

Huanta llacctaman chayancullati

Llegué a la ciudad de Huanta.

Vestía de negro con aroma de sangre (bis)

Cuyay lacctallay ama huaccaychu

Pueblo querido, no llores.

Huanta llacctallay ama llaquiychu

Pueblo de Huanta, no sufras.

Tus hijas ofrendan su vida por tu paz (bis)

Vamos hermanas, luchamos juntas (bis)

Para el progreso de nuestro Esmeralda (bis)

Fuga

Huantinas, no lloren tanto.

Huantinas, no sufran mucho.

Mañana es otro día (bis)

Luchamos todas unidas (bis)

Para el progreso de Huanta (bis)

MUJERES SOBRESALIENTES

Por: Dina Oré Lazo, Huanta

Desde muy niña huí de mi pueblo (bis)
Dejando mi tierra y mis paisanitas (bis)
Desde aquel momento empecé a luchar (bis)
Por mis compañeras, amigas y hermanas

Queridas paisanas, levanten la cara
Para poder luchar por nuestras hermanas (bis)
A que puedan lograr su reivindicación

Alcen las voces, queridas hermanas
Levanten la cara, muchachas huantinas para (bis)
Poder lograr nuestro objetivo de ser mujeres
Sobresalientes, para el progreso de nuestro pueblo.

SAPAN PURI

Por: Vladimiro Quintanilla Chávez, Huanta

Urqkunapi raquiraquicha

Qasacunapi raquiraquicha

Ama raquihuaychu mamaymanta (bis)

Partidulla comunista

Partidullay senderista

Ama wañuchiychu kuyay mamayta (bis)

Cuyay mamayta wañuchiptiki (bis)

Ima mamallayraq uywaykuwanqa

Wakcha pubrilla kallaspapas (bis)

Cuyay mamallaymi uywaykuwara (bis)

Fuga

Sendero, por qué eres así

Sendero, por qué eres cruel

Por qué la mataste a mi linda madre (bis)

(Traducción)

En los cerros planta de raki raki

En las nevadas planta de raki raki

No me separes de mi madre (bis)

Partido comunista

Partido senderista

No la mates a mi madre querida (bis)

Si la matas a mi madre querida (bis)

Qué madre me podrá cuidar

Así sea pobre y humilde

Mi madre querida me supo cuidar (bis)

Fuga

Sendero, por qué eres así

Sendero, por qué eres cruel

Por qué la mataste a mi linda madre (bis)

MANA MAMAYOQ MANA TAYTAYOQ

Por: Margarita Romero Amao, Huanta

Mil novecientos ochenta y cuatropi
wañuy vidallam llaqtanchikpi karqa
senderolla yaykuykamuspa autoridad
wañuykachirqa cochillullawan cochuykullarqa
qawallaspayku waqallarqaniku
uchuy, qatun llaqtarunalla
ima tristillam vidallanchik carqa
huamanguillallay llaqtallamchikpi
huamanguillallay pueblolanchikpi
autoridata wañuykachiptim
defensallata formarqaniku
uchun qatum rondarqaniku
sachapa ladumpi, rumipa sikimpi
tuta punchau rondallachkaptiykum
senderolla yaykuykmuspa cuyay
taytayta wañuykachirqa llapam
churimpa qahuallasqaykuta
manam puñuspas chayawarqakuchu
cuyay papayta yuyarillaptiyku
llapam churimmi waqallarqaniku cuyay
mamayhuan runapa wasimpi

estudiotapas dejallaspaymi hermanuykunapaq
 trabaqallarqani kuyay mamaywan parlarillaspay
 runapa wasimpi runapa llaqtampi

Fuga

cambio go yaykuykuspam
 paz y felista deqallarqa
 campesino runakuna qaukallayta tarinampaq
 felista deqallarqa wasillaykuman kutispayco
 qauka kayta tarinaypaq

(Traducción)

En el año mil novecientos ochenta y cuatro
 En nuestro pueblo sólo había muerte
 Entraron los Senderos
 Y mataron a las autoridades con cuchillo
 Viendo eso hemos llorado
 Grandes y chicos del pueblo
 Qué triste ha sido nuestra vida
 En el pueblo de Huamanguilla
 En nuestro pueblo de Huamanguilla
 Cuando mataron autoridades
 Hemos formado las defensas
 Chicos y grandes hemos rondado
 Al lado de árboles y de rocas
 Cuando estuvimos rondando de día y de noche

Entraron los Senderos y mataron
A mi querido padre
Cuando estábamos viendo todos sus hijos
No podíamos dormir
Al recordar a mi querido padre
Todos sus hijos hemos sufrido
Junto con mi madre en casas ajenas
Dejando mis estudios, para mis hermanos
He trabajado, con mi querida madre conversando
En tierras ajenas y casas ajenas

Fuga

Entrando Cambio 90
Dejó paz y felicidad
Los campesinos hemos alcanzado la tranquilidad
Nos dejó felices al volver a nuestras casas
Hemos conseguido la tranquilidad

MINERO PALLCCA LLAQTAYPA YAWAR CHAQCHUSQANTA

Por: Maura Torres Pérez y Julia Huacre de Torres, La Mar

Pallca llaqtapi waylla ichuy
Qamllam yachanki ñuqapa vidayta
Llaqta masillay wañuptin
Urqun qasanlla waqallasqayta
Llaqtamasillay chinkarullaptin
Urqun qasanlla purillasqayta

Chaypi waqaspan chayta qawaspan
Runapa llaqtanman ripullarqani
llaqta masillay turi ñañallay
Yawar qochapi tuytuptin

Runapawasinpim waqallarqani
Runapallaqtampim muchullarqana
Mikunallaypaq mana tarispay
Pachallaypaq mana qaypaspay

Chaypi waqaspay chaypi llakispay
Llaqtallaymanña kutimurqani
Pacobambawan sutichaykuspam
Llaqtallayta kawsarichini

Urqukunapi wañuptiy piraq maskawanqa
Qasakunapi wañuptiy mayraq maskawanqa
Chiririnkacha maskaykuwanqa mamallay tukuspan
Chikitukcichac muyuykuwanqa mamallay tukuspan

(Traducción)

En el pueblo de Palleca, planta de ichu

Tú no más sabes mi vida

Cuando murió mi paisano

Lo que lloré en los cerros y nevados

Cuando murió mi paisano

Lo que caminé en los cerros y nevados

Llorando ahí, sufriendo así

Me fui a tierras ajenas

Mi paisano, mi hermano y hermana

Cuando terminaron en laguna de sangre

En casas ajenas he llorado

En tierras ajenas he sufrido

No alcanzaba de que comer

No alcanzaba con que vestirme

Ahí sufriendo, ahí llorando

Tuve que volver a mi pueblo

Pacobamba lo nombramos

Así surgió nuestro pueblo

Cuando me muera en los cerros, quién me buscará

Cuando me muera en las nevadas, quién me hallará

Moscardón me buscará como si fuese mi madre

Búho mal agüero me buscará como si fuese mi madre.

EL HOMICIDIO

Por: Narciso Velarde, La Mar

El 5 de febrero del año 1988

A las cinco de la mañana

Entraron los terroristas

A mi tierra tan querida

Armados con escopetas

Y vestidos de militares

Y reclutados con masas campesinas

Matando a ocho personas y doce heridos

Muchas mujeres quedaron viudas

Niños, niñas huérfanos sin padre

Las madres vivieron muy escatimadas

A causa de la muerte terrible

Las mujeres apeonaron

Para el sustento de sus hijos

Fueron casas quemadas por los terroristas

En donde se vio en nuestro pueblo

Luego se defendió la lucha el comando

Tigre con granadas

Fuga

Con tanta muerte encontramos

Paz y libertad campesina

